

ENERO 2024

REVISTA PULPORAMA

MONSTRUOS
REIMAGINADOS

RELATOS
POEMAS
CÓMICS
ARTÍCULOS
ILUSTRACIONES



NÚMERO

5





@ 2024. Todos los derechos reservados.

© de la presente edición y maquetación: Rocío Stevenson Muñoz y Lucyna Adamczyk.

© de los textos e imágenes, los autores, 2024.

Todos los derechos de los textos e ilustraciones pertenecen a sus respectivos autores. No está permitida la reproducción total o parcial de esta revista, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros, sin el permiso previo y por escrito de sus respectivos autores.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

ESOS MONSTRUOS QUE CONOCEMOS

Editorial de Rocío Stevenson Muñoz	3
COCO	
Relato de Lorena Escobar y Román Sanz Mouta	6
NOCHE DE SAN SILVESTRE	
Relato de Ana Saiz	24
MANUAL DE LA BRUJA PRECARIA	
Ilustración de Blanca Galán	31
YA ESTÁN AQUÍ	
Relato de José Luis Alonso	33
FELIZ ANIVERSARIO	
Cómic de Rocío Stevenson Muñoz y Lucyna Adamczyk	49
GRITOS QUE HUELEN A CRISANTEMOS	
Poema de Irene Falcón González	55
INSERT SOUL	
Ilustración de Ioseba Vilas	57
¿CÓMO DESHACERSE DE UNA BANSHEE?	
Tira cómica de Rocío Stevenson Muñoz y Lucyna Adamczyk	58
PSICÓLOBO	
Relato de Héctor Bueno Martín	61
HOMBRE LOBO	
Ilustración de José Manuel Álvarez	67
¿CÓMO DESHACERSE DE UN HOMBRE LOBO?	
Tira cómica de Rocío Stevenson Muñoz y Lucyna Adamczyk	68
LA ROMÁNTICA QUÍMICA DEL MONSTRUO	
Artículo de Rubi Giráldez González	71
EN DIRECTO	
Relato de Pruden Rodríguez	77
MONSTERAPIA	
Relato de Sheila Fernández	83
SONRISA INVISIBLE	
Ilustración de Ioseba Vilas	99
MONSTRUO 2.0	
Poema de Carlos Pellín Sánchez	101
SEMPER ET IN AETERNUM	
Relato de Libertad García-Villada y Jesús Durán	104
EL UNBOXING DE PANDORA	
Relato de Andrea Valeiras	123
DE SERES Y ENTES	
Artículo de Carlos Ruiz	128
CATARSIS	
Relato de Rosa N. Morillo	134
RESERVAS BAJAS	
Relato de Helena Anemyr	149
FRANKIE	
Ilustración de María Pilar Conn	161
HASTA LOS PRIMIGENIOS NECESITAN ABRAZOS	
Relato de Lucas Naranjo	163
MI ABUELO, EL FARAÓN	
Relato de Patricia Richmond	179
UN ENCANTO MONSTRUOSO	
Ilustración de Ioseba Vilas	183
CÓMO UN ESCRITOR ME ARRUINÓ LA VIDA	
Relato de Andrea López	185
YA NADIE TEME AL MIEDO	
Relato de Carlos Ruiz Santiago	189

ESOS MONSTRUOS QUE CONOCEMOS

Esos monstruos que conocemos, o que creemos conocer por haber pasado horas junto a ellos, tapados bajo las mantas, con la cabeza hundida entre las páginas de libros prohibidos, tienen otras vidas que desconocemos. A veces abandonan ese espacio estrecho bajo la cama, el doble fondo de un armario ropero, el bosque oscuro donde solo habita el miedo, las sombras que los cobijan en criptas o cementerios.

Entonces, se mezclan con nosotros y hacen suyo ese territorio que creemos nuestro. Contaminan nuestra cotidianeidad con su otredad y, de algún modo, se esfuerzan por ser parte de una esfera de la que fueron expulsados en los albores del tiempo.

Hoy puede que te los encuentres navegando por internet, radiando el último podcast de moda o rompiendo todos los récords de visualizaciones en alguna plataforma de videos como Youtube. Quizá has caminado junto a ellos de regreso del trabajo, o has cruzado la mirada con alguno durante tu trayecto en el metro. La sensación de incomodidad que te asalta cuando observas a ese niño de mirada esquiva, la vibración que sacude tu piel y que hace que el vello se te erice al cruzar el umbral de ese hospital al que has acudido para donar sangre son un aviso: no estamos solos.

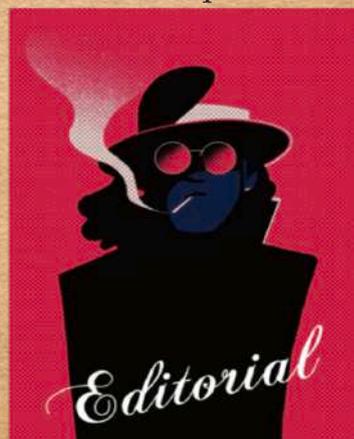
El mundo no nos pertenece. Ya no.

Esos monstruos que conocemos, o que creíamos conocer, han tomado nuevas formas, identidades y aficiones y están decididos a abandonar las sombras y la ignominia.

Ansían el reconocimiento, ser parte de un universo en el que el individualismo lo gobierna todo.

Quieren ser como tú.

Así pues, lector, abandona toda esperanza, tú que entras aquí y déjate envolver, al menos durante unos días, por el canto de sirena de estos monstruos reimaginados que habitan las páginas de este número.



ROMÁN SANZ MOUTA



Román Sanz Mouta, autor nómada y amante de la metamorfosis. Ha publicado las novelas *Intrusión* (onirismo sobre la memoria, Ediciones Camelot 2016), *De Gigantes y Hombres* (fábula, Lektu, 2018), *Benceno en la Piel* (humor y terror Pulp en Gijón, Editorial Maluma 2019), y *Carpintería Muerta* (fábula, Open City 2023).

Ejerce como redactor en la web *Dentro del Monolito*, y ha colaborado, participado o ha sido seleccionado, con su capacidad dispersa para el relato, en diversas antologías, concursos, revistas o delirios cualesquiera.

LORENA ESCOBAR

Contadora de historias desde muy pequeña, compagina esto de la escritura con su trabajo, la carrera de Filología Hispánica y la maternidad de dos pequeños torbellinos. Ha participado en numerosas antologías y en revistas como *Revista Tártarus* y *Círculo de Lovecraft*. Es, además, redactora y forjadora en *Dentro del Monolito*, redactora en la revista *Lo Desconocido* y cofundadora de *Ruta 62*, espacio donde se promociona la historia y literatura españolas.



Es autora del thriller policíaco *El ilustrador paciente*, publicado con Valhalla Ediciones y de *Cuentos de la Mar*, publicado con Open City. Este año saldrá publicada su tercera novela, *La luna a través de la ventana*, con la editorial Cosecha Negra.



*Tanto me dieron de poco
que de puro miedo temo,
como los niños de cuna,
que les dicen ¡cata el coco!*

Antón de Montoro, Cancionero.

PARTE PRIMERA

LA MADRE FURIOSA

Los hombros se quejan de dolor. Suben y bajan en lánguido aleteo fingido, como el de una mariposa anclada a la pared del coleccionista. Provocan corrientes de angustia que convierten su cuello en Monte Calvario, ¡ojalá le quedase el consuelo de la crucifixión!

Dios, qué cansada está.

Por eso no se siente mal.

Y sabe que quizá, solo quizá, *debiera sentirse mal.*

La cara de Lucas se convirtió en el lienzo de un pintor maldito cuando ella le gritó tan fuerte que los cristales del mueble le hicieron los coros.

¿CUÁNDO PIENSAS PONERTE CON LOS DEBERES?!

Daniel solo se ha dignado a fabricar su eterna mirada de eterno

reproche, dedicándole entre iris y pupila un desprecio cada vez menos fingido.

Daniel, que se pasa los días tumbado en el sillón mirando sin ver nada las telarañas que ni siquiera se digna a limpiar.

Estoy buscando trabajo.

No me sale nada decente.

Quiero currar en lo mío.

¡No me presiones, no tienes ni la menor idea de lo que supone vivir una depresión!

No, ella no tiene tiempo para deprimirse. Debe mantener la casa. Debe pagar las facturas cumpliendo el plazo travestido en condena, tachando días de un calendario invisible, trabajando como una esquina rota de observar el dolor de las fulanas.

No, ella no tiene tiempo para deprimirse y mientras Daniel vegeta y Lucas no hace los deberes a tiempo y los cacharros se amontonan en el fregador, los hombros le duelen como si ella sola llevase todo el jodido peso del mundo.

Por eso no se siente mal.

A pesar de zarandear a Lucas para que se meta en la bañera y de frotarlo con rabia y secarlo con furia y ponerle delante un plato con una tortilla francesa mal hecha. Y obligarlo a que se la coma. Y no preguntarle cómo le ha ido el día en el colegio, ni decirle lo orgullosa que se siente de que ya no se haga pis en la cama. Y soltar un

golpe en la encimera, y chillar un *inútil* para dentro cuando se cruza con el fantasma de su marido, y pagar su frustración con el hijo al que hace seis años parió con epidural y le dejó como recuerdo un dolor de cabeza crónico.

Pero no se siente mal, porque el daño de sus hombros le susurra al oído, y la rigidez de su cuello le provoca náuseas, y su osamenta dañada y dañante solo ansía meterse en la cama y olvidar durante unas horas que su vida es una completa mierda.

Ordena a Lucas que se acueste y deja a Daniel sentado en la misma posición que ayer y la misma en la que probablemente se lo encontrará mañana.

No le da un beso de buenas noches a su hijo y no, no se siente mal en absoluto.

Cierra los ojos y deja que el colchón adapte la forma a sus escasos cincuenta kilos.

Justo antes de dormir le parece escuchar un susurro cercano. Le recuerda a la voz de Lucas, o al menos la voz que Lucas tenía cuando ella no era una madre furiosa y todavía lo arropaba y le contaba un cuento antes de que la luna solicitase un asilo precedero.

Cuando su vástago aún era feliz y ella se sentía mal de vez en cuando.

Duérmete niña.

Presta atención y lo nota. El aliento en el oído. El sonido alegre, pausado, de aquel al que dio vida.

Duérmete niña.

Duérmete ya.

O viene el Coco.

Y te...

No le da tiempo a gritar.

Es lo malo de la f u -
ria.

Que quema los gritos y no deja más que cenizas.

EL PADRE SIN TIEMPO

Daniel yace.

Daniel yace plácida y pláñidamente revolcado por su propia autocompasión, la que utiliza como manta, muralla o escudo.

Daniel yace ajeno a la vida que se le escapa, al matrimonio perdido que hace tiempo dejó atrás, a su hijo no deseado.

Daniel yace pensando en imposibles, en cruces de camino y otras decisiones que no lo hubieren condenado a padecer en un sofá, totalmente quebrado, por dentro, que no por fuera.

Daniel yace de inanición por el trabajo, la moti-

vación, los intereses, la voluntad, el deseo. Todo eso ha quedado en profundo sepulcro, renunciando debido a las injusticias de la suya existencia.

Daniel yace sin atender a esa mujer que ahora le parece desconocida, y que se dirige a la cama, a su cama, la de ambos, dentro del cuarto de ambos. Antaño. Todo fue antaño.

Daniel yace repudiando su suerte, los sacrificios que él mal entiende, el renuncio a las aspiraciones en pos de una familia convencional. Cuando él nunca se consideró convencional. Sí especial, diferente.

Por eso se odia. Por ceder. Por vencerse. Por no resistirse. Por continuar. Por no reaccionar, ni antes ni hoy o mañana.

Daniel yace lánguido dentro de



un reloj parado que es su salón, con la televisión como escenario de fondo.

Daniel yace pensando en las broncas con su esposa, en los reproches de ida y vuelta, asonantes y violentos cual violín sin afinar en manos de un mono.

Daniel ni tan siquiera sueña con su futuro, aquel del que presumía ante todos y todas, del que se jactaba, intuyendo un porvenir tan brillante como imposible de opacar. Ora éxito, ora dinero, ora mujeres.

Pero no hubo éxito, ni dinero, y apenas una mujer que no lo consuela, pero que resultó fundamental para sostener su carrera hasta el mismo momento en que el propio Daniel la hundió de miseria en el más profundo cieno metafórico.

Consciente que, en el fondo, era dueño de su culpa, responsable prolijo. Cosa que negaría, que negará ante cualquier tribunal, especialmente, ante las palabras de su mujer. Ella y él lo naufragaron de su camino recto, de la fama y la fortuna.

Daniel yace mendigo emocional. Con todo esto y nada en la cabeza dando vueltas al ritmo de un manso tifón, justo cuando escucha un grito ahogado, procedente de su dormitorio, el dormitorio de ambos. Cuando escucha un bisbiseo en letanía desde el cuarto del niño, el jodido Lucas, a su imagen

y semejanza.

Los ignora, y cierra los ojos repitiéndose que es un sueño. Y que él merece soñar otras fantasías mejores, dignas de su eclipsada grandeza que se fue antes siquiera de llegar.

Daniel trata de dormir, pero el segundo grito lo saca, al fin, de su ensimismamiento, y no puede sino acudir a la carrera en pos de la fuente del mismo; su esposa, en alarido de terror. Y, por un instante, se deleita con la imagen de ella muerta, del crío muerto, de él libre. Es un parpadeo lo que dura esa idea malsana, pero suficiente para crear un asomo de nido, mientras el hombre que ya no yace, Daniel, irrumpe en el dormitorio.



EL NIÑO CONDENACIÓN

Lucas lee mucho. Es lo único que lo entretiene. Lee mucho y sobre cualquier tema. Lee lo que pille entre las manos dentro de su casa, desde obsoletas enciclopedias heredadas de otra era hasta folletines, periódicos gratuitos, revistas, o la colección de libros de sus padres, bastante deficiente, por otro lado. Lucas lee y disfruta sobre y por encima de todo con los libros de la biblioteca del colegio y de la biblioteca del pueblo. Ya cansado de cuentos infantiles, opta por las temáticas más adultas y oscuras que puede encontrar, gozoso de que el mundo literario no sea como el cine y prohíba las obras según la edad del consumidor. Por eso lee terror. Porque el terror es parte de su vida, de su existencia. Lo supo con las primeras fábulas de Andersen o los hermanos Grimm, paladeando cada escena siniestra o retorcida, ocupando el papel de los villanos de los cuentos, regocijado con los escalofríos que le producían cada uno de los actos por ellos perpetrado, siempre destinado a la infancia. Con las víctimas como niños. ¿Y por qué? ¿Por qué los adultos se salvaban, no eran atacados, ni secuestrados, ni cocinados, ni convertidos en piedra? ¿Por qué los adultos no temían a una figura por encima de ellos, iguales que las muchas

con las que asustaban a los niños para que obedeciesen?

Lucas es muy leído. Y cree haber encontrado la respuesta, que ha puesto a prueba esta misma noche, ya hastiado del trato abusivo de su madre, de las constantes órdenes contradictorias, del mal trato. Con su padre inerte como cómplice, dejándose llevar por su propia marea de indolencia, y solo volviendo a él para repudiarlo.

Lucas sabe. Entiende. Aprende. Evoluciona. Y, desde las páginas de un viejo libro, comienza a entonar una letanía borboteante en todo gutural, lo más suave, lo más dulce, lo más en voz baja que puede. Cuando su habitación se oscurece, más, por encima de la misma oscuridad, comprende que ha alcanzado su objetivo.

Abre los ojos cuando escucha el primer grito.

Trata de que la sonrisa no brote de sus labios: a fin de cuentas, es un buen niño, un niño bueno.

Escucha los pasos subiendo por la escalera, apresurados, anhelantes como la esperanza cuando aún trata de pender de un hilo. ¿Su padre? Debe ser su padre. Su madre anda en otros menesteres. Ocupada en cuestiones que escapan de la razón humana, de los márgenes de ningún manuscrito.

Lucas trata de que la sonrisa no brote de sus labios pero brota, fiel cautiva de sus instintos más per-

versos.

Duérmete niña, duérmete ya...

Escucha cómo las pisadas se detienen de golpe y oye el ruido de una puerta al abrirse.

¡Silvia! ¡Silvia, dónde estás!

A Lucas no le hace falta recrear la escena, la conoce.

No le hace falta imaginarla, la ha visualizado mil veces.

Mientras leía y leyendo conocía y conociendo aprendía y aprendiendo iba trazando un plan.

Mientras crecía y al crecer los sueños infantiles se disolvían con la eficacia de un detergente sumiéndose en el océano de la lavadora.

El dormitorio de sus padres.

La cama.

La ropa revuelta.

La sangre, ¿habría sangre?

Eso se escapaba del lienzo de su imaginación.

El padre continuaba su búsqueda sin recompensa y la sonrisa se ensancha: al fin la pesadilla de los niños toma su propia revancha.

Sigue soñando despierto.

La cama.

La ropa revuelta.

La sangre, ¿habría sangre?

Lucas es un buen niño. Ha leído todo lo que cabía en las manos y la mente, sumergiéndose en el terror con la cadencia de una mosca posando su aleteo sobre la leche. Se ha hecho mayor sin que nadie se dé cuenta, ocupando su osamenta infantil un adulto en

ciernes, un adulto que ya comprende.

Cuando el padre se cansa de buscar luces que no existen, asoma su cabeza por la puerta del dormitorio de Lucas.

El que una vez albergó fantasías sin sombras y sombras que confundía con monstruos.

¿Cariño, has visto a tu madre? pregunta, aterrorizado.

Y la voz de Lucas responde.

Antes de que lo haga su garganta satisfecha.

Claro que sí.

Se la ha llevado el Coco.



PARTE SEGUNDA

LA CONFESIÓN

En el nombre del padre, del hijo, y del Espíritu Santo.

Bendígame padre, porque he pecado.

Cuéntame, hijo mío.

Pablo, nombre de apóstol, buen padre, marido, buen hermano, dudó.

Dudó como no dudaba en otras ocasiones, cuando Eva le dejaba a los críos para poder ir a hacer recados por la tarde. Germán, el mayor, se sentía ya demasiado adulto para jugar con su tío a juegos de pequeños.

Se colocaba los cascos y pasaba el rato mirando la pantalla animada de un teléfono inanimado, conjugando su cerebro de mil imágenes por segundo y mil decibelios de insufrible música.

Pero Vanessa...

Oh, la pequeña y dulce Vanessa.

Su sobrina favorita, la niña de sus ojos.

Él la apadrinó el día de su bautizo, acompañándola con mimo en el camino al primer sacramento.

Él la llevó a la guardería durante tres años: el trabajo de Pablo se encontraba apenas a cinco minutos del centro infantil y así le hacía un favor enorme a su hermana, ocupada en mil asuntos y perdida



en el abrupto camino de conjugar vida y trabajo.

Él la recogía muchas veces del colegio, así le hacía un favor enorme a su hermana, ocupada en comidas, tareas, poesías disfrazadas de la aplastante rutina.

Él se la llevaba muchas tardes a casa, así le hacía un favor enorme a su hermana, ocupada en compras, visitas médicas, tener algo de trato social, poder, de una forma culpable y silenciosa, dejar la maternidad a un lado aunque solo fuese durante un ilusorio instante.

Él la subía a sus piernas y le contaba cuentos y le buscaba los puntos exactos donde despertar sus cosquillas.

Después, la abrazaba con furia, como si la tarde pudiera arrebátarsela, como si no mereciese a dicha de abarcar a tan hermosa criatura entre sus brazos.

Pero ¿no la merecía?

Pablo, nombre de apóstol, buen padre, buen marido, buen hermano, dudó.

LA MADRE AUSENTE

Eva no daba crédito a sus oídos, pero, sobre todo, no daba crédito a sus ojos.

Había desvestido a Vanessa para la ducha diaria, tras recogerla en casa de su hermano, el bendito de su hermano que tantas veces le salvaba la vida, sobre todo la

social, para poder ausentarse y olvidar, por breve, que era madre soltera por partida doble.

Vanessa no se dejaba desvestir. Parecía más tímida, recatada, asustada. Sin pronunciar palabras. Algo extraño en ella, su ángel modoso, la niña ejemplar que siempre destacaba con su sonrisa perfecta, con su silueta de muñeca chochona, con sus ojos vivaces, más despierta que ninguna.

Eva le preguntó, qué te pasa.

Vanessa no contestó.

Eva insistió, ¿no te quieres duchar?

Vanessa no contestó.

Eva, como madre impaciente, y con un fondo de banda sonora de su hijo mayor rompiendo algo, quebrando su ya finita paciencia, se hartó y agarró, sin cuidado, a su hija del brazo. Ella soltó un chillido. Uno solo. Suficiente.

Eva, la madre preocupada, subió sin miramientos la manga del vestido de su hija. Y vio lo que no debiera. Un moratón. No uno cualquiera, de caída o golpe, no uno producido por los topetazos de la infancia. No. Un agarrón. La huella de una mano grande en el bracito de su hija.

Y Eva, la madre temerosa, recordó. Porque sufría morados similares cuando su padre, un animal, disponía de ella a su manera, acarreándola cual maleta vieja o trasto inservible. Esos recuerdos la atenazaron, la paralizaron. Has-

ta que la verdad salió a la luz en borbotones, a través de su mente y, en simultaneo, por medio de su boca:

¿Ha sido Pablo?

Vanessa, hundida, avergonzada, temerosa, agachó la cabeza en reconocimiento. Dejando escapar una única lágrima. Su madre lloró más, lloró de rabia, frustración e impotencia. Lloró mientras tomaba una determinación.

Llamando a Germán entre bramidos.

Vas a quedarte con tu hermana. A cuidar de ella. A no molestarla. Vas a quedarte con tu hermana y a cuidar de ella hasta que vuelva. Y más te vale hacerlo bien.

El tono, el gesto, no admitía réplica, y el vástago mayor, de normal contestón, selló sus labios dispuesto a obedecer, por la cuenta que le traía.

Eva, alterada, salió de casa con las llaves del coche y destino claro, la casa de su hermano.

LA NIÑA SIN SUEÑOS

Vanessa se refugió en su habitación, con su hermano mayor guardando la puerta y preguntando, a cada poco, si necesitaba algo, comida o bebida.

Daba la callada por respuesta Vanessa, pues sí, necesitaba algo, olvidar o, mejor correr atrás el tiempo, hasta antes de empezar a quedarse con su tío. Mucho antes. Antes que hubiere nacido incluso.

Porque ahora su memoria juguetona recorría esas tardes, las cosquillas que no eran cosquillas, los divertimentos que no eran divertimentos, las fotografías, los cambios de ropa. Lo que hacían cuando ella perdía una apuesta con su tío.

Se sintió sucia. Se sintió ultrajada sin conocer siquiera tal palabra. Se sintió culpable. Y luego no. Para nada. No tenía la culpa. Esa pertenecía por completo a su tío Pablo. El que propuso un experimento, el que le bajó las braguitas, el que la agarró fuerte cuando ella dijo no y quiso parar y marcharse, el que le tapó la boca y dispuso de ella y su cuerpecito de muñeca chochona.

Vanessa, por primera vez en su vida, odió. Odió profunda y profusamente. Odió como solo pueden odiar los niños, con pasión, intensidad, sentimiento, imaginación.



Odió, y de tanto odiar, comenzó su particular plegaria:

Duérmete tío
Duérmete ya
O vendrá el Coco
y te llevará
Márchate tío
Márchate ya
O vendrá el Coco
y te comerá...

Y así en bucle, elevando cada vez más el tono, empozoñando su alma de intenciones funestas, otorgándole realidad a su rezo. Imparable, tanto, que destrozó los nervios de su hermano, quien pedía que se callase, que se callase ya, que se callase de una vez, sin entender nada.

Lejos y cerca, a un par de calles, Eva irrumpía con llaves propias en el domicilio de su hermano, dispuesta a todo. Sin que la excusa del padre que a ambos los torturó supusiere una diferencia.

Lo mataría. Mataría a Pablo. Mataría a su hermano.

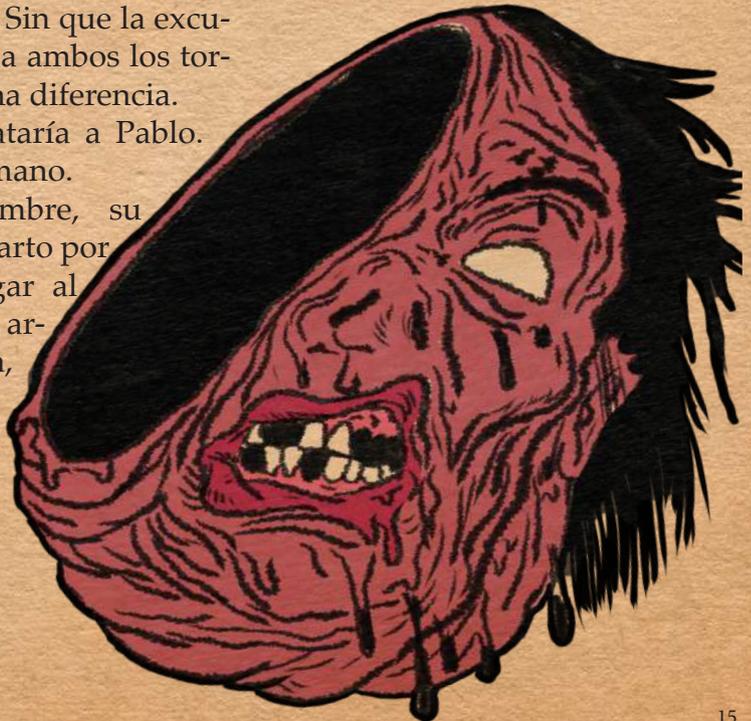
Clamó su nombre, su presencia. Fue cuarto por cuarto hasta llegar al dormitorio. Allí, armada con rabia, pudo ser testigo de una escena cruenta, casi sin

reconocer a la víctima.

Una víctima que estaba despedazada, descuartizada, deslavazada, pero, sobre todo, mordisqueada. En cada parte del cuerpo. La cara, el cuello, los brazos, las piernas, el torso, el estómago, la espalda... Todo es todo. Cada fragmento mostraba unas dentelladas sobrenaturales, algo imposible, que había fagocitado al muerto todavía en vida.

Hasta que Eva se dio cuenta. Era Pablo. Su Pablo. Su hermano. Y lloró de pena y rabia y alegría y venganza. Lloró.

Sin embargo, cerca y lejos, Vanessa, ya en silencio sonreía, todavía denigrada, pero relamiéndose cual gato de Chesire, y dando las gracias a su benefactor.



PARTE TERCERA

LA FAMILIA UNIDA

El ruido.

Se ancla a su cabeza con la determinación de un barco tratando de alcanzar tierra firme.

Se ancla y abre surcos por donde se cuelan voces altisonantes, carcajadas demenciales, gritos de alegría mezclada con estertores de verbo venido a menos.

La familia se ha reunido otra vez y él trata de esconderse como las cucarachas ante la presencia del humano.

Marchándose a hurtadillas de ese comedor que huele a sentencias falsas y coreografías de principiante.

Mamá cuenta por enésima *puede que centésima vez* esa ocasión en la que un famosísimo presentador de la televisión quiso ligar con ella.

La tía se ríe por enésima *puede que centésima vez* de la absurda historia inventada, dejando que los restos de la tarta de merengue *siempre es tarta de merengue* asomen por sus labios abiertos como si la nieve bloqueara un pozo de aguas infestas.

Papá y el resto de los hombres hablan de *cosas de hombres*: fútbol, motores, carreras de toda clase de vehículos.

La abuela se duerme dejando

que el aire escape en forma de ronquido por unas narices que aletean al son de las tonterías veredadas entre las paredes adornadas con mil cachivaches distintos.

El abuelo hace tiempo que los dejó. Porque siempre fue el único ser inteligente de la familia.

Y están todos los demás, claro: su primo Carlos y la matrícula de honor que ha sacado en el primer año de carrera de medicina *es un muchacho taaaan listo*. Lo que la tía Matilde no cuenta es que, cuando Carlos era un poco más muchacho y un tanto menos listo, se dedicaba a pegar a su primo pequeño hasta que los nudillos se enrojecían al mismo compás que la cara de su víctima. Carlos es un matón de poca monta, un bueno para nada, un tonto con oscuras motivaciones, piensa el niño, y los surcos de su cabeza se hacen más grandes y al crecer asimilan el ruido a un volumen casi indescriptible.

Tomás, el hermano del marido de su tía se ríe de un chiste racista que nadie entiende, Jonay, el hijo mayor de Adela y Jesús compite en eructos con Jaime, el niño refugiado que Priscilla y Amanda se trajeron de Bielorrusia. Ana canta para orgullo de su madre una nefasta versión del *Hijo de la Luna* y Claudia, la tía más joven, se corta las uñas encima de la mesa mientras habla con su novio *del que*

nunca recuerda nadie el nombre sobre política internacional: se deberían cerrar las fronteras y que no entrase nadie. ¡Cada uno en su país, hombre! Esa gente solo trae miseria, violencia. ¡Violan a nuestras mujeres!

Y el ruido saca la lengua y lame el cerebro del niño y después reptaba en sentido inverso para dejarse caer entre las cuencas oculares y el recodo de la boca. Allí eyecta e inyecta el veneno de unos tentáculos podridos y conjura fábulas que una vez fueron reales, pero ahora solo existen en los cuentos que no consiguen dar miedo a nadie.

Son leyendas ancestrales que no conoce ni el más viejo de los viejos.

Son ritos que nunca se plasmaron en piedra ni se tejieron con mimo por las manos de ninguna costurera.

Son canciones de cuna inventadas cuando aún no existían vientres para albergar vida.

El niño sale del salón y allí deja enterrados los ridículos parlamentos de una familia travestida en cabeza de medusa: si te vuelves a mirarlos estás muerto, pequeño.

Son veneno y ponzoña.

El niño abandona el ruido.

Y la familia unida se queda más sola que nunca.

LA ABUELA DURMIENTE



Recuerda tiempos de guerra.

Tiempos de hambre.

A veces se pregunta cómo pudo construir una estirpe tan odiosa.

Ah, si Paco levantase la cabeza...

Pero la cabeza de Paco, junto al resto de su cuerpo, lleva años bajo tierra, comida ya por los insectos que no dejan sustantivo que adjetivar.

Ah, ellos, que una vez, eones atrás, fueron jóvenes y felices.

Que soñaron con crear una familia que a su vez creara otra y unir así al legado de la tierra su

propia carne.

Mira alrededor entre el telo de las cataratas y las pestañas ya marchitas y, ¿qué tiene?

Residuos nacarados.

Cinco hijos y cinco linajes sustentados por el dinero ganado en mano ajena y malgastado en mano propia.

¿Cómo no vamos a dárselo, Amparo? ¿Acaso no recuerdas los pesares que tú y yo tuvimos que sufrir?

Paco siempre fue un hombre bueno. Aun sabiendo lo suyo con Gregorio, aun sabiendo que nunca lo quiso y solo se casó con él para escapar de la correa de un hombre aciago y la sombra de una mujer que solía estar más muerta que viva. Aun sabiendo todo lo que sabía de Amparo, la quiso.

como solo se puede amar lo que no se toca, porque se rompe.

Lo que no se mira demasiado, porque se daña.

Ay, Paco. Si vieras ahora el monte Calvario en el que se ha convertido esta casa. Con la carroña zampándose a deshoras los pies del pobre Jesucristo.

Sin embargo, aún queda un leve resquicio de esperanza. Entre tanta cabeza hueca y cuerpo fingido de carne prefabricada, el niño que sale del salón con un rictus serio y el cabello alborotado parece un rayo de luna en mitad de la noche enferma. La última vacuna contra la desesperanza, la melodía adecuada en un funeral de nereidas. No, ese chico no se parece a la tonta de su madre ni al falso de su padre ni a los tunantes de sus tíos ni a las mujeres sin escrúpulos a las que un día, tiempo atrás, aún consideraba sus hijas. No se parece a ningún otro nieta o nieto;

jóvenes que solo saben mirarse ante el espejo y enamorarse de la imagen distorsionada que les brinda su mentira. Ese niño es la última esperanza de lo que Paco y ella construyeron con sangre, sudor, y un



Quiso a cada uno de sus hijos

océano de lágrimas.

Se duerme y algo le susurra al oído.

Algo cuyo aliento huele a bolsillo cerrado y calcetín sucio.

Algo que le acaricia los rizos espumosos y le dice: tú no, Amparo. Tú eres una buena mujer. Solo deja que el sueño te acaricie. Como hace siglos que no te acaricia nadie.

Y sabe que quizá, solo quizá, debería chillar ante el espectáculo.

Y sabe que quizá, solo quizá, esos aullidos y esas peticiones de auxilio deberían alertarla.

Y sabe que quizá, solo quizá, el niño que al otro lado de la pared canta una vieja canción infantil está a punto de perder a toda su familia.

Amparo sonrío. El quizá siempre puede esperar hasta otro día.

EL NIÑO Y EL SILENCIO

Al fin.

Nadie conoce la placidez del silencio hasta que no la pide a gritos.

Abre los ojos y suelta las manos que mantenía unidas, como una plegaria sin dios al que dedicarle cumplidos. Tiene las palmas rojas y le sudan y al sudar le pican pero ni siquiera se atreve a mover un solo músculo: la ausencia de sonidos se posa sobre él como una placa de mármol, como el nicho intentando atrapar al que todavía

está vivo.

Todo ha ocurrido muy rápido, o quizá demasiado lento.

Había escuchado la leyenda en clase, ese tipo de historias que pasan de niño a niño y se van distorsionando, deformándose como se deforman las palabras cuando se usan en exceso.

El teléfono roto de las supersticiones.

Su abuelo Paco le habló una vez sobre el Coco.

Era un monstruo, una bestia sin voz ni rostro que venía a llevarse a los niños que no querían dormir.

¡Cuántos bebés cayeron en sus invisibles zarpas, desapareciendo de sus cunitas para solo dejar un reguero de ausencia y desesperación!

Eso le contaba su abuelo Paco, el último hombre bueno.

Se sentaba junto a su cama, le revolvió el pelo y, mientras mamá y papá discutían en otra habitación y sus hermanos se encerraban en sus propios mundos de tóxica fantasía, le contaba cuentos para que no le diera miedo la noche.

A él el Coco solo le provocaba risa.

Y la canción... ¡no podía ser más absurda!

¿Duérmete niño, duérmete ya?

O viene el Coco y te...

Pero luego llegaron los rumores. Murmullos soterrados en los pasillos de la escuela.

Las noticias vistas de refilón:

una madre desaparece sin dejar rastro de su propio dormitorio, un hombre es encontrado muerto en su cama con signos de extremada violencia. Según las primeras hipótesis, podría tratarse de una venganza por haber abusado sexualmente de...

Al niño no le importaban las noticias y la vida de los adultos.

Los adultos solo eran ruido.

Pero... ¿y si...?

De modo que juntó las palmas de sus manos y cantó.

Lo único que quería, su singular deseo, resultaba el silencio.

Que por un instante su familia desapareciera de la faz de la tierra y se llevasen con ella las voces roncadas y las risas maquiavélicas.

Que dejaran de hablar de él como el crío que no entiende, el crío que nunca habla, el crío raro.

Cantó, y cantó, y cuanto más cantaba más le parecía que las historias que circulaban solo eran alpiste para pájaros mudos.

Hasta que algo se coló por el bajo de la puerta.

Una mancha que creció, y creció, y creció hasta lamer la suela de sus zapatos.

Olía dulzón y tenía el color de un rojo vergonzoso.

El niño se levantó despacio y despacio salió de su habitación. Llegó al lugar en el que poco antes la familia unida destrozaba la dignidad del silencio.

Si es que alguna vez hubo una familia unida entre esa montaña de despojos.

De bocas arrancadas y brazos arrancados y pieles arrancadas y arrancadas miradas para formar mosaicos de viscoso carmesí.

No se distinguía entre hombres, mujeres, adolescentes o restos de comida.



Al fondo de la mesa, la abuela roncaba con suavidad y una suave sonrisa en sus suaves labios.

El niño no pudo ni quiso chillar.

Se estaba demasiado bien con el silencio.

PARTE FINAL

EL HOGAR

Un lecho de huesos y calaveras diminutas, resquicios de otra era, cuando trabajaba para el deudor equivocado.

Fémures y costillas y tibias y omoplatos y cráneos que formaban, disciplinadamente, el álveo donde descansa la no bestia.

Una no bestia que, cuando sonríe, descerraja esa forma obtusa y abstrusa que posee por testa, con ojos de pozo abisal y una estela de organismo informe que se adapta a sus necesidades, ajena a dimensiones o física.

El Coco se relame de su penúltimo festín, esa familia numerosa que numerosa feneció en agonía intensa, acusados por el infante, dueño de la palabra, dueño de la voluntad, dueño de la canción.

La caverna donde se aloja la no bestia contiene más remembranzas de otra era más injusta, más oscura. Memorias de cada víctima desde el inicio de los tiempos a lo largo de la gruta interminable que acaba en lecho, y comunica con todo y con todos, a un paso de ti,

de mí, de cualquiera de nosotros en el escondite más recóndito.

Los niños. Las niñas. Deliciosos. Durante aquella era. Er-rónea. Confundiendo su función. Robando el futuro a cambio del pasado. Quedándose sin presas, sin alimento, sin canciones.

Los pequeños y pequeñas ya no creían en él, en su figura legendaria, opacada por la caterva de nuevos terrores al auspicio de una generación mutante, modernidad incorrecta, que reza a su dios pantalla. Los creepypastas. Bonitas invenciones, de imposible supervivencia inmortal como él mismo, nacido al amparo de númenes olvidados, perdidos a lo largo del espacio tiempo.

Él permaneció, humilde. Fiel a esta raza que entona su melodía, aquella que le permite perdurar, su alimento por encima del hambre, por encima de la carne. Más que cultural, más que social, necesario. Para el orden, para la educación, para la evolución.

No ahora. Las niñas y niños ya no le temen porque los padres, los adultos, ya no creen en su ser. Ya no le acarician el ego con sus canciones. Ya lo le reclaman. Ya no lo necesitan.

¿Cómo van a temerle los pequeños, si no lo hacen sus mayores?

Tocaba reinventarse. Cambiar. Tonar el foco, su núcleo. Para mejor.

¿Quiénes eran los amos de la imaginación, de la fantasía oscura que sustentaba su existencia?

Los infantes.

¿Quiénes sufrían los castigos, las atrocidades, los abusos, las palizas, quiénes no eran escuchados ni se admitían sus verdades, quiénes estaban siempre solos, incomprendidos, extraños en un mundo de adultos?

Los niños.

Las niñas.

Ergo, ¿quiénes lo necesitaban?

Ellos. Ellas.

Comenzó como un rumor. Igual que en el inicio de los tiempos. Fugaces apariciones. Susurros. Promesas.

Resonando en colegios, en guarderías, en habitaciones llenas de muñecos horriblos. Creando su propio poso. Animando a probar.

Hasta que el primero, el más valiente, el más harto, el más vapuleado, lo hizo.

Le cantó. Lo convocó.

La presa invertida.

Cuando devoraba pequeños a la vez fagocitaba sus propias posibilidades de pervivencia. Acabando con el miedo. Con la imaginación.

Ahora, con sus nuevos trofeos, lo conseguía todo; devorar experiencia, generar miedo a lo desconocido, fomentar el mito, crecer hasta lo inexorable. Todo porque ellos no solamente creían en él,

sino que lo reclamaban. Para sus justos fines.

A ello se ha entregado. El Coco actual. El no monstruo. El vengador.

Feliz con su nueva identidad, se despieza sobre un lecho de huesos que gana volumen gracias a los fragmentos adultos. Cierra los ojos de pozo, y sueña, sueña que le cantan, y le cantan para que sueñe y vuelva y aparezca y eja-cute.

Sueña y escucha.

La canción que resuena por todo el mundo, cada vez más múltiple, cada vez más elevada. Sonríe descerrajando su rostro hueco. Se relame sin lenguas.

Y acude.

Tú, ¿has hecho daño a algún niño?

Duérmete, amigo, duérmete ya.

El Coco ha venido.

Está... justo detrás.





ANA SAIZ

Con el corazón siempre dividido entre ciencias y letras, reparte su tiempo entre la consultoría informática y la escritura, y por culpa de ambas acaba pasándose la vida con un teclado en las manos y la cabeza en busca de soluciones imaginativas.

Ha publicado más de veinte relatos en revistas, blogs y antologías, en su mayoría benéficas, y ha autopublicado otros, disponibles para descarga gratuita. En 2023 ganó el II Premio Droide de Novelette de la asociación Droids & Druids, con *Amanecer en Benidormiens*, una novela corta de fantaciencia que se publicará en la primera mitad de 2024.

Le gusta creer que existe la magia en este mundo y cualquiera puede toparse con ella, y por eso su género favorito es la fantasía urbana. Y Galicia, con todas sus leyendas, uno de sus lugares preferidos para ubicarla.



NOCHE DE SAN SILVESTRE

«**A**ntes era más sencillo ser bruja», decía Tamara para sus adentros, mientras caminaba a paso ligero por las solitarias calles de la aldea, procurando evitar las zonas donde las farolas podían delatar su presencia.

«Bueno, quizá en la Edad Media no tanto», se corrigió. «Por lo de las hogueras, y eso».

Tenía que haber cogido una mochila más pequeña. Eso igual habría evitado que las cosas se movieran dentro. En mitad del silencio, ese silencio antinatural en el que transcurrían las noches desde marzo, le daba la impresión de que cada tintineo, cada pequeño choque del contenido de la mochila, era un estruendo que se escucharía en toda la comarca. La cambió de su espalda a su pecho y la rodeó con los brazos para amortiguar el movimiento y, con él, el ruido.

«Como mínimo, en los setenta seguro que era más sencillo. O más divertido, al menos». Suspiró. Su abuela había sido bruja en los setenta y contaba maravil-

las.

Al llegar junto a la última casa antes de la playa, Tamara se detuvo bajo la ventana y contuvo la respiración. Nunca había escuchado con tanta fuerza el romper de las olas a esa distancia, y se preguntó si también sería consecuencia del silencio o un mal augurio.

Mientras debatía consigo misma si sería mejor darse la vuelta, le llegó desde el interior de la casa el rumor de la alegría comedida con la que una parte reducida de la familia celebraba la última cena del año. Sonrió con tristeza. Bueno, quizá también hubiese otras cosas que eran más sencillas antes.

Su mente navegó sin rumbo por los recuerdos de otros tiempos y la incertidumbre de los que vendrían, y se ensimismó de tal manera que olvidó que eran casi las doce de la noche. Cuando repicaron las campanas de la iglesia y su eco desgarró el silencio, retumbando en cada esquina de cada calle, Tamara casi no lo cuenta. Pegó la espalda a la pared de la casa y apretó la mochila con los brazos con todas sus fuerzas, para evitar los temblores y que el corazón, que retumbaba casi más que las campanas, se le saliese del pecho.

Aquella mañana, mientras discutía con las demás el plan que ahora había estado a punto de abortar por incomparecencia involuntaria, se habían planteado si

realmente las campanas sonarían esa noche. No podían arriesgarse, claro, y por eso estaba allí Tamara, la más joven del grupo, que secretamente deseaba que no hubiesen sonado y poder volver a encerrarse en casa cuanto antes.

Era de esperar, de todos modos. Desde hacía siglos, cada noche de San Silvestre, a las doce en punto, las campanas de la iglesia repicaban solas. Ellas solitas, sin que la mano del campanero ni ningún otro humano se acercase siquiera. Y, mientras el resto de los habitantes de la aldea se mantenían a resguardo en sus casas, las brujas de toda la comarca se reunían en el pinar de la playa, a bailar y leer poesía junto a una hoguera y en compañía de un demonio.

Desde hacía siglos. Y habían dado igual invasiones, hambrunas, guerras, turistas... Cada noche de fin de año, sin falta, el demonio se presentaba en el pinar, esperando a las brujas, y las campanas sonaban solas a modo de señal de llamada. ¿Por qué ese año iba a ser diferente? El maligno no entiende de leyes humanas.

Recuperado un ritmo de pulsaciones aceptable, Tamara resopló y se separó de la pared. Echó un vistazo a la calle por la que había llegado, para asegurarse de que su poción para dormir había funcionado y Pedro, el guardia civil, no andaba por los alrededores. Pobriño, ojalá la combinación con

los dos somníferos que le había

Encima del tronco caído, al otro



añadido —por si acaso—, no le provocase ningún tipo de daño permanente.

Dentro de la casa junto a la que estaba se escuchaba música en la tele, y habían empezado a cantar. Era el momento: conociéndolos, pronto sacarían el karaoke, y no habría ni la más remota posibilidad de que se asomasen a la ventana y la sorprendieran. Sin dejar de abrazar la mochila, Tamara se armó de valor y se adentró en la playa.

No, la arena no es lo mejor del mundo si quieres andar rápido, así que Tamara llegó al pinar resoplando y con un importante dolor en las espinillas. Pero no había tiempo para sentarse a descansar: las estaban esperando.

lado de la hoguera que ardía sobre la arena sin necesidad de combustible, se alzaba la figura del macho cabrío. De pie sobre sus patas traseras, con los musculosos brazos de hombre cruzados, y los cuernos retorcidos reflejando las llamas. La imagen en su conjunto resultaba aterradora. Para la mayoría de los mortales, al menos. No para Tamara, claro, a la que lo único que aterraba en ese momento era tener que explicarle ahora toda la movida al demonio.

Rodeó la hoguera y se plantó delante de él, pidiendo disculpas por el retraso. «Es que casi me muero de un susto», pensó.

—¿Dónde están las demás? —preguntó él, despacio y proyectando la voz. Ella sabía que era para

hacerse el importante.

lo que estaba pensando, que era si



—Ahora las ves.

Tamara se sentó junto al tronco caído, aprovechando para descansar las piernas, y dejó la mochila entre ellas. Además de más pequeña, tenía que haberla elegido de plástico, porque a esa no iba a poder quitarle toda la arena en la vida. Sacó el portátil, lo aseguró como pudo sobre el tronco y le pinchó el módem USB.

El demonio, intrigado, bajó del tronco de un salto y se agachó a su lado. Nunca había estado tan cerca, y el olor a madera quemada y azufre incomodó un poco a Tamara. Lo conocía desde que era pequeña y su madre la llevó por primera vez a la playa la noche de San Silvestre, pero no había tanta confianza como para preguntarle

en el inframundo había duchas.

Cuando el portátil acabó de arrancar, Tamara inició la aplicación de videollamadas y pinchó en la reunión que habían convocado por la mañana. Poco a poco, fueron apareciendo en la pantalla las caras de las demás brujas. Algunas se acercaban demasiado a la cámara, o la tenían torcida. Algunas llevaban la mascarilla, otras un espumillón o un gorro de papel. Rosa tenía pinta de haber acabado ya con las reservas de sidra. Pero allí estaban todas, y Tamara suspiró de alivio. Tenía poca fe, especialmente en Roberta, pero a sus ochenta años había demostrado una pericia envidiable con el ordenador de *gaming* antiguo que le había mandado su

nieto para poder hablar con ella esas navidades.

—¿Qué está pasando? ¿Qué es esto? —El demonio miraba alternativamente la pantalla y a Tamara, con la voz menos proyectada y el ceño fruncido. Y era un ceño importante—. ¿Por qué no están aquí?

—A ver... —Tamara resopló—. Esto es un ordenador, un medio de comunicación que nos permite comunicarnos con ellas, que están en sus casas.

Las brujas empezaron a saludar al demonio, que se acercó más al portátil. Acostumbrada a verlo siempre en penumbra, a Tamara le pareció más viejo y menos imponente bajo la luz de la pantalla.

—¿Y qué están haciendo que no vienen? ¿No sonaron las campanas?

—Sí sonaron, sí... Vaya si sonaron. Tenemos que hacerlo así porque hay toque de queda y están prohibidas las reuniones de muchas personas.

—Es por la pandemia —añadió María, que siempre tenía que decir algo.

El demonio miró a Tamara con gesto interrogante y ella suspiró. Habría supuesto que un ser sobrenatural como él estaría al tanto de las cosas que ocurrían en el mundo. Como mínimo, de una tan gorda como esta. Pero estaba claro que este demonio no debía de pertenecer al tipo de rangos

que todo lo ven. Así que le contó 2020, de la forma más resumida y menos dramática que pudo, mientras las otras brujas asentían en la pantalla o intentaban añadir algo que no se escuchó porque Tamara se había encargado de silenciarlas para no alargar aquello innecesariamente.

—Pero ¿esa prohibición de reuniones afecta también a los aquelarres, entonces? —preguntó el demonio después de escuchar la explicación atentamente.

—No hay legislación al respecto, pero suponemos que sí. Así que pensamos en reunirnos como se reúne todo el mundo ahora.

Tamara señaló el portátil y, ante el gesto de asentimiento del demonio, quitó el silencio a sus compañeras. Y el tradicional aquelarre de la noche de San Silvestre se celebró como se pudo. Organizando adecuadamente los turnos, se leyó poesía sin perder demasiadas estrofas. No hubo bailes alrededor de la hoguera, pero hubo bailes junto a pantallas de ordenador, en solitario pero al mismo tiempo, de algún modo, juntas.

Una vez acabada la reunión, Tamara apagó el portátil, y se disponía a guardarlo en la mochila cuando el demonio la detuvo, sujetándola del brazo con su enorme mano de uñas negras.

—Ese aparato... ¿sirve para más cosas?

Tamara, que ya se estaba felicitando por lo bien que había llevado

mara maldecía por lo bajinis su metedura de pata final. Al menos, ya no llevaba ninguna mochila que fuese haciendo ruido. Pero ahora tenía que pensar la



todo, cometió el error de contestar que sí, y alabar la tecnología y el acceso a la información que esta daba. La cara del demonio se iluminó, y a ella, como miembro del aquelarre que él presidía, no le quedó más remedio que satisfacer sus deseos.

Mientras caminaba de vuelta a casa, mirando a todos lados por si Pedro, el guardia civil, se había despertado y la encontraba, Ta-

excusa más verosímil para explicar el lunes en el trabajo que había perdido el portátil. ¿Habría cobertura 4G en el inframundo?



BLANCA GALÁN

Blanca Galán es ilustradora y fangirl a tiempo completo (y nigromante, a veces). Especializada en ilustración por la Escuela Ilustra de Sevilla, dedica todo su tiempo libre a fantasear, leer e idear personajes e historias nuevas sobre las que dibujar.

Ha colaborado con varias editoriales y fanzines, pero sobre todo disfruta de compartir sus ideas y proyectos por redes sociales.

Instagram: @blanpineapple

MANUAL PARA AHORRAR DE LA BRUJA PRECARIA Y AUTÓNOMA Y AUTÓNOMA

1. COMPARTE PISO.

¿HAS COMPRADO PAPEL HIGIÉNICO?

COMO, PUES SE ME HA OLVIDADO.

AHORRA AL AGUJARRE SE LE LLAMA CO-LIVING.

2. USA LA ESCOBA EN VEZ DEL COCHE.

ES MUY VINTAGE.

Y FÁCIL DE APARCAR.

MODELO DEL SIGLO I Y AÚN FUNCIONA.

3. CAMBIA PRODUCTOS TRADICIONALES POR OTROS MÁS ASESQUIBLES.

- LECHE DE HIPOGRIFO → LECHE LACTOS
- CUERNO DE UNICORNIO → AVENA
- OJOS DE LAGARTO → TOFU
- LENGUA DE AGÓN → PAVO BAJO EN SAL
- OJOS FRESCOS → PECHUGA DE POLLO
- SANGRE DE VIRGENES → ZUMITO DE FRUTO

SI VAYO, QUE EL SAPO SABE A PISIN.

ES CIERTO, EL SAPO SABE A POLLO...

4. PON A TU FAMILIA A CURRAR.

¡FRIEGA LOS PLATOS, LUCIFERINO!

¡PUES TE QUEDAS SIN WISKAS!

QUE SE GANE EL CO-LIVING.

5. SI NO TE DA PARA EL PSICOLOGO, SIEMPRE PUEDES TIRAR DE INQUISICIÓN.

¡SE ME QUEMA EL POLLO!

ES LA TERAPIA DE MIERDA.

ES UN REMEDIO DE LA ABUELA.

ES MUY VINTAGE.

BIAN



JOSÉ LUIS ALONSO

“Ya están aquí” fue el primer relato que escribí relacionado con el programa televisivo de mi invención *En las Fronteras de lo Irracional*. El segundo lleva el críptico título de “Zarqa´Al Qubrup”, y fue seleccionado para Calabazas en el trastero 31: Maldiciones. El tercero es “Fin de ciclo” y se puede leer en el nº 3 de la revista Calíope, dedicado a los fenómenos paranormales.

Con mis relatos he podido aportar mi granito de arena en las revistas Creepy nº 19 de su segunda época, Calabazas en el trastero, Sable, Sueños de la Gorgona, Mordedor, Calíope, Exocerebros y Pulporama. También en las antologías Orgullo Zombi 2, Hay otros mundos, Cuervos en la noche, Casi 100 instantes en un santiamén y Sueños, visiones, terrores. Estoy muy agradecido de que mi relato “El nacimiento de un lobo” pudiera participar en el II premio literario Yunque de Hefesto, y que dos de mis microrrelatos aparecieran en los Cuentos del Bosque Oscuro, tanto en audio como en texto.

La Editorial Tusitala ha publicado mi libro de relatos “En tiempo de monstruos”, ilustrado por Ana Andrés Soria, y mi novela de fantasía “Ehyjvanna, La Viajera”.

ÚLTIMA
HORA



YA ESTÁN
AQUÍ

—Bienvenidos a esta edición especial de *En las Fronteras de lo Irrracional* —saludó Sergio, el presentador, adoptando acto seguido una estudiada pose impostada para hacerse el interesante y crear atmósfera desde el principio—. Hoy abordaremos el tema del momento, el que tiene a la comunidad científica estupefacta y que está acaparando la atención mediática de todo el planeta. Me estoy refiriendo, como ya habréis adivinado, al catálogo de críptidos que tenemos pululando sobre la faz de la Tierra desde que, a primeros de semana, Nessie se mostrara en todo su esplendor en vídeos y fotografías que dieron la vuelta al mundo y en Nepal un potente terremoto dejara al descubierto un cráter sembrado de cadáveres de homínidos peludos cuya descripción casa con la del abominable hombre de las nieves, el celeberrimo yeti. Desde ese día, el número de avistamientos ha ido creciendo como la espuma ahogando a los incrédulos en un tsunami de evidencias. Para cuantificar la evolución del fenómeno tenemos a nuestro compañero Pedro rastreando en las distintas redes sociales y buscando en YouTube cualquier comentario relacionado con un nuevo avistamiento. Hace una hora teníamos una

media de cinco noticias subidas por minuto y al dar inicio al programa ya son ocho. Ni que decir tiene que esta prueba carece de validez científica, pero creemos importante constatar el ritmo al que la gente está dejando sus testimonios en la red para ver si la situación remite o no. Ni más, ni menos. Pero sigamos, pues llegados a este punto nos asaltan ciertas dudas. ¿De dónde han salido? ¿Y por qué ahora, después de tantísimo tiempo mostrándose a cuentagotas? —Hizo una pausa retórica para dejar que el misterio echara raíces en los telespectadores— Para indagar sobre esas cuestiones esta mañana contamos con dos conocidos de nuestra audiencia. Ellos son Kepa Maturana y Félix Temporal.

El primero saludó con un movimiento de cabeza mientras el segundo tan solo esbozó una sonrisa con aire bohemio.

—Antes de entrar en materia, dejad que os sorprenda con algo que, sin duda, añadirá una considerable emoción al programa. Como novedad respecto a nuestro formato tradicional, hoy contamos con dos equipos sobre el terreno, uno en la zona de Gévaudan, Francia, y el otro en el pueblo asturiano de Luarca.

—Vaya despliegue de medios —comentó Félix enarcando las cejas.

—Estamos tirando la casa por la ventana, pero creemos que la ocasión lo merece. Veamos qué nos cuentan.

Iban en el asiento trasero de un todoterreno que transitaba por un camino forestal tachonado de baches y desniveles. Los movimientos de la cámara, y por extensión los de la escena que grababa, bien pudieran servir para realizar un mapa topográfico del abrupto terreno. A pesar de faltar solo unos minutos para el mediodía, la penumbra reinante parecía pregonar justo lo contrario. Retazos de un cielo ceniciento se atisbaban por los exiguos resquicios que concedía la omnipresente vegetación. El camino los guiaba a través de una interminable sucesión de pinos silvestres, todos ellos tejiendo una tupida malla que impedía vislumbrar la profundidad del bosque. Muy lejos quedaban los páramos, claros y diáfanos, que habían atravesado para llegar hasta allí.

La imagen del reportero, un joven de barba hirsuta y ojos vivaces, ocupó entonces el primer plano.

—A los buenos y brumosos días desde el mismísimo corazón del territorio de la Bestia —comenzó diciendo—. Como en una pesadilla hecha realidad, la historia vuelve a repetirse aquí, en la

antigua provincia de Gévaudan. Con la muerte de una mujer, cuyo cadáver mutilado fue hallado esta mañana por un madrugador vecino de la zona, ya son cuatro las víctimas que se ha cobrado desde su reaparición. En respuesta a este nuevo y atroz asesinato, los lugareños han organizado la primera gran batida para tratar de dar caza a esta criatura de infame recuerdo. Se han producido ataques casi de forma simultánea en puntos muy distantes de la comarca, lo que ha añadido un barniz sobrenatural al sempiterno enigma que envuelve a este animal. Hay miedo en los rostros de esta gente, pero también determinación. En total, nos han informado de que existen nueve grupos más como este peinando esta intrincada zona boscosa. Con algo de suerte, podríamos ser los primeros en mostrar al mundo una imagen de la Bestia y revelar su verdadero aspecto. ¿Será un lobo? ¿Una hiena? ¿Encontraremos la mano del hombre detrás de estos horribles crímenes? Crucemos los dedos para poder desvelar la incógnita durante la emisión del programa. Sería toda una primicia.

El todoterreno se detuvo en un calvero donde ya había aparcados varios coches formando una medialuna. Numerosas personas parecían conferenciar alrededor

de un mapa extendido sobre el capó de un vehículo de la Gendarmería. De entre sus cabezas gachas surgían, como juncos sombríos, un manojo de cañones de escopetas y rifles apuntando al cielo raso. Una cacofonía de ladridos ponía banda sonora al momento mientras dos hombres se afanaban, con denodado esfuerzo, por contener a toda la jauría de perros que tensaban sus correas y olfateaban el aire con un progresivo y comprensible nerviosismo.

Después de ofrecer una panorámica del terreno, la cámara volvió al reportero y lo sorprendió oteando los alrededores con suspicacia. La batida iba a dar comienzo y se despidió con la promesa de volver en cuanto sucediera algo digno de mención.

La reportera estaba plantada frente a un edificio de aires futuristas.

—Nos encontramos en el pueblo pesquero de Luarca, un enclave idílico a las puertas del Cantábrico—. Una melena larga y ondulada enmarcaba un semblante de suaves facciones que destilaba naturalidad y encanto a espuestas—. Esta construcción de formas cúbicas que tengo a mi espalda es el Museo del Calamar Gigante. Nadie hubiera dado ni un mísero euro por él hace seis

meses, cuando una tempestad de padre y muy señor mío, tan aterradora que los entendidos la bautizaron con el apocalíptico nombre de ciclogénesis explosiva, dejó sus instalaciones en la UVI y devolvió al mar casi toda su colección de cefalópodos. Sin embargo, tras unas costosas reformas, hoy lo podemos contemplar resurgido de sus cenizas cual ave fénix. La Madre Naturaleza también ha contribuido, dotándole de una nueva remesa de ejemplares, más espectacular y numerosa que la anterior, y le ha hecho obsequio de algo nunca visto hasta la fecha: un tentáculo de casi cien metros de longitud que arribó a estas costas hace dos días. Hemos hablado con algunos habitantes de Luarca que sostienen que se trataría de una serpiente marina. Sea tentáculo o serpiente gigante, hasta aquí han venido innumerables

curiosos que atestan las playas de la zona armados con cámaras fotográficas y prismáticos, convencidos de que algo espectacular, propio de los tiempos que corren, saldrá a flote más temprano que tarde. Cómo no, en boca de todos está el mítico kraken. No sería de extrañar que...

Una cadenciosa algarabía interrumpió su entrada.

Como si se hubiera desatado un incendio dentro del Museo, la gente lo abandonaba en tropel y emprendía una alocada carrera hacia sus vehículos. La escena destilaba la misma histeria colectiva que parecía haberse adueñado del género humano en la última semana. Hubo gritos, empujones y alguna que otra caída que se saldó con más gritos y empujones.



—¿Qué pasa? —interpeló la reportera a un grupo que cruzaba delante de ellos.

—Han visto algo en la playa de Sabugo —le respondió una chica sin detenerse.

—¿El qué?

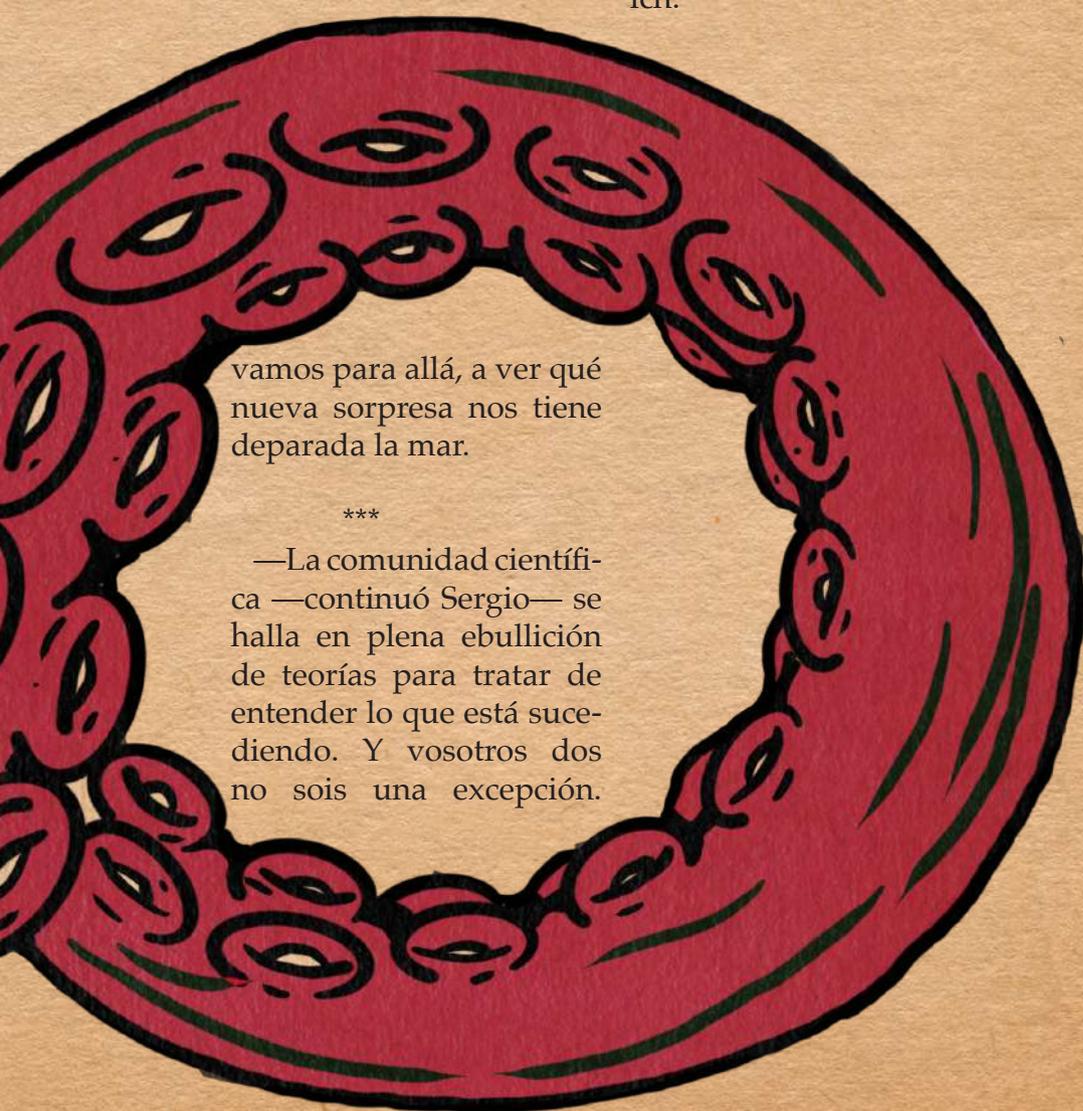
—¡No sé, algo enorme que se acerca a la costa!

—¡Gracias! Ya habéis oído —le dijo entonces a la cámara—. Nos

Comenzaremos por ti, Félix. Tengo entendido que te encontrabas en Moscú cuando eclosionó el fenómeno de los críptidos.

Félix se arrellanó en su silla, acomodándose sobre la mesa.

—Así es. Me encontraba en un simposio de psiquiatría y tuve la oportunidad de unirme por unos días al equipo de investigación del profesor Vronsky Arkadievich.



vamos para allá, a ver qué nueva sorpresa nos tiene deparada la mar.

—La comunidad científica —continuó Sergio— se halla en plena ebullición de teorías para tratar de entender lo que está sucediendo. Y vosotros dos no sois una excepción.

Desde Moscú partimos hacia la república rusa de Altai, región con montañas de vértigo entre las que corren valles de una belleza indómita. El doctor tenía en mente la intención de afrontar esta investigación desde una perspectiva distinta, dejando a un lado el estudio de los animales que habían dejado de estar ocultos para centrarse en los testigos que afirmaban haberlos visto. Con esta premisa llegamos a Gorno-Altaysk, la capital, donde nuestras pesquisas nos condujeron a tres personas que aseguraban haberse cruzado con una pareja de almas en un bosque.

—Es curioso —interrumpió Kepa—, pero en todas las partes del mundo se da el mito del hombre salvaje.

—Cierto —apostilló el presentador—. Almas es un vocablo mongol que significa precisamente eso, hombre salvaje, que en este caso no es más que la versión rusa del yeti tibetano.

—Pero esto se podría explicar —ilustró Kepa— como algún tipo de residuo que perdurase en la mentalidad del hombre moderno desde la época en que convivió con los neandertales, constituyendo estos una especie de humanidad paralela con la que habría una enconada rivalidad en temas como la caza o el territorio y que terminó aislándose de nosotros por miedo, pero que al

mismo tiempo nos infundió algún tipo de temor atávico que quedó grabado en la memoria ancestral de tal manera que cuando vemos una sombra en el bosque nuestra imaginación se desboca tomando los derroteros más tenebrosos.

—Seguro que Vronsky estaría de acuerdo contigo —afirmó Félix antes de retomar el hilo de su historia—. Como iba diciendo, nos cedieron unas habitaciones en el Hospital Bolnitsa para poder estudiar a estas tres personas. En dos de ellas no íbamos a encontrar nada llamativo, pero la tercera iba a ser harina de otro costal. El PET, la tomografía por emisión de positrones, reveló un número inusitado de células trabajando durante un ejercicio concreto destinado a estimular las redes que albergan nuestra capacidad creativa. Estábamos comentándolo cuando los aparatos comenzaron a volverse locos, haciendo registros imposibles. A continuación escuchamos un gruñido y nos dimos cuenta, al girarnos, de que no estábamos solos.

Félix dejó un momento la mirada perdida en el infinito, como si la escena se estuviera representando de nuevo ante sus ojos.

—Aquella criatura surgida de la nada mediría más de dos metros de altura. Un pelo rojizo le cubría todo el cuerpo pero, a tenor de sus voluptuosas formas, se diría que era una hembra. Su rostro

tenía un aire simiesco, en cambio sus ojos... nunca olvidaré la expresión tan humana de sus ojos. Eran un fiel reflejo del terror que la invadía, como si no entendiera qué hacía allí. Buscó la protección de la oscuridad que emanaba de la habitación contigua. Imagino que la tomaría por una especie de cueva. La seguimos y, en cuanto encendimos la luz, comprobamos que la habitación estaba vacía, solo ocupada por el instrumental necesario para hacer radiografías. De la criatura solo había quedado un puñado de pelos cobrizos. Había desaparecido delante de nuestras narices de la misma manera que había surgido, como un fantasma.

—¿Y cómo explicas eso?

—Materialización del pensamiento, de una idea profundamente arraigada en eso que Kepa ha llamado memoria ancestral.



Tras meditar sobre lo sucedido, creímos plausible que aquel hombre, merced a su peculiar actividad cerebral, hubiese creado a ese homínido solo por un breve espacio de tiempo. En los bosques hay mil recovecos de donde pueden salir o permanecer escondidos, pero la cosa cambia cuando aparecen en la tercera planta de un hospital, en plena ciudad, para luego esfumarse como la niebla. El efecto ya lo conocemos. Vronsky tiene ahora que dar con la causa, averiguar qué tecla pulsó en la cabeza de aquel individuo y, si está en lo cierto, el siguiente paso sería ayudar a estas personas a controlar sus facultades mentales antes de que nos llenen el planeta de críptidos y pongan en peligro el futuro de la humanidad.

—Desde luego, ese futuro reescribiría la cadena trófica y quién sabe en qué lugar nos dejaría —dijo Sergio tratando de que el espectador se imaginara un mundo de tintes jurásicos—. Vamos a hacer un alto en el camino para ver cómo está el panorama. Me comenta Pedro que acaban de subir un video de un solitario basajaun deambulando por los montes de Irati. Esto te toca de cerca, ¿no, Kepa?

—Me toca de lleno. Después llamaré a mi mujer para que me cuente si ha visto algo.

—Tenemos que deciros también que los datos actualizados

de nuestro humilde experimento no tienen desperdicio. De hecho, resultan bastante inquietantes. La media ha ascendido a cuarenta y nueve noticias por minuto —Sergio utilizó otra de sus calculadas expresiones faciales—. Hemos pasado de ocho a cuarenta y nueve en lo que va de programa. Da miedo sacar conclusiones.

—Parece que los acontecimientos se pueden estar precipitando —aventuró Félix—. Si sigue a este ritmo, podemos encaminarnos hacia un escenario desconocido de consecuencias impredecibles.

—Estaremos pendientes del siguiente parte que nos brinde nuestro compañero, pero prestemos ahora oídos a las palabras de Kepa, que a buen seguro también nos aportarán un punto de vista a tener en cuenta.

—Voy a empezar hablando del físico Herbert Cornelius —dijo el aludido— y de su teoría de la *Dinámica Cuántica de la Dualidad Cósmica*. Durante largo tiempo, la criptozoología se ha dado de bruces con un hecho que pesaba como una losa: nunca ha sido capturado ningún ejemplar, ergo no podían ser clasificados por la ciencia porque nos faltaba lo esencial, el cuerpo. Sin embargo, han dejado huellas, testigos, un entorno afectado, pero cuando se les ha buscado no están, se los ha tragado la tierra, y la conclusión

debería de ser obvia: no se han encontrado porque no existen. Pero ahora están aquí, por todas partes, y de algún sitio han tenido que salir, ¿no? Y como ya hemos descartado nuestro planeta, su origen ha de estar fuera de él, en otro plano de existencia. Y es ahí donde entran a escena las ideas de Herbert Cornelius.

—Refréscanos la memoria, porque me consta que muy poca gente conoce el trabajo de este físico estadounidense.

—Todo comienza cuando Herbert viaja en su coche desde Miami hasta Tampa, donde tiene que dar una conferencia, y coge la autopista que cruza el parque natural de Everglades. Atravesando ese vasto territorio, habitado tan solo por panteras, caimanes y demás fauna salvaje y que es llano hasta decir basta, Herbert se encuentra nada menos que con una ciudad rodeada por un paisaje selvático. Anonadado por lo que está viendo, detiene el coche y se apea. Cuenta que la ciudad está formada por edificios mastodónticos dotados de cierto aire arcaico. Sobrevolándola en círculos como buitres rondando a un moribundo, vislumbra unas criaturas que le recuerdan al Pteranodon. Otea la autopista y constata que no circula ni un alma por ella. Ciertamente que es muy temprano, apenas había amanecido, pero este hecho lo induce a creer que está

teniendo una alucinación.

—No me extraña.

—Intrigado, se encamina hacia la exótica vegetación con el propósito de comprobar cuán tangible es, cuando emergen de la maleza un nutrido grupo de homínidos que reconoce en seguida como *skunk apes*. Estos seres forman parte del folclore de la zona y Herbert, como cualquier habitante del sur de Florida, ha oído hablar de ellos mil veces. No tiene un recibimiento amigable; al fin y al cabo, para ellos Herbert es el intruso y está en clara minoría. Conclusión: la emprenden a pedradas con él y no paran hasta hacerle huir en su coche. Del encuentro sale bastante bien parado, todo hay que decirlo. No solo escapa ileso sino que, lo más importante, la ventana del copiloto resulta hecha añicos y la piedra causante del desaguisado queda sobre el salpicadero. Todavía la guarda como oro en paño. Le recuerda que aquello fue real. Cuando regresa de Tampa al caer la tarde y pasa por allí, ¿adivinais qué? No hay ni rastro de la ciudad ni de la selva ¿Dónde estaban, pues, se pregunta? Posteriormente, en lugar de guardarse la experiencia para él como habría hecho cualquiera, decide airearla a bombo y platillo elaborando una teoría que la justifique.

—¿Y cómo se las arregló?

—Existe una realidad paralela a la nuestra, de ahí lo de la duali-

dad cósmica. Ambos planos de existencia están separados por un campo de energía ignota que soporta fortísimas tensiones, ya que cada realidad tira de él en una dirección provocando esporádicas fisuras en su superficie que vendrían a ser como puertas que comunicasen los dos mundos. Pero a la vez este campo también tiene la capacidad de regenerarse y las grietas se van cerrando como heridas que cicatrizan. Por eso no pudo ver la ciudad al volver de Tampa.

—En ese caso, si lo he entendido bien, ¿lo que veníamos denominando como críptidos serían parte de la fauna de ese otro mundo?

—Eso es. Se colarían de manera accidental a través de esas grietas apareciendo en los lugares más inverosímiles, dejando evidencias de su paso, testigos, etcétera, pero cuando se trata de dar con ellos, de localizarlos, no aparecen por ninguna parte porque ya no están aquí. Lo curioso del caso es que lo mismo nos puede pasar a nosotros. En su mundo, nosotros o nuestra fauna seríamos los críptidos. ¿Quién sabe? Puede que dando un paseo por el monte viésemos algo que no nos cuadre o que no es del todo como lo recordábamos. Y todo porque, sin saberlo, hubiéramos hecho una efímera visita al otro lado. En ese caso, ¿no sería increíble

que alguien se trajera algo de allí? ¿Algo imposible de encontrar aquí? Pues eso mismo es lo que hizo un conocido mío al que, por ser botánico, le llamó poderosamente la atención la extrañísima vegetación en la que se vio envuelto haciendo senderismo. Fue un instante. Al coronar un repecho todo había vuelto a la normalidad, pero antes, por deformación profesional, ya había cogido varias muestras que llevó al Jardín Botánico de Iturraran donde quedaron tan desconcertados como él. Tras analizarlas concluyeron que el único lugar en el que podrían crecer sería en la selva amazónica, por sus excepcionales condiciones medioambientales de temperatura, humedad, oxígeno... Pero, claro, el Amazonas queda un poco a desmano de los montes de Navarra. En cuanto Herbert recibió los documentos que le envié, se mostró entusiasmado. Me dijo que todo lo que estamos viviendo le ha sacado del ostracismo y que, incluso, le habían vuelto a llamar para dar conferencias.

—Aclárame una cosa. Si siempre han estado ahí, ¿por qué ahora nos visitan con tanta profusión? ¿Qué ha cambiado?

—La respuesta está en un suceso que pasó sin pena ni gloria debido a que los crípticos acapararon la atención mundial. El mis-

mo día en que todo empezó tuvo lugar una explosión solar que lanzó hacia la Tierra la mayor llamarada registrada hasta la fecha. ¿Y adivináis cuándo había tenido lugar la última gran llamarada solar? El 5 de diciembre de 2006, el mismo día en que Herbert vio esa ciudad de ensueño y fue atacado por los *skunk apes*. Estos eventos extremos afectan sobremanera al campo del que depende que ambos mundos permanezcan separados. El aumento de la tensión que tiene que padecer provoca un mayor número de fisuras y eleva las probabilidades de que sufra grandes desgarros que lo hagan trizas. Sería vital para nosotros que recuperara la estabilidad y consiguiera regenerarse, pues es lo único que impide que los dos mundos colapsen fundiéndose en una sola realidad. Y podemos estar a un paso de ello. De aquella lejana llamarada del dos mil seis logró reponerse pero, a tenor de los resultados de vuestro experimento, no parece que en esta ocasión lo esté consiguiendo.

—Vaya, menos mal que solo es una teoría.

—Y luego está lo de las desapariciones.

—¿Qué desapariciones?

—De personas. Durante esta última semana las denuncias por desapariciones se han multiplicado por diez. Y mucho me temo

que todas esas personas se encuentren perdidas en el otro lado.

—Pero esas grietas funcionan como una carretera de dos direcciones. Podrían volver por ellas, ¿no?

—Los animales tienen el olfato bastante desarrollado, pueden regresar siguiendo su propio rastro, pero a nosotros el progreso y la tecnología nos han embotado los sentidos. Por no hablar de que pudiera no ser tan fácil sobrevivir allí hasta encontrar una grieta que les condujera de regreso.

—No quisiera tener que comprobarlo —comentó Félix.

—Me dice un pajarito —cortó el presentador con el rostro encendido por la emoción— que nos tenemos que ir raudos a Gévaudan. Según parece... ¡han abatido a la Bestia!

—Acabamos de llegar al recóndito enclave donde la Bestia ha venido a morir —informó el reportero casi sin aliento—. Ha sido una persecución trepidante. En un par de ocasiones la hemos perdido de vista, pero no hay quien dé esquinazo a estos perros. Seguro que os morís de ganas de verla, ¿verdad? Pues ahí delante la tenéis.

Avanzaban con cautela, igual que si estuvieran cruzando un campo minado, inmersos en lo profundo de una garganta rielada

de claroscurros. Las armas apuntaban al cuerpo inerte de la Bestia, como si no las tuvieran todas consigo. A pesar de yacer sobre la hierba, se apreciaba que su tamaño en nada tenía que envidiar al de un corcel. Por capricho de la penumbra, su pelaje se presentaba como si fuera una coraza. Sobre su espina dorsal el vello se mantenía erizado y de su enorme cabeza, enterrada entre matojos, sobresalían sendas orejas puntiagudas como aletas de tiburón.

Tan ensimismados estaban todos por la gesta consumada, que ninguno se imaginó que aquella criatura estuviera fingiendo su muerte o que aquello pudiera tratarse de una celada para atraerles hasta el fondo de esa garganta estrecha y umbría como la fosa de una tumba, como tampoco vieron, asomándose como aviesas gárgolas, a las otras Bestias apostadas en lo alto de las paredes que los flanqueaban, forradas por grandes rocas cubiertas por un manto esponjoso de musgo. El sonido de unas piedras rodando pendiente abajo les sacó de su abstracción, haciéndoles levantar la mirada. Ahora que se mostraban, se hacía comprensible que los hubieran confundido con lobos. Pero nunca existieron lobos de semejante envergadura.

—Dios mío —musitó el cámara sin dar crédito—, si hay más de una.

Uno de los cazadores rompió con su grito el hechizo que los tenía petrificados:

—*C'est une trappe!*



Y aquella verdad supuso el pistoletazo de salida.

Las Bestias llovieron del cielo y fueron recibidas con una atronadora salva de disparos. En cuestión de segundos, la atmósfera se preñó con el olor del miedo, la sangre y la pólvora. En mitad de esa vorágine donde los cuerpos volaban como confeti dejando tras de sí una estela púrpura, resultó inevitable que también hubiera bajas debido al

fuego cruzado. La cámara fue una de ellas. Murió cuando uno de los cazadores, sin apenas tiempo de apuntar, disparó su fusil contra una de las Bestias en el mismo instante en que esta, haciendo gala de una insólita agilidad felina, saltaba para esquivarlo. La cámara inmortalizó el plano de forma magistral por encontrarse justo detrás del esquivo animal, sin embargo quedó en la trayectoria del proyectil.

Ni que decir tiene que la conexión cesó con el impacto, fundiéndose en negro como el telón enlutado que cae en pleno desenlace de la trama.

—¡Hostias! —exclamó Sergio—
¿Le han volado la cabeza?

Kepa se había levantado y, fuera de plano, trataba de ponerse en contacto con su esposa. La imagen de un basajaun merodeando por los montes donde vivía su familia ya no le parecía tan bucólica.

—Yo creo que le han dado a la cámara —opinó Félix.

—¿Cuántas Bestias había?

—Demasiadas.

Ambos guardaron silencio, tanto por la tragedia humana, como por las implicaciones de lo que habían presenciado. Los focos del plató parpadearon sin que nadie les prestara interés.

—Un momento —Sergio ladeó la cabeza como un demente que tratara de captar un mensaje con-

creto entre un coro de voces imaginarias—. Me dice Pedro que Internet ha caído. No hay Internet. Y que la última comprobación que pudo hacer arrojaba una media de... ¡Qué barbaridad! Ciento dieciséis referencias a posibles avistamientos por minuto.

—Esto no tiene buena pinta.

—Y que lo digas. Es como si, hasta el momento, solo hubiésemos visto la punta del iceberg, y ahora...

—Ahora los seres humanos estamos abocados a demostrar nuestra capacidad de adaptación ante el nuevo orden natural que se nos viene encima —sentenció Félix, tajante—. Nos hallamos en los albores de un mundo inimaginable. Eso está claro. Y el cambio asusta. Es normal. Pero para la ciencia se abre un periodo emocionante.

—Me voy —interrumpió Kepa con el rostro lívido— No sé qué pasa, pero no consigo contactar con mi mujer y si me quedo aquí acabaré subiéndome por las paredes.

—Vale. No te preocupes, que seguro que estará todo bien, y ten cuidado con la carretera. Nosotros seguimos, que todavía tenemos una conexión pendiente. Miedo me da.

El acantilado de las Crucianas acogía como buen amante a la

playa de Sabugo. El único acceso era un angosto sendero que descendía zigzagueando hasta la arena.

—Nuestro gozo en un pozo —se lamentaba la reportera de espaldas al Cantábrico—. Lo que para radio macuto era algo enorme han resultado ser los restos de un naufragio. Como me gustaría que el proceso digestivo del delicioso desayuno con el que he empezado el día siguiera su curso natural, nuestro público más fosco tendrá que conformarse con lo que pueda captar el zoom de la cámara desde aquí arriba.

El Cuélebre descansaba escorado a babor, mostrando en su casco un boquete mortal de necesidad. Las olas que morían en la playa lamían los cuerpos de la tripulación que la marea había depositado a lo largo de la orilla. Los cadáveres, hinchados e incompletos, atraían por igual a legiones de moscas que hurgaban en sus heridas y al centenar largo de curiosos que, inmunes al hedor y la náusea, los retrataban con sus móviles para la posteridad.

Entonces, como si se sintiera asqueado por tanta falta de respeto, el mar se replegó dejando al descubierto decenas de metros de arena alfombrada por algas, medusas y crustáceos. Todos los presentes observaron boquiabiertos cómo el agua se alejaba de ellos. De repente, el acantilado

había convertido la playa en una ratonera. El tiempo que necesitaron sus neuronas para asimilar este hecho fue el que tardaron sus piernas en reaccionar. Enseguida, el estrecho sendero se convirtió en un embudo mortal. Los que se caían fueron pisados por los que venían detrás y los que iban delante fueron agarrados para ser adelantados en mitad de ese caótico sálvese quien pueda. Momento que aprovechó el mar para volver con bríos renovados, encontrándolos a todos arrebuja-dos a los pies de la vereda por la que solo unos pocos afortunados habían empezado a trepar. La violenta embestida de las aguas los arrebató de tierra firme, ahogando sus gritos y engulléndolos sin conmiseración para enviarlos como vulgares peluches a los brazos de Poseidón.

El causante de aquel maremoto asomó su testa opalescente en lontananza. Un ramillete de tentáculos de proporciones épicas se abrió camino entre la mar picada, restallando en el límpido cielo como una docena de látigos de la que pendían cortinas de agua como telarañas zarandeadas por el viento.

La transmisión se cortó de súbito y la noche más cerrada se abatió sobre el plató. Los dos se quedaron mudos, digiriendo las imágenes. El primero en atragan-

tarse fue Sergio.

—¿Pero qué diablos era eso? La madre de todos los kraken?

—No tengo ni idea.

—¿Y si una de esas grietas de las que hablaba Kepa... se hubiera desgarrado lo suficiente para dejar pasar a esa monstruosidad?

—No tiene por qué. La de Kepa solo es una teoría más.

—Ya.

Todo el personal del programa se fue reuniendo en torno a ellos. Al comprobar que los móviles no funcionaban, algunos encendieron sus mecheros.

—¿Qué pasa con la luz? —inquirió Sergio.

—Nos hemos quedado sin electricidad —contestó Pedro según salía del cuarto de contadores mechero en ristre—. Todo se ha ido a la mierda. Hasta el reloj de la pared se ha parado y eso que va a pilas. Qué coño, si ni me funciona la linterna. De golpe y porrazo, parece que hemos aterrizado en la Edad de Piedra.

—Pero, ¿cómo? ¿Qué ha pasado?

—Dímelo tú, que eres el experto en misterios.

La puerta del estudio se abrió, dejando entrar una ráfaga de luz cegadora. En el umbral afloró una silueta cuyos contornos devoraba la prístina claridad de la mañana.

—No está.

Todos reconocieron la voz de Kepa. Sostenía del tallo una hoja

estriada y enorme, sospechosamente parecida a la de la foto que le había enviado al físico norteamericano.

—¡Lo que faltaba! —bufó Sergio—
¿No me digas que te han robado el coche?

Un espeluznante graznido les llegó desde el exterior.

—La ciudad. No está la ciudad.
Todo ha desaparecido.





ROCÍO STEVENSON MUÑOZ Y LUCYNA ADAMCZYK

Rocío Stevenson Muñoz compagina su trabajo de profesora con la escritura. Tiene algunos poemas y relatos publicados en diversos libros antológicos como: *T.ERRORES*, *Una mirada al infierno*, *Orgullo zombi*, *La hermandad de la noche* o *Espiados*, entre otros. También en revistas literarias: *Quebrados*, *Extrañas Noches*, *Opportunity*, *Mordedor*, y antologías de certámenes literarios. Ha publicado un poemario: *Cuando arrecie la tormenta* y dos álbumes ilustrados: *El elefante araña* y *Marte te necesita*, mención de honor en el I Premio Internacional de Álbum Ilustrado Elia Barceló y publicado por la Editorial Premium. Junto con Lucyna Adamczyk, ilustradora, ha coordinado las antologías *Dentro de un agujero de gusano* y *Hay otros mundos*. En la actualidad, ambas coordinan la revista de género *Pulporama*. Durante este año 2024, Edebé México publicará su novela infantil *Mansión Tremor*.

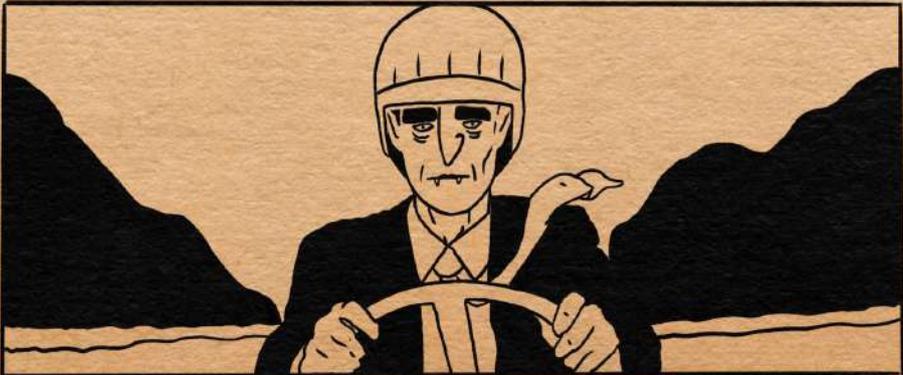
Lucyna Adamczyk se sintió atraída por el mundo de la ilustración desde niña. Su primer álbum ilustrado, *El elefante araña*, vio la luz en 2020, junto con otros trabajos publicados en diferentes revistas como *La gran belleza*, *Literentropía* y *Opportunity*.

Ganadora del certamen internacional Algeciras Fantastika y Mención de Honor en el I Premio Internacional de Álbum Ilustrado de Fantasía y Ciencia Ficción Elia Barceló por *Marte te necesita*.

Ha ilustrado además la antología *T.ERRORES*, el cómic *Cerebros*. *Ñam ñam* en *Orgullo Zombi*, *Puedes llamarme Espátula* y *La Obsoletadora* publicadas por *Droids&Druids* y la revista *Pulporama*.

FELIZ ANIVERSARIO!













IRENE FALCÓN GONZÁLEZ

Nacida en Cádiz en 1992, Irene Falcón González respira, lee, escribe y rima desde San Fernando, aunque aún busca un hogar que aguarden su intensidad, su alma y sus versos. No tiene muchas cosas claras, pero sabe que las letras son las encargadas de marcar su camino. Actualmente, la encontraréis en Huellas y en El último hospital, ambas antologías benéficas, donde comparte sus dos pasiones: la poesía y el terror. por último en el poemario que publicó el año pasado, con Olé Libros, titulado Hydra y otras cabezas. En este momento está organizando una antología de romance con otras autoras y escribiendo sus proyectos en solitario, de los que informa por su cuenta de Twitter (@pinkiepages).

GRITOS QUE HUELEN A CRISANTEMOS

Como un crisantemo,
perseguida por la muerte
bailando al son de su voz,
que, aun inefable, grita,
grita ante moribundos,
que al oír el fuerte alarido,
mutarán a cuerpos inertes.

Bailarina eternamente,
la perenne banshee,
cansada de muerte,
cansada de gritos,
cansada de esa voz
que resulta ser la suya,
baila a su son,
intentando soportar
la muerte que carga
con pasos de baile
que sin remedio aprendió
de una joven bailarina
que a su pesar pereció.

Tras su grito,
tras su llanto,
tras sus lágrimas,
tras su desesperación,
la banshee con gritomató a su gran amor.

Porque se enamoró de unos pasos
que el tiempo frenó.
Se enamoró de una muchacha
a la que la vida apartó.

Mensajera de muerte,
supo la banshee
que había de gritar ante ella

para llevarla a morir.

Le regaló su baile,
al son de sus gritos.
Danzó y danzó,
siguió danzando,
siguió gritando,
hasta que la muchacha cayó.

Como un crisantemo,
perseguida por la muerte,
bailaría al son
de su mortífera voz,
decidida a hacer honor
a ese amor que su grito
por orden de la muerte,
sin remedio asesinó.

Bailarina eternamente,
perseguida por la muerte.





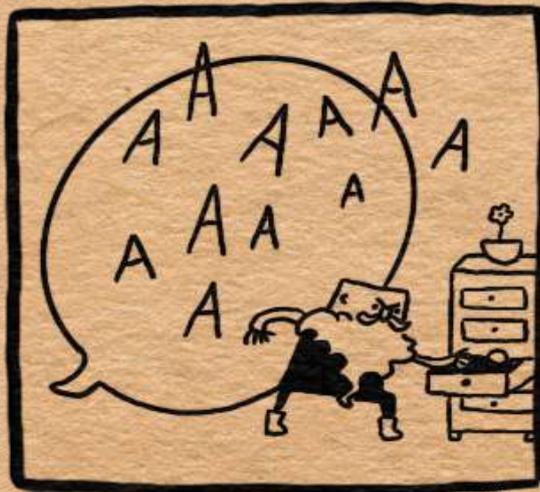
IOSEBA VILAS

Ioseba Imanol Vilas Molina (Donostia-San Sebastián, 1973). Hijo de libreros, y precisamente muy influenciado por ellos desde muy pequeño se aficiona a la literatura, los tebeos, cómics, el cine, las series, y Artes en general. Cursa y culmina sus estudios como Técnico Superior en Artes Plásticas en EAD de San Sebastián. Ha tomado parte en diversos concursos y exposiciones de humor gráfico, fotografía, micro relatos, cómic, caricatura, logotipos, ilustración, o cartelería entre otras disciplinas, obteniendo diversas menciones y galardones, participando en varias publicaciones, y colabora asiduamente con entidades de ámbito cultural y deportivo. Es cofundador y autor de las ilustraciones y parte de los textos del fanzine La Valla, en el cual se abordan temas relacionados con el cine, el terror, y la ciencia ficción, y que está íntimamente ligado a la Semana de Cine Fantástico y de Terror de San Sebastián de cuya "Guerra de fanzines" han resultado ganadores hasta en cuatro ocasiones. Acaba de retomar su proyecto camyss, iniciado en 2017, a través de dos plataformas externas de venta online, destinado a llevar sus diseños más allá del papel. Algunas de sus ilustraciones y micro relatos han sido seleccionados para los primeros números de la revista Pulporama.

INSERT SOUL

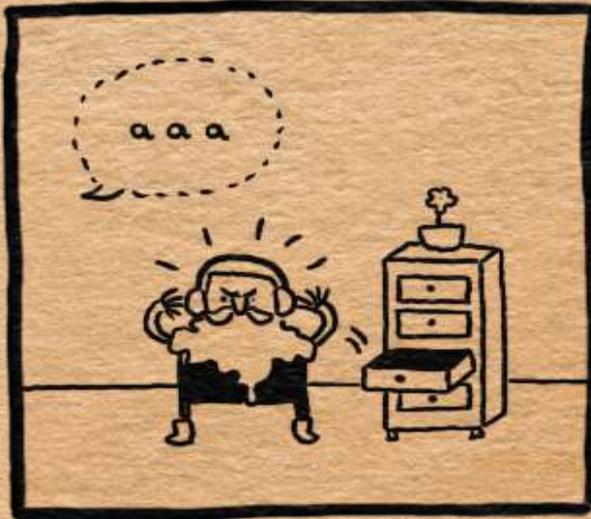


¿Cómo deshacerse de una
BANSHEE ?

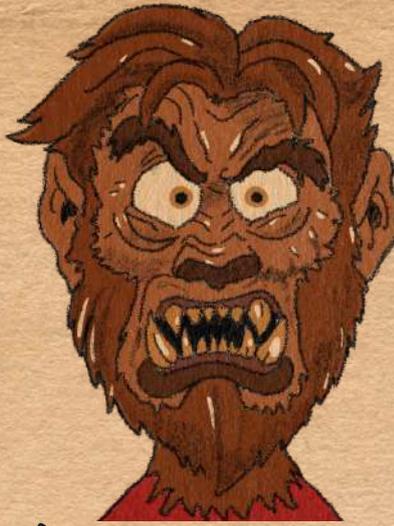


Las banshees son los espíritus de cantantes de ópera que murieron repentinamente. No son peligrosas y, contrariamente a lo que se cree, no son heraldos de la muerte. Sin embargo, resultan increíblemente molestas. Su voz distorsionada suena a una mezcla entre el gemido de un gallo moribundo, el estertor de un despertador estropeado y un aria operística.

Rocío Stevenson Muñoz
Lucyna Adamczyk



Las banshees se aparecen con mayor frecuencia en los tejados de las casas donde la música suena a un volumen excesivo. No hay muchas maneras de deshacerse de ellas, aunque es útil determinar la identidad de la banshee y luego tocar el aria que interpretaron en el pasado. Cuando escuchan su propia voz, existe la posibilidad de que encuentren el cierre que necesitan y desaparezcan definitivamente.



HÉCTOR BUENO MARTÍN

Sobre mí:

Me llamo Héctor Bueno, soy de Calatayud, un pueblo de Zaragoza (aunque prefiero considerarlo ciudad pequeña). Soy de ciencias y no de letras, pero al final me he tirado hacia las letras con ciencia (ficción). Tengo algunas novelitas autopublicadas en Amazon, el lugar de aquellos marginados a los que no nos han aceptado manuscritos, pero todavía no he publicado nada en editorial; he sido finalista del Premio Minotauro 2023 con "La Célula", aunque al final no les entra en el catálogo y se queda a la espera de encontrar casa...

Algunas de mis novelas autopublicadas: "Proyecto Tempus", (ideal para los amantes de los viajes en el tiempo), "El Plano del coma": un drama metafísico familiar (siento la descripción tan confusa) y la última, "Checkpoint", una historia de amor de verano muy retro-temporal.

Me gusta dibujar, el anime, el cine, las series... Por temáticas, prefiero la ciencia ficción y el terror, aunque no le digo que no a la fantasía.

Mis redes:

Instagram y Twitter/X: @hbm_books

PSICÓLOBO?

—¿Desde cuándo tiene esos instintos... —el psicólogo mira sus apuntes, pero no localiza la palabra que busca— carnívoros?

—Caníbales —corrige Ángel Luis.

—Caníbales, sí, cierto —golpea el bolígrafo sobre el cuaderno, decidiendo si escribir algo así de absurdo o continuar con el sudoku que lleva a medias; opta por la segunda opción.

Sabía que acudir a un psicólogo no le solucionaría su problema, pero Ángel Luis ya no sabía qué más hacer. Suelta el aire por la nariz, despacio, pensando cuándo empezó todo.

—Verá... ¿conoce el mundo furro?

—Sí, estudié hace tiempo ese movimiento: disfrazarse de animales antropomorfos. El apartado del juego de rol y el anonimato es interesante. ¿Forma usted parte de ese grupo?

Ángel Luis asiente. Él es banquero. Es un hombre serio, tanto en el trabajo como en la vida. Divorciado, sin hijos. Y con un secreto: tiene un disfraz de lobo de



la talla XL, color azul eléctrico. A veces se lo pone en casa y le aúlla a la luna (si está en fase creciente).

—Hace un año, más o menos, fui a una fiesta *furry*. De fans furros, vamos. Veinte o treinta personas disfrazadas de todo tipo de animales, bebiendo y bailando en un chalet enorme. No sé de quién era, pero tenía dinero, ¿sabe?

—Continúe —El psicólogo deja el sudoku un momento, la historia se pone interesante.



—Pues... —Ángel Luis se humedece los labios, le da vergüenza explicar ciertos detalles—. Si congeniamos con la otra persona, a veces... avanzamos. No sé si me entiende.

El doctor Cortés muerde el bolígrafo, entrecierra los ojos y niega con la cabeza.

—Me temo que no, señor Fuentes.

—Sexo —dice en voz baja, luego carraspea para disimular—. Practicamos sexo, sin quitarnos los disfraces.

—Oh.

Solo dice eso. El psicólogo suelta esa interjección y escribe un párrafo de al menos cinco líneas.

—¿Ya? —pregunta Ángel Luis con sorna—. ¿Ha terminado de anotar?

—Ah, sí, sí. Siga, por favor.

—Me gustó —concluye—, ¿sabe? Era la primera vez que hacía algo así, en grupo y... quise repetir. Dejé el teléfono a gente que, claro, no conocía de nada y... hace seis meses me llamó una mujer. «Lobezna» se hacía llamar.

El psicólogo enarbola una ceja, mirando a su paciente por encima de las gafas. Asiente y lo apunta en su libreta.

—Quedó con ella, supongo.

—Efectivamente. Me dio su dirección. A las afueras. Una casa con jardín en mitad del campo. Pensé «un poco lejos, pero no es toy como para rechazar una noche de sexo furro», así que fui.

El doctor Cortés mira el reloj de la pared. Se han pasado cinco minutos de la hora. Siempre es muy puntual con el tiempo de las sesiones; en este caso, lo deja pasar.



—¿Acudió disfrazado de lobo azul?

—Sí. Me lo puse antes de llamar al timbre —Ángel Luis ladea la cabeza. Hay cosas que todavía le siguen pareciendo extrañas—. La puerta estaba abierta, así que yo... entré. Un camino de velas me condujo hasta el jardín. La luz de la luna llena lo iluminaba todo, como si hubiera un foco.

El relato se pausa aquí, como si llegase a un intermedio o alguien hubiese pulsado el botón del mando sin querer. Tras unos segundos incómodos, el psicólogo se reacomoda en el sillón y aumenta su apuesta.

—Le regalo una hora extra si

termina la historia.

—Es que... —Ángel Luis levanta los hombros, dubitativo—. Lo que viene a continuación está borroso. No sé qué ocurrió de verdad y qué parte me lo debí de imaginar. Es como un sueño bizarro, ¿sabe?

Llaman a la puerta. La secretaria se asoma, disculpando su intromisión.

—Perdón, Francisco, yo... me marcho ya. Son las ocho menos cuarto, pasadas

—Sí, sí.—Su jefe sacude la mano en el aire, quitando importancia a sus prisas—. Hasta mañana, Amparo, yo me quedo a cerrar.

La mujer asiente con cierto asombro. Es la primera vez que le ve haciendo horas extra. Ángel Luis mira el reloj y a la ventana. La luz del exterior comienza a escasear.

—Si quiere podemos...

—Prosiga —le insta el psicólogo—. Cuénteme qué vio al llegar al jardín. ¿Estaba su cita allí?

—Lo estaba, lo estaba. Con el disfraz de loba más realista que he visto en mi vida: pelo gris y blanco, garras afiladas y sus ojos... parecían brillar de verdad.

El doctor Cortés deja el cuaderno de notas sobre el diván y se limpia las gafas con una esquina de la chaqueta.

—O sea, que ya le esperaba desde su condición humano-furro. ¿Se acercó usted a ella o...?

—Fue ella. Bueno, yo la vi en una esquina, agazapada, como... acechando, ¿sabe? Creí que era parte del juego, así que me acerqué despacio, haciéndole creer que no sabía que estaba ahí. — La cara de Ángel Luis palidece de pronto—. Pero entonces saltó sobre mí. Se le fue de las manos. Tenía sus colmillos tan cerca que la saliva me empapaba el disfraz. Le juro que olía su aliento y... no era agradable.

El mundo del cosplay, en todas sus variantes, es realmente caro. Hay disfraces y complementos que cuestan un riñón. Aquel disfraz de loba gris debió de costarle una pasta.

¿Para qué gastarse tanto dinero en una apariencia temporal?

—Entiendo que ahí ella tomó el control, ¿no?

—Del todo. Creo que fue cuando empezó a devorarme.

—¿Disculpe? —El psicólogo baja la cabeza, creyendo no haberle oído bien.

—Sí, comenzó a morderme y arañarme. Notaba sus dientes y garras arrancando trozos de tela y piel. Fue muy doloroso, aunque rápido. En seguida me desmayé; creo que por la pérdida de sangre.

La trama picante que pensaba escuchar el doctor Cortés se acaba de volver demasiado turbia y extraña. Ya se arrepiente de haberse quedado hasta tan tarde para nada.

—Pero eso no puede ser. Usted está ahora aquí, vivo, sin ningún corte alarmante, ni secuelas evidentes.

—Así es. Lo más increíble es que a la mañana siguiente me desperté desnudo, sobre mi disfraz, bueno, lo que quedaba de él. —Sacude la cabeza, mirando al techo de la salita—. Estaba hecho pedazos y con una costra oscura de sangre seca. Yo, ni un rasguño. ¿Se lo puede creer?—Ángel Luis se ríe de forma sarcástica. Ya sabe que no; ni siquiera él se lo cree—. Incluso desayuné con Irene.

—Eh...¿Irene?—pregunta el psicólogo, algo confundido.

—La mujer del disfraz —le aclara—. Eso sí, me dijo que solo había sido un rollo de una noche y que ni se me ocurriese volver por allí. Por mi bien. Desde entonces, cada luna llena del mes, pierdo la noción del tiempo, me entra hambre, mucha, como de bufet libre, ¿sabe? Pero de carne humana, en especial. Y al día siguiente, otra vez desnudo en algún parque, o descampado.

—Ajá... —concluye el doctor Cortés, cerrando por fin esta incoherente historia de amor, disfraces y locura.

De normal escucha a decenas de personas contando su vida. La mayoría mentiras o ilusiones de mentes enajenadas. Le gusta adivinar qué es real y qué es mentira. Casi siempre lo logra nada más

oír los primeros cinco minutos. Esta vez se la ha colado de lleno. Coge su agenda y la abre por el mes en el que se encuentran. Tacha el día, fijándose en el pequeño dibujo que hay debajo del número.

—Vaya, ¿sabe que hoy hay luna llena? Ángel Luis se incorpora de golpe del diván.

—¿Qué? No. Es el día trece, mañana.

—Eh... —le enseña la agenda, dando golpecitos con el dedo para señalar su error—. Hoy es trece. Recuerde que cambiamos la fecha porque ayer tenía un compromiso que...

La luz anaranjada de la luna llena, apareciendo por el hueco entre dos edificios, entra por la ventana de la salita. Aún no es completamente de noche, pero eso le da igual a su agresivo instinto.

—Corra... —le aconseja—. Huya antes de que sea tarde...

Al día siguiente, Amparo se encontró la consulta abierta de par en par nada más llegar. Pensó que habrían entrado ladrones por la noche, pero todo estaba recogido y ordenado, a excepción del despacho del doctor, cuya puerta colgaba de los goznes.

La mujer ahogó un grito al encontrarse a su jefe en pelotas, preparándose un café. Había un rastro de pisadas ensangrentadas

desde la salita hasta el office. Apparentemente, él no tenía ni un solo rasguño en todo el cuerpo.

—¿Francisco?

—Ah, hola Amparo. ¿Quiere café? Creo que he tenido un sueño muy bizarro.





JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ

Hola, mi nombre es José Manuel Álvarez, soy zamorano de nacimiento y leonés de adopción. Muchos de mis trabajos, sobre todo ilustraciones, están firmados como Superatio. (Esta firma es un homenaje a los superatios, pueblo ástur que estuvo radicado en el actual Valle de Vidriales, en la provincia de Zamora).

Soy infografista e ilustrador y he trabajado con diferentes medios de comunicación durante cerca de 20 años. He colaborado, realizando infografías e ilustraciones, para el diario El Mundo, la revista GEO y la revista El Viejo Topo, entre otras publicaciones. También he desarrollado infografías en gran formato para exposiciones, gráficos para publicidad e ilustraciones e infografías para ediciones digitales.

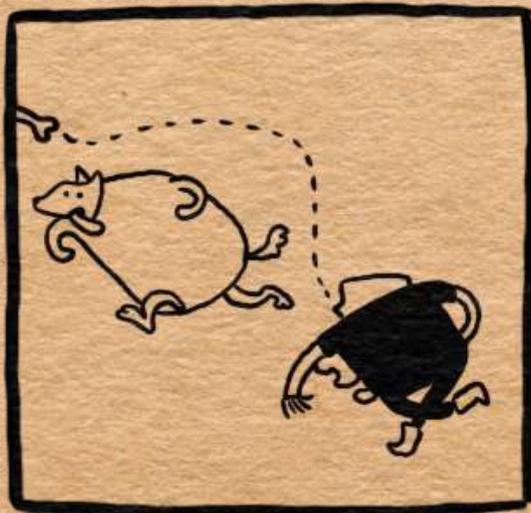
Actualmente estoy trabajando en un proyecto editorial propio y en mi primera novela gráfica.

HOMBRE LOBO



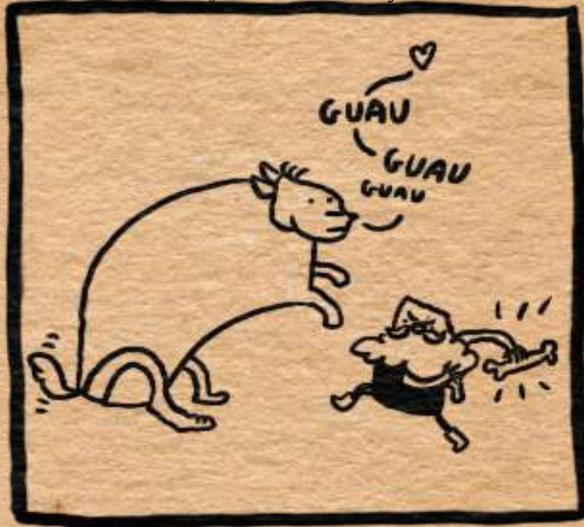
¿Cómo deshacerse de un

HOMBRE LOBO?



La licantropía es un trastorno genético poco común que generalmente se manifiesta pocos años después de la pubertad. La transformación se produce de forma espontánea y suele durar unas pocas horas.

Rocío Stevenson Muñoz
Lucyna Adamczyk



No existe un patrón científicamente probado, aunque algunos factores de riesgo incluyen el estrés, la mala alimentación y enfermedades del tracto urinario. Lo cierto es que no podrás deshacerte de ellos, aunque sí puedes optar por introducirlos a las maravillas de la vida doméstica. Regálales una cama mullida y cómoda, ofrecerles un aperitivo a medianoche y asegúrate de hacer cumplidos constantes a su exuberante pelaje. Te estarán eternamente agradecidos.



RUBI GIRÁLDEZ GONZÁLEZ

Rubi Giráldez González (Vigo, 1995). Juntaletras con predilección clara por el terror en todas sus formas y sobresaltos. Con relatos dispersos en antologías como *Vampiralia*, *Cine B: DE BAJO PRESUPUESTO, DE MAL GUSTO, ESCANDALOSO O SIMPLEMENTE MALO*, *En el Nombre del Mal*, *Dark West* (Suseya Ediciones) o publicaciones como *Preternatural* con su artículo sobre la miniserie *Drácula* (2020), *Revista Weird Review* y esta misma *Pulporama*.

Actualmente colabora en el podcast *The Spooky Bar* y trata de arrancarse esa primera novela que tanto se le ha arraigado en sus entrañas.



LA ROMÁNTICA QUÍMICA DEL MONSTRUO

SPRING (JUSTIN BENSON, ARRON MOORHEAD, 2014)

Podemos llegar a afirmar que la figura del monstruo siempre ha suscitado un interés mayor que el sencillo motivo de temor y sobresalto lúdico. Fijándonos desde la popularización del panteón de los mitos más reconocibles con el Ciclo de Monstruos Clásicos de Universal, cuyas criaturas de la noche resultaban ser más fascinantes y empáticas que el acartonado plantel de forzados protagonistas y turba de secundarios con las horcas y antorchas siempre dispuestas a apuntar al «Otro».

Los monstruos hablan más de nosotros mismos de lo que a veces queremos reconocer. Cineastas como Tim Burton y Guillermo del Toro lo tienen totalmente claro con sus filmografías como las mejores tesis. Y actualmente, la aceptación general de la versatilidad del terror y horror y su mayor predisposición a apelar a sentimientos universales y primitivos (lo que ya clamaba H. P. Lovecraft sobre el Miedo) en sus mecanismos más básicos ha animado a un sinnúmero de aproximaciones profundas y revisiones completas de la figura del monstruo, ya sea en su concepción arquetípica, o en la infinidad de ejemplos a lo largo y ancho del globo.

Tres películas se materializaron de inmediato en mi pensamiento al querer abordar un artículo sobre una película para la temática de este

número de Pulporama: **Border** (Ali Abbasi, 2018), adaptación de una novela de John Ajvide Lindqvist (autor también de Déjame Entrar, otra historia que conviene también destacar), con una representación del deseo y búsqueda de normalidad del monstruo en conflicto constante con su naturaleza, de elegantes mimbres de realismo fantástico buscando apelar a un espectro más amplio de audiencia; **Una chica vuelve a casa sola de noche** (Ana Lily Amirpour, 2014), un espléndido debut que reformula una vez más la figura del vampiro en el perfil actual más popular de antihéroe trágico con su icónica vengadora patrullando en monopatín las noches de una irreal ciudad fronteriza iraní. Y por último, **Spring** (Justin Benson, Aaron Moorhead, 2014), en la cual he decidido profundizar más, a pesar de que recalco que este selecto trío de títulos se complementan a la perfección. Y todas coinciden en erigir sus propuestas en torno al inevitable romance que protagonizan o causan estas criaturas, preservando esa clásica tradición desde el romanticismo gótico literario.

Justin Benson y Aaron Moorhead son dos nombres que ya han establecido una dignísima y coherente filmografía desde su bautismo en el circuito *indie* y *mumblecore* estadounidense, desde la clara órbita del fantástico y terror. De forma inconsciente, este dúo creativo ha generado desde su precoz pero lúcido debut cinematográfico **Resolution** (2012), las mejores muestras del ya tan popular horror cósmico y Lovecraftniano desde su naturaleza apócrifa. Completan universo propio con **The Endless** (2017), **Synchronic. Los límites del tiempo** (2019) y **Something in the Dirt** (2022), pudiendo también añadir su participación en la serie **Archivo 81** (2022), con grandes conceptos defendidos todo lo posible desde sus escuetos medios y presupuesto. Ambos cineastas han logrado llamar la atención lo suficiente para estar actualmente en la nómina de un gigante del audiovisual como es Marvel Studios, participando en **Caballero Luna** (2022) y **Loki** (2021-), dos de las series más propositivas de la reciente hornada de propuestas para engrosar catálogo de Disney+ del multiverso superheroico.

Con confianza en que, con este salto cualitativo de producciones, el binomio Benson-Moorhead genere nuevos adeptos, me dispongo a rescatar su segundo trabajo fílmico con el cual levantaban algo el pie del acelerador para seguir avanzando con paso seguro tras el potente discurso metacinematográfico de su debut, tristemente a la sombra de la más accesible y conocida **La Cabaña en el Bosque** (Drew Goddard, 2011).

Spring entronca de entrada con un estilo y puesta en escena *mumblecore*

en la búsqueda fácil del intimismo con el que navegará la propuesta. Lou Taylor Pucci da vida a un joven que acaba de perder a su madre, el último ser querido que le ata a una vida sin grandes ambiciones ni proyección de futuro, al abandonarlo todo para poder cuidar mejor de la mujer cuando la enfermedad la postre en la cama. La ética propuesta del que puede considerar su mejor amigo y un arranque de ira que puede provocar su ingreso en prisión, hacen que no se piense dos veces el abandonar lo único que ha conocido y viajar desde su mundana ciudad estadounidense a Italia como un *mochilero* más, pero sin billete de vuelta y sin ningún interés en volver la vista atrás. Quizás por esto mismo se ve más predispuesto a enamorarse del idílico pueblecito costero en el que acaba durmiendo más de una noche y de una joven de vivaz vestido rojo que come un *gelato* en la plaza justo cuando esta alma perdida arriba en la localidad.

Spring defiende muy bien la idea de mostrar por encima de todo un romance sobrenatural. Las interacciones de Evan con el personaje de Louise (Nadia Hilker) para generar el interés romántico de ella son genuinas desde el primer momento y para nada forzadas ni gratuitas. Es cierto que la película se toma su tiempo en su primera parte para que se den una concatenación de escenas y momentos apacibles para hacer que Evan conozca tanto a la mujer como la geografía por la que se mueve sin problemas mientras él tiene que esforzarse más por desempeñarse con el idioma y las costumbres desde su posición de estadounidense en su primera visita al extranjero. Pero no hay nada superfluo o prescindible. La película y el personaje de Louise revelan desde el primer momento que toda la relación con Evan y el espectador será sincera y cristalina, por lo que cada línea de diálogo, acción o paseo o momento romántico irán adelantando la revelación del componente fantástico cuando conozcamos la verdadera naturaleza de la mujer.

Con Spring, Justin Benson al guion realiza uno de los ejercicios actuales más interesantes de reimaginar al monstruo y hacerle totalmente participe de la historia al estar en una posición idéntica al personaje del mundo ordinario, buscando también respuestas a su situación como criatura diferenciada de la humanidad desde el reconocible ámbito biológico. Louise se presenta como una estudiante de biología que justamente está enclaustrada en esa localidad aislada para tener mejores muestras y resultados de sus estudios de herencia genética. El interés es totalmente personal, pues resulta que el organismo de la mujer ha desarrollado unos mecanismos aparentemente evolutivos

por los cuales mantiene una inconsciente actividad cíclica para auto preservarse en un estado de juventud perpetua que ya ha alcanzado los dos milenios de existencia. Esto no viene sin una curiosa «maldición» biológica, por la cual previo al proceso de autogestación embrionaria, su cuerpo manifiesta mutaciones extremas ligadas a otros organismos del reino animal, otorgándole fisionomías y apéndices totalmente monstruosas y antinaturales que, según el mismo personaje, han dado lugar al origen de la mayoría de criaturas del folklore mundial. También se da a suponer que Louise es una criatura única en su especie promoviendo su aislamiento auto impuesto, lo que para mí hace que esta película funcione a modo de involuntaria adaptación apócrifa de «El Extraño», de H. P. Lovecraft.

Evan llega a cuestionarle de forma brusca si es «un vampiro, un hombre lobo, un zombi, una bruja o un extraterrestre» cuando tienen «la charla» tras presenciar totalmente una de sus transformaciones más aberrantes y tener que ayudar a ponerle fin mediante un remedio patentado por la misma Louise. Basta ese rápido catálogo de referencias directas a lo monstruoso y paranormal para dejar claro que Louise es una amalgama perfecta que construye y representa una figura universal del monstruo por parte de la pareja de cineastas. Un monstruo que es el primero en querer entenderse desde nuestras formas de estudiar el mundo que nos rodea. Aunque ella misma llega a recurrir a lo Oculto en su momento de más desesperación, su búsqueda incansable para sintetizar su singularidad no es para poner fin a lo que la distingue de la humanidad. Se siente a gusto y agradece el poder superar las limitaciones físicas para poder burlar a la muerte todo lo posible, pero sí es consciente de su incontrolable naturaleza hostil cuando las mutaciones se manifiestan de forma más fiera, y eso es lo que más trata de contener. Aquí entra un elemento que Louise ni el espectador se planteaba integrar en esta ecuación: el Amor.

En las incontables vidas de la mujer por supuesto que se ha relacionado y dejado llevar por las pasiones con un nutrido grupo de amantes. Si bien Evan descubrirá que esto ha estado más motivado al proceso de auto regeneración de la criatura, también se dilucidará que esto podría ser la respuesta para poder encontrar esa esquiva solución. Si Louise se enamora de verdad, ¿su cuerpo romperá ese ciclo al generar serotonina pura que obstruya ese aparente mecanismo de supervivencia biológico? Al hacerlo, lo más seguro es que pierda su inmortalidad, algo que el personaje afirma rotundamente no estar dispuesto a perder. Con un ultimátum de este proceso evolutivo impuesto en apenas

24 horas, Evan le propone apurar ese tiempo extra juntos, al estar realmente enamorado de Louise. Aguarda a que los sentimientos de ella cambien al iniciar un sentido viaje por el pasado remoto de la mujer, quien se abre totalmente por primera vez a otra persona, al punto de acudir al lugar de su verdadero nacimiento: un espacio histórico que afianza la magnitud mítica de la existencia de la mujer y que establece el poético escenario perfecto donde se desarrollará el emocionante desenlace de este impensable romance.

En esos últimos minutos, Spring reafirma lo que vengo transmitiendo desde el arranque del artículo de que los monstruos externalizan totalmente nuestras inquietudes recurrentes y trascendentales. Conocer al monstruo, es conocerse a uno mismo. Y Evan y Louise terminan dialogando sobre la mortalidad y la humanidad, deseando no perderse el uno al otro. Pero esa incertidumbre se mantiene hasta el nuevo amanecer y la llegada de una nueva estación. Porque el cambio es inherente a todas las formas de vida. Y el monstruo siempre cambia con sus sucesivas y necesarias re imaginaciones.





PRUDEN RODRÍGUEZ

Pruden Rodríguez (Barcelona, 1982) es autor de Los apuntes del viajero, blog con el que se gana la vida desde hace años. Solo hay una cosa que le guste más que viajar: la ciencia ficción. Supo que quería escribir historias «extraordinarias» después de leer, en plena adolescencia, las Crónicas Marcianas de Bradbury. Eso sí, tardó un tiempo en decidirse. Con 40 años ha publicado sus primeros relatos en antologías como Atlas 10 (Akane Editorial), Hopepunk (Droids & Druids), Terror con voz de mujer o Diferetelling, entre otras. También se le puede leer en las revistas Opportunity, Weird Review, Espejo Humeante, Droids & Druids, Exogénesis, Pulporama, etc.

En Twitter le encontrarás como @prudenrodriguez



EN DIRECTO?

a salir de la casa. Su paquete descansaba sobre el primer peldaño del porche. Era un bulto pequeño, forrado con papel *kraft*. Lo tomó con sus gruesas manos y regresó a la casa a toda prisa. Hacía décadas que no se sentía tan eufórico. A decir verdad, jamás había experimentado semejante emoción. Los tiempos en que vagaba solo por el mundo, escondiéndose de los humanos y maldiciendo la memoria de Víctor Frankenstein, parecían ahora muy lejanos.

Tras su último gran robo, treinta años atrás, el demonio había adquirido una casa en las montañas y se había retirado con la idea de esperar allí a la muerte. La Parca, sin embargo, esquivaba su morada y ni siquiera parecía estar rondándole.

Aunque no le faltaba de nada, la bestia había vivido todo aquel tiempo sumida en el tedio. Los pensamientos de suicidio, que tan bien conocía, regresaban una y otra vez a su cabeza. Y casi estaba decidido a acabar con su vida cuando una noche, durante una de sus furtivas visitas al pueblo, escuchó por casualidad una con-

El engendro se acercó a la ventana y abrió un pequeño hueco entre las cortinas para poder espíar. El repartidor acababa de cerrar la puerta de la camioneta y se disponía a arrancar. Aquel chico era el único que se atrevía a subir hasta la *Dämonenhaus*, cuya sola mención provocaba escalofríos entre la buena gente del pueblo.

El monstruo esperó a que el vehículo desapareciera montaña abajo, y solo entonces se atrevió

versación que iba a cambiarlo todo. Por aquel entonces la bestia ya disponía de un rudimentario ordenador y el concepto de internet no le era ajeno, pero fue al escuchar aquella charla, entre dos jóvenes universitarias, cuando supo que una gran empresa suiza estaba ofreciendo el servicio de internet por satélite. Uno ya podía disfrutar de aquel maravilloso invento en cualquier lugar del mundo, por muy remoto que este fuera.

Habían pasado cinco años desde aquello y, aunque el monstruo seguía escondido, ya no se sentía tan solo. Escuchaba pódcast de terror, leía blogs de grandes viajeros, participaba en foros sobre historia del siglo XIX e incluso se atrevía, de tanto en tanto, a chatear con mujeres. Si bien no era feliz, al menos ya no era desdichado.

Eso le bastó por un tiempo, pero incluso un demonio como él necesitaba reconocimiento, respeto, éxito y, en última instancia, autorrealizarse.

Y ahora tenía ese paquete frente a él. Las manos le temblaban. El contenido era, en realidad, lo de menos: un micrófono. Pero con su llegada se acababan las excusas. No había motivos razonables por los que seguir postergando su plan, pues ya tenía cuanto necesitaba para lanzarse a la aventura.

Era muy emocionante. Y a la vez muy aterrador.

La horrible criatura colocó el micrófono en la mesa y dio un paso atrás para contemplar su nuevo y flamante estudio. La obra estaba, al fin, completa. Había llegado el momento de abrirse al mundo, de convertirse en alguien. Solo le quedaba sentarse frente al ordenador y pulsar el botón. El monstruo leyó cada palabra lentamente, sin atreverse a hacer clic.

Iniciar transmisión en directo.

La webcam apuntaba a su deformado rostro, lista para emitir.

—Venga, no seas cobarde — murmuró en voz baja.

Pero el tiempo pasaba y sus agarrotados dedos no reaccionaban.

¿Había sido una buena idea? ¿De verdad quería convertirse en *streamer*? Las viejas dudas le asaltaron de nuevo.

—Te trolearán. Se reirán de ti. Te convertirán en un meme...

Transmisión en directo iniciada.

El monstruo miró sorprendido hacia la mano, que parecía haber actuado por voluntad propia.

0 espectadores en línea.

La pantalla le devolvía su grotesca imagen y un indicador en el margen le recordaba que la grabación se estaba emitiendo en vivo.

1 espectador en línea.

El engendro buscó un modo

de detener la transmisión. Había visto decenas de tutoriales sobre aquel programa, pero en ninguno explicaban cómo pararlo.

5 espectadores en línea.

Se acercó más a la pantalla y recorrió el menú de opciones con la mirada.

—¡Qué feo, cabrón! —dijo @may_47 en el chat.

12 espectadores en línea.

La criatura, desesperada, empezó a hacer clic por toda la ventana.

—Ni Frankenstein daba tanto ascazo, hermano —dijo @nekanLuzern.

El ratón dejó de responder a sus órdenes. La bestia, enfurecida, lo hizo añicos sin el más mínimo esfuerzo.

—¡LOL!

Dime a

qué

gym

vas XD

—escribio

@sofieNR.

—A este no le

dejan entrar a

ningún gimnasio.

A ningún sitio, vaya —respon-

dió alguien.

—¡Lloro!

17 espectadores en línea.

El engendro, ajeno a lo que ocurría en el chat, se

levantó de la silla y con una simple palmada la empotró contra la pared. Después se agachó y buscó los cables del ordenador bajo la mesa.

Ya estaba a punto de arrancarlos cuando el ruido de una campanita le hizo detenerse.

Aquel sonido le resultaba muy familiar. Lo había escuchado en los tutoriales.

1 suscriptor nuevo.

El monstruo leyó el mensaje en voz alta, asombrado.

—Pero qué le pasa en la boca JAJA.

—A mí me da penita, jo.

33 espectadores en línea.

El sonido de

otra campana le

hizo sonreír levemente.

2 suscriptores.

—¡Rompe algo más, colega!

El demoníaco cadáver miró hacia el chat por primera

vez, pero los mensajes se amontonaban con tal rapidez que

apenas pudo leer alguno.

57 espectadores en línea.

—Me aburroooooo...

—¿De qué va este?

—Baja la cámara, atontao.

—¿Es un disfraz?

—Lo de la silla ma

dejao muñeco, en serio.



—¡Pero mirad cómo ha quedao la pared!

—Vaya orco, chaval.

3 suscriptores.

85 espectadores en línea.

La cabeza empezaba a darle vueltas. No era eso lo que él había planeado, pero allí estaba toda aquella gente, esperando algo de él.

—¡O destrozas más cosas o te quito el sub!

—El tío tiene su rollo, eh.

—¡LA-SI-LLA! OMG!!

102 espectadores en línea.

—¡Qué dices, chalada! XDDD

5 suscriptores.

—¡Nooooop!

—Te empotra. Literal.

—Ojo a los dientacos, mi madreeeee.

La bestia emitió un terrible alarido y apagó el ordenador de una patada. Después se paseó por la habitación de un lado a otro, como un león encerrado. Por fin, tras darle muchas vueltas al asunto, llegó a la conclusión de que aquello había sido un terrible error. Su destino era permanecer en las sombras, lejos de todo y de todos. Tal era la condena impuesta por su creador. Enrabietado, salió del estudio dando un portazo y decidió olvidar su sueño. Poco podía imaginar que su imagen había empezado a dar la vuelta al mundo. Por todos los rincones del planeta, otros *streamers* y algunos medios sensacionalistas se pre-

guntaban si aquel monstruo era real o se trataba de otro esmerado *fake*. La gente, aquí y allá, aseguraba haberlo visto en la selva amazónica, en Central Park o en las praderas de Mongolia. Todos querían saber quién era y dónde moraba aquella horrible criatura.

Pasaron las semanas y comenzó a asomar el invierno. El engendro llevaba mucho tiempo dejándose morir, pero sus malditas células, ensambladas por aquel genio cruel, se empeñaban en mantenerlo vivo. Vivo y hambriento, por mucho que le pesase.

Una fría noche, bien entrada la madrugada, se vistió la gabardina y bajó al pueblo a cazar. Hacía más de una década que no comía carne humana, la cual consideraba poco apetitosa, pero durante aquel tiempo había incubado tal odio hacia la raza de su creador que ni siquiera valoró otras opciones. Armado únicamente con sus propias manos, vagó por las callejuelas de la pequeña villa en busca de la víctima ideal. Primero descartó a dos policías por su envergadura y más tarde a un camionero por idéntica razón. Tampoco le convenció la idea de asaltar a un grupo de muchachas que volvían de fiesta, ya que sus maltrechas piernas no soportarían una carrera tras ellas. Al fin, después de pasar más de cinco horas a la intemperie, optó por regresar a casa y recurrir a un

plan mucho más eficaz.

No había vuelto al estudio desde aquel fatídico día. La silla seguía incrustada contra la pared y los restos del ratón todavía estaban esparcidos por la mesa. El monstruo se agachó frente al ordenador y soltó un bufido. La torre tenía el frontal hundido y una de las chapas laterales descansaba en el suelo. Convencido de que no funcionaría, pulsó el botón de arranque. La máquina emitió un leve quejido, pero después de unos segundos se puso en marcha y la criatura pudo hacer su pedido de 200 kilos de carne de ciervo.

El repartidor se presentó en la casa cuatro días más tarde. El engendro lo observó entre las cortinas mientras este iba y venía con las cajas. Después de completar el último viaje, el chico se quedó de pie en el porche. Desde su posición, el monstruo no podía ver qué hacía. Corrió entonces hacia otra ventana para husmear. Pero tampoco desde allí pudo verlo, así que caminó en silencio hasta la puerta y observó a través de la cerradura.

El repartidor estaba quieto en mitad del porche, mirando su móvil. De pronto, lo alzó hacia su cara y se lo puso delante.

—Bueeenoo —dijo en voz muy baja—. ¡Aquí estoy, en directo para vosotros desde la Dämonenhaus!

El chico giró sobre sí mismo

varias veces. El monstruo tuvo que pegar la oreja a la puerta para escuchar lo que decía.

—Gracias a todos los que habéis confiado en mí. Estoy seguro de que vive aquí. Y vosotros vais a ser testigos ahora mismo. Pero si queréis que llame, cabrones, me tenéis que enviar unos cuantos regalitos. O me petáis el monedero o me largo de aquí echando ostias.

Hubo un silencio.

—Coño, ¿queréis ver a ese puto bicho o no? ¡No me la voy a jugar por 50 francos!

El diablo arañó la madera.

—¡Venga, eso está mejor! —continuó diciendo el chico—. ¿Le doy o qué? ¿Le doy? ¿Vamos?

Lo último que vieron los espectadores fue una silueta enorme y grotesca que se abalanzaba sobre la cámara.

Aquella misma tarde, el canal del monstruo alcanzó los cien millones de suscriptores. Sus *followers*, repartidos por todo el mundo, esperaban ansiosos una segunda transmisión en directo.





SHEILA FERNÁNDEZ

Sheila Fernández Martín nació en Vallecas y siempre ha sido amiga del monstruo de debajo de la cama, por eso les tiene cariño a las cosas que dan miedo. Lleva escribiendo toda la vida y ha publicado relatos en revistas como Pulporama, Rigor Mortis, Exogénesis, Retazos de ficción, Dáliva o Tentacle Pulp, y en antologías como Orgullo zombi 2, Entre mitos y pesadillas y Terror con voz de mujer (las dos últimas pronto verán la luz). Ahora mismo estudia para ser editora, pero de momento solo es una becaria explotada.

Puedes encontrarla en twitter como @sheyncognito.

MONSTERTAPIA

Lo importante, lo más, más importante, era que quisiéramos curarnos.

Nos lo decían todo el rato: en los panfletos, en los banners de CIRSA en internet, en los carteles frente al edificio; en todas partes, azul celeste sobre fondo blanco. Lo repetían durante nuestra primera visita, sin compromiso, al enseñarnos las instalaciones para que nuestros padres vieran que era verdad. Podían curarnos.

Esa palabra, *curarnos* nunca la decían. Pero todos sabíamos a lo que íbamos.

Y queríamos curarnos, claro que queríamos, ¿quién quiere ser un bicho raro? Bueno, Samuel. O eso decía, que él se quedaba en CIRSA porque necesitaba raritos en su vida, era deprimente vivir entre niños mojigatos acojonándose cada vez que la luna creciente le volvía los ojos amarillos, ¿sabes? En CIRSA, eso llamaba poco la atención. Y todos teníamos nuestras excusas.

Yo, por ejemplo, acepté porque oír llorar a mamá me estaba matando.

Siempre fue muy de llorar, mamá, y empeoró cuando empecé con los síntomas. Cuando me volví transparente. Lloró en el hospital cuando le dijeron que, sí,



algo raro me pasaba, pero que no sabían qué ni cómo arreglarme. Lloró porque me echaron del equipo de fútbol, era injusto que jugara con ventaja. Lloró cuando en todos los exámenes saqué «NO PRESENTADO», aunque sí me presenté, y estuve ahí, alzando la mano, intentando alzar la voz, suplicando que alguien me pasara el papel.

Nadie lo hizo.



Lloró más que nunca cuando traje la orla a casa. Era importante para ella, y yo intenté, de verdad, permanecer visible en la foto, sonriente y recto. Pero salí con la piel como papel cebolla, músculos y venas y cráneo esbozados debajo, la pared del colegio detrás. Todo envuelto en un uniforme con forma de chico que también se diluía.

Mamá lloró la tarde entera. Lloró abrazándome contra su pecho. Con lo guapo que era yo, y lo que me parecía a papá, siendo tan, tan listo, con tanto futuro, ¿cómo podía hacerle esto?

Y cuanto más lloraba, más me abrazaba; y cuanto más me abrazaba, menos de mí quedaba en sus brazos.

Fue el director del instituto quien nos sugirió lo de CIRSA. CIRSA: Centro de Investigación y Rehabilitación de Seres Anómalos. Discutimos mi futuro en su despacho a finales de mayo, les preocupaba a todos. Allí reinaba el orden, todo era blanco y azul, y tenía una caja de pañuelos sobre el escritorio, como si supiera que mamá siempre lloraba. Si ella sollozaba, él le palmeaba la mano y decía que, sí, es inusual, pero a veces ocurre. Oyes de todo trabajando en educación. Hay críos que cambian. Críos que se vuelven incomprensibles. Da igual cuánto nos esforcemos (padres, adultos) por llevarlos por el buen camino: ocurre. Algunos, con el debido tratamiento, mejoran; así que hay esperanza, dijo. Hay esperanza.

Y le dio a mamá el folleto de CIRSA: azul y blanco y luminoso como la primera mañana de abril.

Mamá lo devoró con los ojos, como devoraba las fotos viejas de papá. Aceptamos que nos mostraran el centro antes de tomar de-

cisiones, pero yo ya sabía que me quedaría. Para que mamá dejara de llorar. Para ser el de siempre. Para ser otro: aceptado, querido, normal.

Para no romperle más el corazón a mamá, eso es todo.

CIRSA olía a nuevo: agua corriente, camisas recién planchadas, colonia de chico. Una fuente blanca regaba el patio interior, las alfombras eran de color azul marino, los trabajadores iban de blanco, los chicos de azul; mamá asintió al verlo. Asintió a todo. Asintió y asintió mientras yo me disolvía a su lado.

Un orientador no explicó los valores y políticas de CIRSA: guía, tratamientos, terapias grupales, programas específicos para las necesidades de cada paciente. Sonaba immaculado, pero poco específico. Mamá asintió y asintió y, cuando yo pedí detalles, la voz se me deshizo y acabé sin respuestas.

Pero me quedé.

Ya tenía la maleta en el coche, faltaba firmar y pagar. Lo primero costó más, me desvanecí y creyeron que me había fugado mientras imprimían los formularios. Estuvieron a punto de llamar a seguridad para que me rastrearán y me arrastraran de vuelta allí; necesité mucha voluntad para que se me dibujaran los huesos en la mano y poder coger el boli y firmar.

Mamá lloró muchísimo cuando nos despedimos. En el patio, ante la entrada, la fuente chapoteaba exigiendo silencio. Se aferró a mi camiseta y me dijo que me quería y me suplicó que, por favor, por favor, intentara curarme. Que por favor volviera a ser su hijo. Lloró hasta que incluso mi ropa se deshizo y entonces paró y miró a la fuente a través de mí, como si no recordara a qué venía. Se secó los ojos y se marchó al aparcamiento.

Y yo no me volví traslúcido otra vez hasta que vi a través de las vidrieras cómo su coche amarillo se marchaba. Suspiré, y un chico, sentado en la fuente, soltó un silbido.

—Chaval, he visto de todo —dijo—, pero esto es de estudio.

No sabía si iba por mamá o por mí. Pero con las capas de nervio, hueso, músculo, sangre y piel reapareciendo despacio, estaba casi seguro de que iba por mí. Raro entre los raros. Pero, bueno, yo entonces de Samuel no sabía nada.

Se presentó como un experto en CIRSA. Llevaba años encerrado allí, dijo. Me sorprendió, porque escuchando al director, leyendo la información que nos daban, pasar por CIRSA parecía cosa rápida. Fácil. Me imaginaba en casa para septiembre. Seguimos caminando, pero empecé a sentir las costuras de mi mochila demasiado

reales, todo demasiado real. Samuel se volvió hacia mí con una sonrisa afilada y su risa sonó a aullido:

—¿Otra vez desapareces? ¿Te pongo nervioso?

Luego me dijo que no me tomara en serio sus gilipolleces, le gustaba hablar, nada más, y, la verdad, nadie pasaba años en CIRSA, si me estresaba eso, el suyo era un caso especial: cada vez que le daban el alta, sus padres volvían a ingresarle en pocas semanas. No hablamos más de eso, pero yo me quedé pensándolo.

¿Podías curarte y recaer?

Mamá se moriría si me pasaba a mí, estaba seguro.

Los nuevos teníamos habitación propia mientras los terapeutas jugaban a las casamenteras buscándonos un compañero, dijo Samuel. Me enseñó la mía: un cubículo con las paredes muy blancas y una colcha azul desvaída sobre la cama, raquílica, con barrotes de hierro negro como los que cerraban el tragaluz sobre el escritorio. Y ya. Samuel miró hacia arriba al tirarse en el colchón y dio un par de botes juguetones antes de preguntar:

—Oye, ¿desapareces solo en plan invisible, o también eres intocable? Si eres intocable, suerte la tuya: sobrevivirás a estos muelles infernales. Si no, mejor vacúnate del tétanos. Ahora.

Los de seguridad se enfadaron

mucho cuando encontraron a Samuel en mi cuarto (era antirreglamentario), y más al enterarse de que me lo había enseñado él (era anti-protocolo), y también se preocuparon por lo que hubiera podido decirme (no era nada, dijeron, después de echarle al pasillo, solo que el chico es problemático, ¿entiendes? Y lo ideal es venir a CIRSA sin bobadas en la cabeza. Dinos, ¿qué te ha contado?). Me dieron un rato para instalarme e instrucciones para llegar al despacho de mi orientador cuando estuviera preparado: necesitaba un diagnóstico si querían curarme.

El doctor Fierro me recibió con un enorme catálogo que incluía, dijo, todo en lo que *sus chicos* podíamos transformarnos. Un catálogo de monstruos. Luego sonrió como un pediatra antes de una inyección, un «no te dolerá» inscrito en cada diente. *Monstruos* era una palabra que utilizaba para que yo lo entendiera, pero la usaría solo una vez, solo ahora, y nunca más, ¿lo entendía?

No éramos monstruos. Sufríamos monstruosidad, dijo. Y había casos, cierto, en los que la enfermedad estaba más avanzada que en otros, pero de ninguna manera se trataba de algo inherente a nosotros. Nada incondicional.

Nada que no pudieran extirparnos.

Dije que lo entendía, y Fierro me sonrió como a un preescolar brillante. Su despacho, como todo, era blanco y azul, iluminado por un fluorescente que jamás parpadeaba. Debía entender que nos desaconsejaban sumamente referirnos a nosotros mismos así, como monstruos. Nuestro diagnóstico era solo una categoría para ellos, los orientadores, que nos ayudarían a volver a la normalidad sin contratiempos.

Y las primeras pruebas que me hizo fueron de vampirismo.

Después, en el comedor, Samuel se rio al escucharme y le pareció una gilipollez (¿el qué?, dije yo; todo, dijo él). Una gilipollez. Claro que nos llamaban monstruos, por la espalda, y a la cara, si nos poníamos difíciles. Nos llamaban sanguijuelas y fiambres y esperpentos y bestias. También era una gilipollez que yo tuviera vampirismo, ¿es que no me habían visto? Claramente tenía poco apetito sexual (*gracias*, capullo, dije yo; sin rencores, es que no has visto a los vampiros de por aquí, dijo él).

Fierro me aseguró que el vampirismo era lo más común entre los chicos de mi edad, y mis síntomas podrían indicar una fase inicial del problema: volverme transparente tenía que ver con la tradicional falta de reflejo vampírica. Algunos, dijo, mostráis síntomas esporádicos en las primeras fases, y desarrolláis lo demás por no

trataros. Teníamos mucha suerte de haberlo pillado pronto, ¿no me parecía?

Samuel dijo que el primer diagnóstico solían hacerlo fatal. Los orientadores se creían más listos que tú, y nunca escuchaban, te encasquetaban sus etiquetas favoritas y listo. ¿Sales de noche? Vampiro. ¿Mala higiene? Zombi. ¿Malas compañías? Autómata. ¿Poco sociable? Gárgola. ¿Mucho sexo? Vampiro. ¿Marihuana? Zombi. ¿Autolesiones, explosiones violentas, problemático genérico? Licántropo.

Él mismo era eso: un licántropo tipo 1.

—Tipo 1 es que eres el estereotipo perfecto —dijo.

Samuel estaba solo en el comedor cuando llegué y, mientras le contaba aquello, estuvo mirando atentamente la chuleta de cerdo en mi bandeja. Tenía las pestañas espesas y muy oscuras, ojos color ámbar. Entonces levantó la vista y me sonrió, enseñándome la pulserita naranja que tenía en la muñeca, el mismo color que su bandeja con una porción de ensalada, que lo identificaba como licántropo. Tenía los dientes muy afilados.

Casi se lo dije, pero no. Porque me imaginé que, si se lo decía, sonreiría más y se inclinaría sobre la mesa, cerca, para que sintiera su aliento cuando me susurrara: «Son para comerte mejor». Y los

nervios me temblaron como si fuera a desaparecer.

Pero no desaparecí.

Seguía sólido. Y él, sonriendo.

—¿Rompemos una regla? —me dijo—. Comparte tu carne conmigo.

No lo hicimos, porque uno de seguridad nos pilló, y le dijo a Samuel que era su segundo *strike* del día y vaya forma de jugártela, so perro. Conmigo fue más prudente, porque era nuevo o porque del susto se me volvió la piel de papel cebolla. Me advirtió que ese cabrón estaba en semiaislamiento, y que debería respetar mejor las reglas, si es que quería volver a casa algún día, no como el imbecil de mi amiguito.

Y yo asentí y me fui a otra mesa.

Pero Samuel tenía razón. En casi todo.

Fierro insistió la mañana entera en mi vampirismo, pero yo instinto cazador no tenía, me gustaba el sol, dormía bien y si veía mucha sangre me daban arcadas. No le bastó, me bombardeó a preguntas: ¿Tenía novia? ¿Amigas con las que mantuviera relaciones? ¿Era sexualmente activo o seguía «desarrollándome»? ¿Cada cuánto me masturbaba y con qué edad empecé? ¿Consumía pornografía? ¿Cuánta? ¿Desde cuándo? ¿Consideraría anormales mis fantasías? Me sentí tan mal que desaparecí de golpe. Nunca me

había pasado. Fierro parpadeó y, como si me hubiera olvidado, guardó su catálogo de monstruos y se dedicó a rellenar papeleo.

Me daba apuro volver después de comer, después de Samuel. Pero Fierro me recibió y se disculpó por desestabilizarme; lo intentaríamos de nuevo, dijo, y lo intentamos hasta pasada la cena, cuando la noche tras su ventana era infinita y la luz blanca del fluorescente le hacía parecer un cadáver.

Me diagnosticó como fantasma. Tipo 7. Espectro.

Según Fierro, algo extremadamente inusual.

Según Samuel, solo era inusual para un chico.

Le busqué en cuanto tuve mi pulserita, malva y triste, y no me costó encontrarle. Los licántropos tenían su propia sección en el edificio, pero la ocupaba él solo. Así que rompí las reglas por él: cuando me invitó a pasar, lo hice. Necesitaba hablar con alguien, porque cuando le pregunté a Fierro qué significaba eso de ser un fantasma (yo no estaba muerto), solo me dijo que ya tendríamos tiempo para estudiarlo. Y pensé en Samuel, que llevaba años allí, y en mamá, llorando abrazada a mi foto de la orla, y a las fotos de papá, empecé a deshacerme otra vez.

—Intentemos evitar esto, ¿de ac-

uerdo? —dijo el doctor—. Desde ahora, si te sientes desaparecer, convéncete para quedarte. La voluntad es el primer paso, recuérdalo.

Era fácil decirlo, ¿cómo coño lo hacía?

Samuel dijo que, si yo de verdad era un espectro, los orientadores estaban jodidos. Su investigación sobre aflicciones típicamente femeninas era una mierda. Los chicos rara vez sufríamos de algo que nos volviera retraídos y menos; los chicos solíamos armar escándalo si nos convertíamos en monstruos. Y lo dijo, monstruos, como si la palabra fuera carne jugosa, y yo vi cómo la masticaba, la saboreaba, la devoraba.

Según la leyenda (según Samuel), CIRSA admitía también a chicas antes, pero las incidencias que provocó mezclar íncubos y súcubos adolescentes en el mismo edificio casi los llevó al cierre. Dividieron a pacientes y personal por género, pero eso ocurrió antes de su primera estancia allí, así que imagínate que fue en la época jurásica, rio Samuel. A estas alturas los médicos estarán perdidísimos encontrándose con un chico que es fantasma y no es tipo 1 (fantasma clásico), ni tipo 2 (poltergeist). Es tipo 7.

Me puse muy nervioso. Según Samuel los orientadores estaban jodidos, pero me parecía a mí que

más jodido estaba yo. No tenía ni idea de qué significaba aquello de ser fantasma, tipo 7, espectro, y por qué era inusual, por qué, si yo no estaba muerto, si nunca me ponía malo, si de morir no sabía nada, si no era más que un chico que quería irse a casa, por qué me pasaba aquello.

Samuel se encogió de hombros y dijo:

—Estarás muerto por dentro.

Lo dijo sin más, mirando a la luna que asomaba por la claraboya, creciente y amarilla, y no a mí. Estaba sentado en el escritorio y yo, en su cama, lo sentí como un bofetón.

Me levanté diciendo:

—Muchas gracias, capullo.

Y él me agarró de la muñeca y me impidió escapar.

—¿Quién te hace querer desaparecer?

—Nadie. —Intenté soltarme.

—¿Tu padre? Suelen ser los padres. ¿Es un cabrón, como el mío?

—Mi padre murió.

—El instituto, ¿te tratan mal?

—No.

—¿No? Pues tendrás muchos amigos.

No contesté.

Samuel me apretaba la piel y el pulso se me aceleraba bajo sus dedos. Tenía los ojos dorados, dorados, imposibles entre tanto blanco y azul. Podías perderte ahí dentro.

Yo intenté no hacerlo, porque la

voluntad es el primer paso.

Me aparté y tropecé hasta la puerta, él se tiró en la cama.

—Ahí lo tienes —dijo.

—Ahí no tengo nada.

—¿Quieres que adivine quién sí te hace querer desaparecer? —me preguntó, y se acomodó en la almohada—. No te gustará.

No me lo dijo, pero me había visto con mamá, y yo lo sabía, y era verdad, no me gustó. Lo odié. Y le llamé capullo y me fui con los dientes apretados y el corazón latiéndome tanto que dolía. Sentía densa hasta la sangre. Y era ridículo pensarlo, pero lo pensé al volver a mi habitación: nunca me había sentido así de real.

La terapia del día siguiente me preocupaba, pero Fierro veía mi condición de otra forma y eso, entonces, fue un alivio. Dijo que la raíz de mi problema era la virilidad: yo no tenía. No era culpa de nadie, dijo, los chavales que crecen sin un buen referente masculino corren ese riesgo, y por desgracia mi padre falleció cuando yo era pequeño.

Por eso, dijo, había una disonancia entre mi naturaleza y lo que mi pobre madre pudo hacer para criarme. Esa divergencia me hacía desaparecer, dijo. No estaba muerto, claro que no, y sonrió esa sonrisa que me hacía sentir idiota, pero el hombre que yo debía ser nunca tuvo espacio para ex-

istir. Teníamos que trabajar para desenterrarlo y dejarlo crecer, para que yo me convirtiera en él: fuerte, valiente, confiado, atrevido, ¿me parecía bien?

Sí, sí. Me parecía más que bien. Sabía que era dócil y olvidable, aceptar que era por no tener padre me parecía más fácil que, no sé, plantearme que no me sentía muy vivo, y que mamá me hacía sentir tan pequeño que a veces era más fácil deshacerme. Así que sí, dije que sí, asentí y asentí como mamá; Fierro me pidió compromiso y yo dije que sí otra vez. Intentaría lo que él quisiera. Para curarme, para volver a casa. Para no estar confuso y asustado.

Mi programa lo diseñó así: arriba a las seis, correr una hora, musculación otra hora, desayuno alto en proteínas, deporte con los chicos que tenían permitido jugar (no con Samuel, en aislamiento), más musculación, comida de (normalmente) carne roja, penalización si no me la terminaba, más musculación y sesión con Fierro. Ahí monitorizaba mis interacciones con los chicos (siempre vigilaba), para corregirme si había sido poco varonil y, por tanto, un fracaso.

Casi todas las noches, además, tocaba lo del espejo.

La primera mañana Fierro me mandó escribirme una carta detallando lo que yo considerara lo

peor de mí. Entonces, me plantaba ante el espejo de su despacho, y él lo leía y me llamaba todo eso. Yo tenía que negárselo, con convicción, sin derrumbarme y, claro, sin llorar o desaparecer. Me penalizaban si lo hacía: una hora menos de sueño por cada vez que llorara; duchas restringidas de diarias a semanales a mensuales si desaparecía. Lo hacía igual y, aunque Fierro se olvidara de mí cuando me volvía invisible y me escapaba a llorar en mi cuarto, daba lo mismo.

Grababa las sesiones.

La penalización era inevitable.

Al final de la primera semana me dio también un montón de revistas porno. Eran lo único que podían hacer, dijo, para reconducir mi conducta sexual, de momento. Debía usarlas en mi cuarto, y luego contárselo. Dijo que lo sabría si me lo inventaba, pero yo me lo inventaba, siempre. Cuando volvía a mi habitación solo era capaz de meterme bajo esa colcha azul y dormir, agotado hasta para llorar. Casi todas las noches tenía pesadillas, y de esas sí que me despertaba llorando, o gritando, o las dos.

Tardé en volver a ver a Samuel.

Y, cuando nos encontramos, me costó reconocerle.

—Chaval —me dijo—, estás hecho mierda.

Él tampoco tenía buena pinta,

por eso le reconocí tarde. Aquella mañana sofocante de julio corríamos alrededor del edificio: yo con una mochila llena de leña (me habían penalizado por lento el día anterior), él, sigiloso y ágil. Tenía el pelo sucio, la cara descolorida, muchísimas ojeras y los ojos, dorados y magnéticos la última vez, ahora eran solo marrones. No sonrió y yo no respondí. Me adelantó, y entonces me fijé en que llevaba los antebrazos vendados.

Volvimos a coincidir en la siguiente vuelta, y le dije:

—Tú también estás hecho mierda, capullo.

—Lo llaman SPP —dijo él, la risa se le quedó en la garganta—. Síndrome Post-Plenilunio. No confundir con el Síndrome Pre-Plenilunio, también SPP, en ese me pongo un poquito gilipollas. Creo que le debo una disculpa a alguien... ¿no? Perdón, por ser un capullo.

Corrimos sin hablar. Corrimos juntos.

Samuel bajó el ritmo para ajustarse a mí, yo lo subí para ajustarme a él, aunque estaba cansado y la mochila pesaba y sus correas me desollaban los hombros.

—No sabía que te mandaban correr —dije.

—Es penalización, por convertirme en lobo. Debería haber descargado más rabia, ya ves, este

mes tengo doble de ejercicio. ¿Tú?

—Necesito ser más varonil.

—Nada más varonil que parecer carne picada.

Le di un golpe en el brazo y él aulló: «¡Socorro, me ha pegado un machote!» y se rio tan alto que pensé que los de seguridad asomarían la cabeza y nos sancionarían porque claro que no podíamos correr juntos, no podíamos ni mirarnos, nos sentaría mal, a los dos, deberían ponernos en aislamiento. Pero no pasó nada, solo corrimos.

Y corrimos.

Yo seguía mirando atrás, esperando que nos detuvieran. Estaba seguro de que aquello estaba prohibido. Debería estarlo. Porque sentía deshacerse el progreso del tratamiento y, sin embargo, el suelo seguía bajo mis pies, sólido, el aire en mis pulmones, ardiendo, el sudor me besaba la espalda, húmedo, y olía a Samuel, carnívoro. Y sentía la lengua en los dientes y el corazón en el pecho y mi cuerpo, mío. No se deshacía. Era mío.

No pude concentrarme ese día.

Ningún día.

Samuel y yo corríamos juntos por la mañana y no nos hablábamos el resto del tiempo, pero siempre nos mirábamos. En los pasillos, en el comedor, en el patio, donde fuera. Tenía la mente tan nublada que perdí el control

de todo. Empecé a desvanecerme a cachos: un brazo, dos dedos, la tela del uniforme y la piel y el músculo del pecho, el esternón y las costillas. Dejé al descubierto cómo me latía el corazón.

Fierro se lo tomó mal. Lo llamé recaída. Y cada noche analizábamos cualquier detalle buscando la raíz de mi problema. Pero él era incapaz de mirarme si se me volvía invisible la cabeza y en su despacho solo quedaba mi cerebro. O mis ojos. O mi lengua. O nervios palpitando electricidad, venas arrastrando sangre.

No le hablé de Samuel, y me sentí muy bien no hablándole de Samuel.

De cómo corríamos juntos y yo sentía que mi cuerpo era mío.

Me hacía cosquillas en los huesos pensarlo, y Fierro tenía que apartar la vista de mí: esqueleto y médula y sangre; yo.

—Vete —decía—, vete, y mañana intentaremos reajustarlo. Vete.

Y me iba.

Y una vez me fui y encontré a Samuel en mi cuarto.

Sin zapatillas, se había acurrucado en mi cama. Las revistas de Fierro reposaban en el escritorio, Samuel tenía la primera y la estudiaba con una cara de asco que ningún orientador esperaría. La impresión (la vergüenza) me golpeó tan fuerte que desaparecí.

Pero Samuel miró hacia la puer-

ta entornada tras de mí y dijo:

—Joder, esto es turbio.

Y yo me volví visible igual de rápido para preguntar:

—¿Sí?

—¿No crees?

—No sé —dijo. Cerré la puerta y me acerqué a la cama, a él—. Yo ya no sé...

Bueno, pues Samuel sí sabía.

O al menos tenía su opinión.

Para todo.

Que Fierro era un perverso y deberían encerrarle. Que los orientadores se hacían los santos, pero que lo que les gustaba de CIRSA era tener la autoridad para torturarnos. ¿Y es que no debería él darles las gracias por pasar en aislamiento solo de media luna a plenilunio? ¡Medio mes, nada más, sin hablar con nadie que no fueran esos cabrones intentando lavarle el cerebro! ¿Quería saber la verdad? Sí, la *monsterapia* funcionaba: te hacían sentir tanta vergüenza por ser tú que al final enterrabas todo lo que te hacía existir hasta que no se te notaba. Él había dejado de transformarse en lobo antes, me dijo. Dos veces.

¿Y para qué?, siguió, y estábamos solos y descalzos y cerca y la luz del fluorescente le aclaraba los ojos, tan dorados como cuando crecía la luna, y todo el azul y blanco y azul y blanco de CIRSA se desvanecía. ¿Para qué? Si volvía a casa y su padre volvía

a pegarle, y sí, él volvía a hacerse lobo, porque igual para defenderte de un monstruo necesitas ser un monstruo. Y otra vez a CIRSA, pero ni se te ocurra hablar de eso en terapia, porque el problema eres tú, eres tú el que tiene que curarse, no ellos. Ellos nunca nos hicieron nada, y si lo hicieron fue por nuestro bien. Los adultos no necesitan curarse, son perfectos, perfectos. Bueno, dijo, pues que les jodan.

Que les jodan. A lo mejor le gustaba ser el lobo feroz.

Yo le dije que a lo mejor a mí también me gustaba, que fuera el lobo feroz.

Ese le hizo sonreír, y tenía los dientes afilados aunque menguara la luna. Esa vez se lo dije, y él no me respondió («son para comerte mejor») nada; me agarró del cuello de la camiseta y tiró de mí y me besó. Y sus dientes afilados me mordieron los labios y el cuello y la oreja y todo. Y entonces, entonces sí que entendí qué era estar vivo.

Aquella noche nos besamos y nos besamos. Yo tenía hambre y él quería descubrirme, o al revés. Nos besamos hasta que apagaron las luces por el toque de queda, y entonces Samuel se apartó y se rio contra mis labios cuando yo le pedí que no, que no se fuera. Es más divertido romper las reglas si ellos creen que siguen intac-

tas, dijo, pero mientras salía por la puerta con su sonrisa feroz, añadió:

—Y qué coño, eres un fantasma. Aparécete en mi cuarto.

Yo al principio no hice nada. Me quedé ahí, sin luz y con el corazón palpitando y la cara ardiendo, sólido y tan real que creí que la invisibilidad se me había curado. Luego me miré las manos y se me habían deshecho. La transparencia me subía por los antebrazos. Nunca me había desvanecido queriendo, y esa noche lo intenté, con

cosquillas en los nervios. Traspasé la puerta. Me sentí eufórico. Y luego fui a su habitación.

Fui cada noche.

Y por las mañanas corríamos sin haber dormido, y pasábamos el día agotados. Pero lo que fuera que vivíamos en CIRSA parecía poca cosa comparándolo con saber que teníamos un secreto, y ellos no lo sabía, no tenían ni idea. Por los pasillos fingíamos ser lo que quisieran y aguantábamos en terapia lo que quisieran. En el cuarto de Samuel, a puerta cerrada, aprendíamos quiénes éramos



de verdad. Y ahí sí me parecía que mejoraba, y no frente al espejo de Fierro con cara de muerto mientras él me preguntaba si era una nenaza o qué.

Nos desciframos, nos memorizamos. Yo entendí lo que era tener piel, piel tierna, piel mordida, piel que podía difuminar para que pareciera intacta, piel que me gustaba que él mirara y viera y sintiera. Él aprendió a aullar por gusto, a morder y arañar por gusto, a mostrar por gusto lo que creía que le volvía débil. Tenía muchas cicatrices: en la espalda, de antes de ser lobo; en las muñecas, de cuando se transformaba allí y le ataban para que no pudiera atacar a nadie más que a sí mismo.

Me dijo que siempre mordía las correas, y así se hizo aquello.

Me dijo que no quería quedarse allí, pero tampoco volver a casa.

Me dijo que sería gracioso si un día me mordía de verdad y me contagiaba la licantropía; yo, la peor pesadilla de CIRSA, lobo y espectro, y me reí porque entonces me pareció gracioso y porque nunca pensé en qué pasaría si nos pillaban.

Porque nunca pensé que lo harían.

Pero debí haberlo pensado mejor.

Después, a medio vestir y en la silla de metal del despacho del director, bajo tres fluorescentes blan-

cos, blancos, blancos e impasibles, después, me sentí muy idiota. Por haberme creído más listo que ellos, valiente e intocable. Pero intocables no éramos, eso nos lo demostraron pronto. Mamá no firmó para permitir a CIRSA usar la fuerza si yo me ponía difícil, pero los padres de Samuel tenían otra opinión sobre enseñar por las malas. Cuando me sacaron de su habitación, él se quedó dentro, y los de seguridad también.

Después, después, en el despacho, el director y Fierro hablaban bajito, pero yo oí que planeaban llamar a mamá y comentarle que me estaba volviendo problemático (malas compañías, dijeron) y que tal vez un poquito de fuerza me metería en cintura. Y quería pensar que mamá se negaría (se echaría a llorar, cuando llamaran lloraría y lloraría), lo que pasa es que ya no estaba seguro y ellos nos miraban (me miraban) así, y a Samuel le sangraba la boca y nadie le ayudaba, y hacía frío y yo no llevaba pantalones, y bajo los fluorescentes la cara de Fierro parecía hinchada como la de un cadáver (diagnóstico: zombi), y nos tenían ahí y hablaban de nosotros, no con nosotros, y no nos decían cómo nos castigarían, cómo de grave era lo nuestro, cuánto la habíamos cagado, nada. Teníamos que adivinarlo.

Adivina lo que viene ahora. Ad-

ivina la pena.

Adivina.

Nos tuvieron allí horas. Si hablabo o me movía, me reprendían. Y lo que quería era desaparecer, pero en cuanto empezaba a volverme invisible, Fierro mandaba a los de seguridad que pegaran a Samuel y yo me aparecía sintiendo que me clavaban cristales entre las vértebras. Él me miró con las cejas alzadas, los labios grises (diagnóstico: vampiro sanguinario) y dijo que estudiarían la viabilidad de utilizar estos métodos en mi tratamiento, si era lo que funcionaba.

Me sentí tan mal que quise vomitar. Quise sacarle los ojos. O sacármelos a mí. Y Samuel no hizo nada, yo esperaba que se volviera lobo ante ellos, pero no. Entonces creí que simplemente se rendía: nos superaban, eran más fuertes, no podía ganar. Luego, cuando decretaron aislamiento para los dos y me sacaron de allí, escaleras abajo hacia mi nueva habitación, pensé que en realidad se contuvo para que no me castigaran por su culpa. Porque allí, solo, en un cuarto completamente blanco y sin ventanas y con una cama y un retrete y un fluorescente que no se podía apagar, le oí aullar y le oí pelear. Y oí cómo le reprimían.

Estuve mucho tiempo allí.

Los minutos no funcionaban en aquel agujero. Me escocían los

ojos y ni me di cuenta de que lloraba. La piel se me volvió traslúcida, y dentro estaba vacío. Se me disolvieron las entrañas. Y pensé, casi riéndome, que sí que estaba muerto por dentro, muertísimo, ya lo entendía. Miraba al fluorescente, intentaba escuchar a alguien, intentaba atravesar las paredes y no era capaz de perder solidez. No era más que una carcasa.

Estuve allí mucho tiempo, hasta que mamá vino a verme.

Llegó de la nada: primero no había nadie y luego me estaba abrazando. Y, por supuesto, lloraba. Me abrazó más y me besó el pelo y me dijo cuánto me quería, me echaba de menos, lo contenta que estaba de volver a abrazarme. Yo intenté respirar mientras ella espachurraba la carcasa de piel transparente que era yo, e intenté encontrar mi voz para contarle lo que nos hacían en CIRSA, pero ella dijo que lo sabía, lo sabía, ya lo sabía. Y me perdonaba.

Y entonces volvieron a aparecerse mis entrañas, tan rápido que dolió. Quise preguntarle qué sabía y qué me perdonaba, pero ella solo me abrazó y me dijo que no pasaba nada, que yo era bueno, lo sabía, y que las malas compañías pueden engatusar a cualquiera, pero yo era bueno, y CIRSA tomaría medidas contra sus lobos disfrazados de corde-

ro, de abuelita, de lo que hiciera falta para comerte mejor, pero yo era bueno, su niño bueno, y ahora ya sí que me curaría porque era bueno y nadie más me mordería y ningún lobo me comería. Me espachurró tanto que me disolvía en ella, y pensé en lo que me dijo Samuel aquella primera noche («¿Quieres que adivine quién sí te hace querer desaparecer?») y mamá me abrazaba y repetía que era bueno.

Pero yo no era bueno; no era nada. Solo un chico muerto por dentro.

Así que le pregunté si ser bueno es dejar de existir y si ser bueno era aceptar que te torturen sin rechistar y si ser bueno era convertirte en lo que los demás quieren que seas porque lo que eres no les vale, si ser bueno era ser un muerto en vida.

Y ella no dijo nada, solo me miró: un pellejo transparente lleno de órganos vitales. Y entonces lloró más, porque no reconocía a su niño, dijo, y me sentí mal, pero intenté no ceder, porque la voluntad es el primer paso, y ella nunca lloró por mí (diagnóstico: vórtice absorbe almas), lloraba siempre por ella.

Así que corrí.

Y mientras corría (escaleras arriba, por los pasillos), me deshice. Y atravesé paredes y puertas y rejillas, corrí buscando a Samuel. Ya

no sabía cuánto hacía desde que nos separaron, si había luna llena o nueva. Le busqué por todo CIRSA mientras los de seguridad me buscaban a mí. Pero es difícil darle caza a un fantasma, y yo no me detuve aunque allá donde fuera oyera a mamá llorando, llorando por megafonía, para que me sintiera culpable y pidiera perdón.

Por fin encontré a Samuel. Al final de otras escaleras como las que llevaban a la habitación donde estuve aislado. Le encontré, estaba solo en un cuarto hecho de azulejos y con un desagüe en el suelo, sucio de sangre. Dejaron la puerta abierta porque quien estuviera con él ahora también me buscaba. Encontré a Samuel, lo tenían atado a una silla de dentista, y me imaginé que el médico que le ciñó las correas también le sonrió prometiendo que no dolería. Pero sí dolió.

Tenía sangre en la barbilla. Junto a él había un carrito quirúrgico. En un cuenco de metal, dos de sus colmillos afilados.

Y no me atreví a comprobar lo demás.

Le desaté, mis manos lo único visible, y él se despertó al sentirse libre y dijo mi nombre, pero yo le pedí que se callara. Que esperara. Tenía una idea y aquello terminaba ya.

Y cogí el coche de mamá.

Fue fácil robarle las llaves del

bolso, no me veía y de tanto llorar no oyó el tintinear antes de que me largara con ellas. Cogí el coche, tan amarillo. No sabía conducir, pero no hay que saber mucho para encender el motor y darle gas y acelerar por el aparcamiento y al receptor de CIRSA y atravesar las vidrieras hasta la fuente blanca y contra la fuente blanca.

El cristal y la piedra me traspasaron. No me hice ningún daño. Les hice daño a ellos, todo el personal corriendo como pollos descabezados, y los críos que podían correrían y se escapaban. Y yo sonreía porque era real e invisible y estaba así de vivo.

Aporreé el claxon una y otra vez, hasta que Samuel por fin me encontró. Tenía la cara hinchada y la mirada febril, el coche estaba hecho una mierda, pero los dos seguían lo bastante lúcidos como para entender que era nuestro momento: este o ninguno.

Y Samuel sí sabía conducir.

Así que condujo, y condujo aquel coche durante horas, y después robamos otro coche amarillo y condujo durante días, y desaparecimos los dos: un fantasma y un lobo con los dientes arancados.

Dos monstruos. Dos críos.

Fuimos con las ventanillas bajadas y la radio puesta, y huir nos sentó bien un tiempo, nos sentó bien hasta que nos sentimos a salvo. Pero pronto entendimos que solo estábamos a salvo porque huíamos. Y no era justo, porque CIRSA seguía convenciendo a chicos de que era mejor ser carne picada que ser un poco raro, y ellos seguían allí: atados o llorando o dejando que les lavaran el cerebro

Por eso ahora lo hemos contado, y ahora que ya lo hemos contado, vamos a hacer otra cosa.

Vamos a volver a CIRSA en nuestro coche amarillo.

Y vamos a quemarlo.

Hasta los cimientos.



SORRISA INVISIBLE
JOSEBA VILAS





CARLOS PELLÍN SÁNCHEZ

Carlos Pellín Sánchez Novelda (1986). Licenciado en matemáticas. Fue instructor de Esgrima en sus tiempos.

Ha publicado en todas los números de la revista Pulporama (hasta el momento) poemas fantásticos, y tiene recientemente, con Niña Loba editorial, su primer libro en físico, Recuerda el fuego primero, una antología de cantares de gesta de fantasía épica.

También tiene en los blogs de El yunque de Hefesto, Fabulantes y Dentro del monolito relatos en prosa y verso que intentan innovar en el campo del género especulativo. Además, en X suele escribir poesía y fragmentos de sus otros proyectos literarios. Búscalo en @Pulporama

MONSTRUO 2.0

En la noche el terror yo zahería
con mis garras y dientes alargados;
me buscaban con ojos destemplados;
yo siempre por detrás me los comía.

Nuevo sol levantó cambiantes hados,
y el miedo que a mis presas oprimía;
buscaron con sus cables de luz fría
mi escondrijo de tonos apagados.

Me creyeron destruido entre sus redes
muy cómodos, cebándose en sus plasmas,
creyéndose seguros sin paredes;

mas yo renazco al filo de las miasmas
cuando hacen de sus vicios grandes sedes.
Los devoro detrás de sus fantasmas.





JESÚS DURÁN

Jesús Durán ha participado en diversas antologías y revistas literarias. Con poemas, en: Legado (antología); Sueños de Nieve (antología); Recuerdos de Tinta (antología), y Pulporama (revista).

Con relatos, en: Droids and Druids (fanzine); Hay Otros Mundos (antología), y Sueños, Visiones, Terrores (antología).

Ha publicado poemas y relatos escritos a cuatro manos con Libertad García-Villada en: Droids and Druids; La Savia de El Bosque (antología); Melodías de papel (antología); Una biblioteca sin libros (antología); Huellas (antología); La bastarda postmoderna (revista); Pulporama; Mordedor (revista); el III concurso de Libélulas Negras (antología); Lo Desconocido (revista), la II antología Show Your Rare; La magia de la primavera (antología); en De Rebeliones Va La Cosa II (antología); Altavoz Cultural; Rigor Mortis (revista); Aguanaj (concurso); Revista Exogénesis; Ligeia (revista); Retazos de Ficción (blog); El Yunque de Hefesto (blog); y en el concurso de «Historias de Europa» de Zenda.

Publica también poemas, relatos y reseñas de libros en el blog Relatos y mentiras.

X: @joseyshepard

Libertad García-Villada ha autopublicado dos novelas (Nostalgia y El final de Melancolía) y tiene una tercera novela en valoración por editoriales. Ha participado con relatos en: Legado (antología); Sueños, Visiones, Terrores (antología), y en la revista Literentropía.

Ha publicado poemas y relatos escritos a cuatro manos con Jesús Durán en: Droids and Druids; La Savia de El Bosque (antología); Melodías de papel (antología); Una biblioteca sin libros (antología); Huellas (antología); La bastarda postmoderna (revista); Pulporama; Mordedor (revista); el III concurso de Libélulas Negras (antología); Lo Desconocido (revista), la II antología Show Your Rare; La magia de la primavera (antología); en De Rebeliones Va La Cosa II (antología); Altavoz Cultural; Rigor Mortis (revista); Aguanaj (concurso); Revista Exogénesis; Ligeia (revista); Retazos de Ficción (blog); El Yunque de Hefesto (blog); y en el concurso de «Historias de Europa» de Zenda. Publica también relatos y reseñas de libros en el blog Relatos y mentiras.

X: @LibertadVillada

LIBERTAD GARCÍA-VILLADA



SEMPER ET IN RETERNUM



Los firmes pasos de Irina resonaron en el largo pasillo. La sala estaba al final, tras unas puertas cerradas. Dos guardias esperaban, impertérritos, flanqueando la entrada. Cuando estuvo cerca, uno de ellos abrió para que entrase.

Lo primero que sintió al poner el pie dentro fue el olor a muerto. Y nunca mejor dicho, ya que la sala estaba llena de ellos. Se detuvo intentando recomponerse de lo que estaba viendo.

El golpe de la puerta al cerrarse a su espalda le sobresaltó y dio respingo.

Toda la sala la miraba. Todos eran revividos, excepto uno.

Comenzó a caminar a su estrado. Tras unos instantes que se le hicieron eternos, en los que todos siguieron sus pasos, llegó a su asiento junto al acusado, al que tenía que defender, el único vivo. Era una vista previa. Se sentía fuera de lugar por su inexperiencia.

Pese a las circunstancias, tenía la oportunidad de salvarlo. O de matarlo al menos. Sentía que estaba todo en sus manos. Miró a

Brugant, el acusado: parecía tranquilo en contraste con ella, que era un manojo de nervios.

Le hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo y se sentó.

Su primer juicio y llegaba tarde. Imperdonable.

«Estoy muerta», pensó. Al momento se dio cuenta de que había estado a punto de comentarlo en voz alta.

Irina vivía en una de las tres zonas: la asignada a los vivos. Era una abogada recién incorporada al mundo laboral. Los juicios y otros asuntos interesantes estaban reservados para los socios del bufete; a ella le correspondían la documentación y el archivo de casos.

Como no ganaba lo suficiente para pagar la casa en que vivía y asumir el resto de gastos, se dedicaba a dar clases particulares a estudiantes que querían mejorar su nota. Acababa de regresar de una de ellas.

Por las tardes, antes de acostarse, salía a leer a su pequeño jardín. Y cuando se hacía de noche, contemplaba las estrellas. Le relajaba. Aquel día, su mente divagaba sobre resucitar, la oportunidad de regresar de la muerte. O la maldición, según se mirase.

Se estiró y se acomodó mejor en la tumbona. Buscó en su muñeca una goma para recogerse el negro cabello en una coleta. Siendo

aún joven, tenía arrugas de expresión, fruto de estar frunciendo el ceño de continuo. Era este un hábito que había adquirido de niña; siempre había tendido a la abstracción. Unos ojos grandes y marrones destacaban en su rostro ovalado.

El mundo estaba dividido en tres zonas separadas entre sí por altos muros. Estos eran las barreras entre la vida y la muerte. Irina habitaba en la zona de los vivos, pero cuando muriese la llevarían a la de los muertos: enormes extensiones de terreno que acogían las tumbas de todos los fallecidos del mundo.

Entonces vendría la espera.

Nadie sabía la causa, pero algunas personas regresaban de la muerte. Eran los revividos. Con toda su capacidad mental, pero con carencias físicas. Con un cuerpo que parecía la corteza de un árbol a punto de desprenderse. No se disponía de ninguna explicación científica. Pero se rumoreaba que el fenómeno era investigado en secreto por el gobierno de los vivos.

Sobre la manera de resucitar, ese era otro misterio. Algunos revividos regresaban rápido tras ser enterrados; otros, muchos años después. Todos ellos pasaban a existir, acaso sea esta la palabra adecuada, en la tercera zona.

Lo que sí se sabía era que la existencia completa del ser humano

abarca tres procesos: nacimiento, muerte y resurrección.

Tres zonas. Para las tres fases de la existencia humana: vivo, muerto y revivido. Oruga, crisálida y mariposa, pero en un sentido inverso si atendemos a la apariencia externa. Por esta similitud, a los revividos, los vivos los denominaban «gusanos».

Muchos de los revividos que regresaban pronto de la muerte querían volver a su antigua vida, estar con sus seres queridos. Pero la convivencia era imposible. La mente de los vivos no entiende, no acepta, el regreso después de la muerte. La muerte da miedo. Los vivos no la quieren rondando sus casas, en ninguna forma, recordándoles a cada momento que su tiempo es finito.

Al principio se generaron conflictos, algunos con violencia. Excesivos inconvenientes para forzar una vida en común. Después de un tiempo se alcanzó la paz. Con condiciones, como en todos los armisticios.

Ni que decir tiene que, una vez conocida la verdadera naturaleza de la existencia humana, se dejaron de incinerar los cuerpos tras la muerte. De hecho, la única causa por la que un revivido dejaba de existir era por medio del fuego, el consumo total de su cuerpo.

Irina se internaba últimamente

en estas reflexiones por el reciente asesinato de un gusano. Aunque quizá *asesinato* no fuera el término más adecuado, dado que ya estaba muerto. Un vivo quemaba a un gusano y ella había sido elegida para defenderlo. Se revolvió inquieta en el asiento: le costaba controlar la ansiedad que le generaba lo que se le venía encima. Un juicio, pero no cualquiera: el primero desde la época del Cisma en el que se acusaba a un vivo de acabar con un revivido.

Sabía que la habían elegido en el bufete porque las posibilidades de ganar eran mínimas. La Ley era clara: cualquier acción violenta contra un revivido suponía la incineración. El vivo no tendría la posibilidad de una resurrección, de convertirse en un revivido.

Después de la vista previa del juicio tenía un mes para preparar le defensa. Le vino de nuevo a la memoria el bochorno del momento en que llegó tarde y la posterior recriminación por parte de los directores del bufete. Fue un completo desastre ese día: acababa de romper con su pareja y habían tenido una acalorada discusión, lo que le hizo perder la noción del tiempo. No era la primera bronca con su pareja, ni su primera ruptura. Últimamente tenía la sensación de que las personas con quienes compartía su vida no terminaban de llenarla,

de hacerla sentir, de amarla como ella necesitaba. Percibía que el amor, el amor profundo, se mantenía lejos de ella, aunque se entregaba por completo. En todas sus relaciones, incluida la última, tras el periodo inicial de pasión, siempre había tenido la sensación de que faltaba algo esencial. Conexión íntima, conexión real. No física, sino mental. Sentirse como en casa con la otra persona. Nunca lo había experimentado. Quizá fuera una utopía, quizás estuviera esperando un imposible. Quizá, se decía a veces, no fuera más que una ingenua, con expectativas por completo irreales. Pero algo más fuerte que ella le decía que dicha sensación era posible. Y que la encontraría.

Ahora tenía que tratar de dejar a un lado estas distracciones y concentrarse en el caso. Miró el calendario: dentro de dos días iría a la zona de los revividos, para visitar al ayudante asignado, un gusano llamado Marcus.

Marcus abandonó la biblioteca.

Ocupaba una gigantesca habitación con techo de cristal. Las cuatro paredes estaban cubiertas de miles de libros, desde el suelo hasta el techo; había varias escaleras móviles para acceder a los más altos. Conocía su número, los había leído todos. Y más, ya que

su vivienda toda era un templo del saber. Era un revivido y, por lo tanto, tenía a su disposición todo su tiempo, puesto que no comía, ni bebía, ni dormía..., tampoco podía tener relaciones sexuales. Con todo, estas necesidades existían en su cerebro. Era agónico sentir la privación de tanto sin que el cuerpo reaccionase a los estímulos. Era tener la mente siempre despierta, pero en un cuerpo sin apetito.

Marcus había resucitado trescientos veinte años atrás, tan solo un mes después de su muerte. Era un extraño caso, ya que muy pocos volvían tan pronto a la vida. Su aspecto era en general el de un revivido, con su piel cerúlea, como si la pigmentación hubiese desaparecido solo en algunas zonas, y agrietada. No obstante, dado el poco tiempo transcurrido entre su muerte y su resurrección, incluso podía realizar gestos para



reforzar su discurso. Para ser un gusano, no resultaba tan repulsivo. En su rostro, que reflejaba gravedad, destacaban unos ojos de enorme viveza, muy expresivos. Era curioso: los ojos de los revividos no se consumían.

La época en que resucitó fue la del Cisma, cuando se crearon las leyes para los vivos y los revividos, por las cuales fueron separados los unos de los otros, dado que la convivencia era imposible.

Entonces perdió a su esposa. Se vieron una única vez, justo después de que resucitara: lo primero que hizo fue ir a buscarla. Cuando notó el horror en sus ojos, los de su propia esposa, se dio cuenta de que la humanidad no estaba preparada para la convivencia. La tomó de una mano y ambos comprendieron al momento: ella jamás lo aceptaría, el paso por la muerte era demasiado poderoso para poder soslayarlo con amor.

Marcus se despidió de su antigua vida y se dedicó a lo que más le satisfacía: la lectura y el estudio. Como revivido es lo que había hecho, lo que hacía y lo que tenía previsto hacer.

Poseía conocimientos muy amplios. Entre sus diversos estudios estaba la Medicina. Dada su práctica de cientos de años, realizaba intervenciones de alto riesgo para los vivos. No era una excepción:

otros revividos también interactuaban con el mundo de los mortales haciendo uso de habilidades con siglos de experiencia.

Era asimismo un experto en Derecho. Con todo, no esperaba que el gobierno que se encargaba de representar a los revividos lo seleccionara para ayudar a una abogada viva, una tal Irina. En un caso en el que el acusado era un vivo.

Irina se desplazó a la tercera zona. En la frontera había un hotel para los trabajadores vivos que, como ella, realizaban allí servicios puntuales, aunque casi siempre estaba vacío: los suyos no querían quedarse a dormir en territorio de gusanos. Existía otro similar para los revividos en la zona de los vivos, para cuando la situación era a la inversa y eran ellos quienes viajaban.

Dado que Marcus tenía previsto desplazarse únicamente para el juicio, toda la preparación había de desarrollarse allí.

El viaje en avión fue bueno, y el hotel era una maravilla. Todo lo demás, no obstante, resultaba irreal. No es que Irina no conociese a los gusanos, su forma de vida. En teoría. Pero salir a la calle y observar su mundo era otra cosa. Los espacios exteriores estaban a merced de la naturaleza, que necesitaba bien poco para avan-

zar. Recordaba que en una conversación mantenida por unos compañeros del bufete oyó cosas como «Los gusanos son como animales, les gusta todo desordenado y salvaje». Sin embargo, entendía ahora que el orden era para los vivos, para sus necesidades, sus desplazamientos, su forma de vida. Allí únicamente había viviendas, separadas unas de las otras, como ocultándose entre sí.

Para acudir a su cita, tomó uno de los vehículos eléctricos disponibles para los clientes del hotel. Introdujo en el navegador las señas de Marcus y seleccionó la conducción asistida. Marcus vivía relativamente cerca; de hecho, casi todos los gusanos que estaban en contacto con los vivos residían en los alrededores del aeropuerto. Por el contrario, los que no guardaban, o no querían, ninguna relación, vivían alejados.

Aprovechando que no tenía que conducir, Irina fue prestando atención al paisaje. Era bastante sorprendente, para alguien acostumbrado a la estética de la zona de los vivos. Allí, en la zona de los revividos, y a excepción de los humanos, los seres vivos se movían a sus anchas por todos lados. Se dio cuenta entonces de cómo los vivos hacían desaparecer la naturaleza. Parecía que combatieran contra ella: la destruían sin

descanso allá donde estuvieran. Había más vida allí, en tierra de gusanos. Le llamaron la atención especialmente los altos árboles que bordeaban en muchos tramos la carretera. Observó en ellos, aquí y allá, nidos de madera que, presuntamente, habían sido colocados hacía poco. También había pasos subterráneos y elevados de manera que la carretera no fuese una barrera que impidiera a los animales moverse. Fue un trayecto hermoso.

Finalmente llegó a un promontorio desde el que se veía la casa. Era enorme, con una zona central cuadrangular que parecía ser la estancia principal. A su lado, un edificio alto, coronado con una cúpula cerrada mecánica, que probablemente albergaba un telescopio, completaba la visión del lugar.

Marcus estaba en la puerta, esperando. Irina supuso que había recibido la señal que mandaba el navegador del vehículo al aproximarse a destino: era un procedimiento de comunicación estándar.

Una vez que hubo aparcado, Irina abandonó su transporte y caminó con paso firme hacia su anfitrión, sin apartar la vista de sus ojos, para demostrarse, y demostrarle, que no estaba tan incómoda como se sentía en realidad.

—Buenos días. Mi nombre es Irina. Encantada de conocerle —

dijo al llegar a su altura, tendiéndole la mano.

Marcus, que la miraba también a los ojos, hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Los que ustedes denominan gusanos evitamos el contacto.

Irina se quedó doblemente asombrada: por su torpeza al haber obviado, por hábito, las normas de relación con gusanos, y por la voz de Marcus, timbrada y agradable, muy masculina y no tan gutural como solía ser la de los revividos.

—Disculpe —dijo retirando de inmediato su ofrecimiento—, es la costumbre.

—Lo entiendo. ¿Ha tenido un buen viaje?

—Sí, gracias.

—¿Necesita comer algo? ¿Ir al servicio?

—¿Cómo?

Marcus señaló una especie de bungaló con ruedas que había a su izquierda. Cuando Irina llegó con el vehículo, una parte de la casa lo tapaba.

—Ese es su habitáculo para vivos —dijo con un deje de sorna.

—No le entiendo...

Marcus se volvió hacia ella y la miró con aire de conocimiento absoluto.

—Los vivos comen, duermen y defecan. Mi casa no está preparada para visitas de vivos. —Miró el habitáculo y de nuevo a Iri-

na—. He solicitado un módulo que tiene cocina, cama y baño completo, por si lo necesita. Recuerde que yo contemplé el paso del tiempo de otra manera. —Se aproximó a ella, como si fuese a hacerle una confidencia—. Tendría que diseñar usted la agenda de trabajo, ya sabe, para sus horas de vigilia.

—Me gustaría comenzar ahora mismo —respondió Irina—. Mis necesidades están cubiertas.

Una mueca de Marcus hizo caer a Irina en la cuenta de lo desafortunado de su comentario.

—Acompáñeme, por favor.

Marcus tenía preparada una amplia mesa de trabajo en el centro de la biblioteca. La luz penetraba por la cristalera del techo, que se oscurecía bajo los rayos del sol. Irina conocía esos cristales especiales para evitar la radiación UV; sin duda su función allí era proteger los libros. El lugar le encantó al instante. Conocía la edad de Marcus, sus estudios, e incluso su afición por la lectura; estos datos se los habían proporcionado en el bufete. Otra cosa era ver todos esos libros allí. Impresionaba.

Se sentaron en la enorme mesa, uno frente a la otra. Marcus acercó una libreta y su portátil. Irina comenzó a sacar el suyo de su maletín mientras observaba a su anfitrión. Las uñas y el pelo de los gusanos seguían creciendo.

Era algo curioso, dado que el cuerpo estaba muerto. Él llevaba el cabello largo, pero arreglado. No parecía tener excesivos daños en la piel. Había conocido algunos gusanos que se ponían máscaras cuando se relacionaba con los vivos.

Marcus esperó a que dejase de observarlo a hurtadillas y entonces dijo:

—Si le parece, resumo todos los datos y la situación a la que nos enfrentamos. Recuerde —continuó—, que la defensa es cosa suya, al ser el acusado un vivo. Yo únicamente estoy de asesor, dado que la víctima es un revivido, y así lo han solicitado ambos gobiernos, el suyo y el mío.

Irina asintió con la cabeza.

—El acusado responde al nombre de Robert Brugant, vivo. Se le acusa de haber hecho desaparecer a Francis Rincón, revivido.

Vivo y revivido, y entre medias la muerte. La existencia humana, como se conocía entonces. No se daba en ninguna otra especie animal, aunque se había intentado experimentalmente. Irina pensaba en esto mientras escuchaba a Marcus hablar, con su manera tan pausada, casi hipnótica.

—El acusado no ha confesado aún —estaba relatando Marcus—. Es el primer caso en cientos de años en que un vivo hace desaparecer por fuego a un revivido. —

Hizo una pausa antes de añadir—: Tengo que avisarla de que conocía personalmente a Francis. Me siento implicado en lo emocional en este caso. No entiendo cómo se ha decidido mi colaboración para la defensa.

—Desconocía el vínculo —dijo Irina con sorpresa—. Esto implica que puede elegir no actuar como asesor en la defensa.

—Así es, puedo, si quiero. Pero se lo comento más que nada para que usted lo sepa desde el principio y determine si quiere continuar.

Irina se quedó callada. Pensaba. Pero no estaba considerando lo que había dicho Marcus, sino la pasión con que lo había hecho. La manera de hablar, esa manera de hablar.

—No representa ningún inconveniente.

Marcus siguió exponiendo toda la información de que disponían. Mientras, Irina lo escuchaba con una atención que no se limitaba a sus palabras. Todo en aquel hombre tan extraño para ella le atraía, inesperadamente. Su manera de expresarse, con una dicción perfecta, un tono educado y una pasión contenida que daba un sentido nuevo a las palabras. Sonaban como si estuvieran vivas. Esa forma de mirar tan intensa, sentía que podía desnudar su mente y acceder a sus más íntimos

pensamientos con toda confianza, como si estuviera en su casa. Era difícil mantenerle la mirada. Con todo, resultaba adictiva. Pero su característica más interesante era su imagen, la que transmitía al menos, melancólica y de suficiencia, o quizá fuera otra cosa: como si ya estuviera de vuelta de todo y no le quedara nada por experimentar o por lo que esperar una existencia mejor. Además, en su experiencia, Marcus se relacionaba de una manera diferente, al menos con ella: desde el inicio parecía expresarse sin ambigüedades, con sinceridad manifiesta. El conjunto le parecía a Irina cautivador. No perdió detalle de nada de lo que dijo.

Robert Brugant, explicó Marcus, trabajaba para una empresa del gobierno de los vivos dedicada a la investigación sobre los revividos; Irina lo conocía de la vista previa. Marcus observó las fotos de frente y perfil del acusado mientras continuaba explicando: la empresa había desarrollado unos sensores que, colocados en los ataúdes, servirían para esclarecer el proceso por el que un muerto pasaba a revivir. Sin embargo, parecía que la propia instalación de estos sensores inhibía el proceso: ningún muerto con sensor revivía. Hacía años desde que colocaron miles de ellos, pero, los pocos que habían revivido den-

tro de ese lapso no tenían ningún sensor asignado.

Francis había sido amigo íntimo de Marcus. Irina no entendía el alcance de esa amistad. Pero, por cómo hablaba de él, en una situación con vivos habría pensado que eran amantes. Se preguntó cómo mostraban los gusanos sus afectos, cómo los transmitían, puesto que no podían tener relaciones sexuales. La parte física del amor no estaba ya a su alcance. Pensó que probablemente compensaban esta carencia con palabras, gestos y detalles hermosos, como las parejas de vivos a distancia.

—La noto cansada y con tendencia a perder el hilo de mis explicaciones —oyó que decía de repente Marcus.

—Tiene razón —reconoció ella con algo de embarazo—. Empiezo a acusar el trajín del viaje. Si le parece, proseguimos mañana.

—No vuelva al hotel —aconsejó Marcus—, descanse en el habitáculo para vivos. Nos ahorrará tiempo.

Irina no se opuso, reconoció que era una buena idea.

Marcus la acompañó hasta la puerta de la casa.

—Hasta cuando disponga —le dijo a modo de despedida.

Irina salió al jardín y se quedó mirando el cielo sin pensar: la agradable voz de Marcus aún

resonaba en sus oídos. Pensó que podría estar escuchándola todo el día, sin descanso. Era como una caricia. Como contemplar las estrellas: adictivo.

Unos minutos después entraba en el habitáculo con la intención de dormir.

De madrugada supo, después de haber estado dando vueltas sin parar en la cama desde que se había acostado, horas atrás, que no lograría descansar siquiera. Si bien el módulo era todo confort, aquella no era su cama. Pero tampoco era esta la cuestión: tenía curiosidad.

Se levantó, se puso el pantalón y una camiseta, y salió al jardín. Allí había un silencio como nunca lo había sentido en su vida. Y todo estaba en la más absoluta oscuridad. Le ayudó el tenue perfil de la cúpula para dirigirse a la casa de Marcus. No tenía ningún motivo especial para hacerlo, sencillamente consideró que quizás podrían reanudar la preparación del caso. Con esta idea en mente se acercó a la puerta de entrada, que estaba abierta. La traspasó y en nada llegó a la biblioteca. Marcus no estaba allí. Irina se extrañó y estaba considerando volver a su habitáculo, cuando observó que una sección de la interminable estantería estaba desplazada. Se acercó y vio que esa parte tapaba la entrada a una escalera que de-

scendía. Lo poco que podía ver se debía a que sus ojos empezaban a acostumbrarse a la oscuridad. No tenía ningún motivo para bajar tampoco. Lo hizo con miedo, despacio, apoyando la mano en la pared para asegurar sus pasos.

Tras un tramo no muy largo, llegó a un piso. Sintió un fuerte olor a metal y material químico, como de hospital. Todo estaba a oscuras. Avanzó y, según lo hizo, una luz mortecina, procedente de una serie de leds adheridos al techo, iluminó la zona a la que se aproximaba. Una sala. Se detuvo de repente.

Al fondo estaba Marcus, de espaldas, trabajando en una mesa de autopsia bajo la luz de una pequeña lámpara. Pero no fue esto lo que le hizo detenerse. Había un cuerpo sobre la mesa. Tenía el cráneo abierto y parte del cerebro le había sido extraído.

Sin volverse, Marcus habló con absoluta normalidad:

—Por favor, acérquese. Verá todo mucho mejor.

Irina estuvo a punto de salir corriendo por lo inesperado del comentario. No obstante, se acercó a la mesa.

—Coja una de las mascarillas que encontrará a su derecha, en el armario; los guantes y las batas desechables están encima de la primera mesa, según se acerque.

A Irina le dio la impresión de

que asistía a una de sus clases de criminología.

—¿No está todo muy oscuro? — preguntó cuando estuvo al lado de Marcus.

—Disculpe. Apenas necesito luz para ver. Es otra característica de los gusanos.

Marcus encendió un fluorescente, que iluminó por completo el cuerpo de la mesa. Era un cadáver reciente.

Irina recordó entonces el asunto sobre los sensores en los ataúdes

—Fíjese aquí en el daño del cerebro. —Marcus señaló con unas pinzas—. Los sensores detectan la descomposición, pero son también la causa de dicha descomposición.

Irina observó que Marcus no llevaba mascarilla, únicamente



que habían comentado.

—Efectivamente, es uno de los cuerpos que tenía un sensor incorporado.

Irina miró a Marcus con cierta sorpresa: de alguna manera había llegado a la conclusión de sus propias cavilaciones.

guantes y bata. En todo caso, como era de esperar, dado que no le afectaban los agentes aéreos.

—¿Qué quiere decir todo esto? —Irina era un mar de preguntas.

—¿No sería conveniente que fuese a dormir? Apenas ha añadido horas de sueño.

—No tengo sueño. ¿Qué está pasando?

—Creo que conozco el motivo

de la destrucción de Francis.

Irina estaba con Marcus en su habitáculo, en la cocina; tenía hambre.

Él estaba sentado en la otra punta de la mesa, mirando a través de la ventana, mientras ella comía y bebía café. Lo observaba a hurtadillas. Marcus se había quedado en silencio después de comentarle sus sospechas.

Francis colaboraba con una empresa científica asociada al gobierno de los vivos, la misma que se encargaba de la colocación de sensores en los ataúdes y la consiguiente monitorización de los datos que éstos recogían.

Al parecer, Francis había descubierto que los dispositivos, en vez de ser detectores, dañaban *a propósito* el cerebro de los muertos. Como si su verdadera utilidad fuera evitar la posibilidad de revivir.

El problema era que su aplicación se había normalizado y prácticamente todas las nuevas entradas en la zona de los muertos llevarían dichos dispositivos, lo que implicaba que sería destruido el cerebro de los correspondientes cadáveres: jamás revivirían.

Marcus se detuvo en ese punto, pensativo, como si de repente le hubiese venido una idea; algo rondaba su cabeza. Irina lo había escuchado de nuevo absorta, pen-

sando en cómo le gustaba sentir el peso de su mirada. Pero ahora rehuía la visión de ella comiendo.

—¿Le molesta que coma aquí? No quisiera incomodarle.

—Estoy acostumbrado por mis visitas a su zona. Pero hace demasiados años que no lo observo tan de cerca. —La miró a los ojos—. Lo peor es que aún siento la necesidad. Y los aromas, el ruido al masticar, la visión de la comida... es bastante perturbador. —Apartó la vista y miró de nuevo por la ventana al exterior; empezaba a salir el sol—. Como ocurre con todos los gusanos, mis sentidos con el paso del tiempo se han agudizado: oído, olfato, vista, incluso el tacto. Tantos años de existencia favorecen que el cerebro evolucione. Mi capacidad intelectual se ha desarrollado también a niveles impensables. Pero cambiaría parte de esta habilidad por experimentar algo físico por un instante. Por acallar esta agonía continua. La del alma.

Irina dejó de comer, había perdido el apetito. Pensó que Marcus debía de estar sometido a algún tipo de presión para haberse sincerado de esta manera. O quizá sentía una confianza especial con ella. Esta posibilidad le hizo mirarlo de otra manera, sentirse en su presencia más relajada, como si estuviera en compañía de un amigo de toda la vida. En cualquier caso, se dijo, quizá mejor cambiar

el tema de conversación.

—Apenas he visto gusanos..., perdón, a revividos —se corrigió de inmediato—. ¿Viven por esta zona?

—La mayoría no soporta la soledad, ni la vida contemplativa de lectura, ciencia y estudio. Se marchan a las zonas interiores, más pobladas. Es un lugar que desconozco casi por completo. Su gobierno, el de los vivos, tiene un centro tecnológico allí. Lo visité hace tiempo para operar de urgencias a un vivo importante que había sufrido un ataque al corazón.

—Debe de ser increíble poder estudiar durante toda la vida. —Irina se dio cuenta de inmediato del error del comentario. ¿Por qué no podía comunicarse igual que él, utilizando las palabras adecuadas? Entendía el poder del lenguaje, era consciente de la habilidad de Marcus a la hora de expresarse. Le dio rabia su torpeza.

—Es lo que me mantiene cuerdo. —Marcus levantó la mano para restar importancia al comentario de Irina—. Tras resucitar, me aislé del mundo durante unos años ahí fuera, en el bosque. No tenía claro qué hacer con la eternidad que me había sido otorgada, pero que no era capaz de sentir. Hasta que apareció Francis.

Irina sin dudarlo se sentó junto a Marcus. Sentía que le estaba contando algo que merecía ser es-

cuchado de cerca.

—Francis se encontró conmigo por casualidad, mientras paseaba un día de verano. Me preguntó que cuánto tiempo llevaba allí aislado, entre los árboles. —Marcus sonrió—. Me explicó que era una pena no ayudar a la «gente viva». Me implicó para que estudiase Medicina. Cuando terminé los estudios me incorporé a su laboratorio y empecé a trabajar en su investigación...

Marcus calló de repente. Su mirada se tornó grave. Algo había pasado por su cabeza mientras explicaba el día en que conoció a Francis.

—Irina, creo saber el verdadero motivo de la destrucción de Francis. No tiene nada que ver con los sensores de los ataúdes. Es otra cosa. Acabo de darme cuenta. Debemos salir de inmediato —dijo Marcus levantándose, pero se detuvo—. Disculpe. Sus necesidades. Prepare comida y bebida para dos días de viaje. Cogeré una tienda para la noche, para que usted duerma.

Se pusieron al momento manos a la obra cada uno en sus quehaceres, después juntos, para cargar el coche con todo lo necesario. A Irina no le pasó desapercibida la precisión y confianza con que Marcus llevaba a cabo sus cometidos, ni la energía que irradiaba al realizar un trabajo físico: tenía una fuerza extraordinaria y pare-

cía incansable.

Una vez listos, Marcus introdujo unas coordenadas en el navegador.

—Únicamente hay seguimiento hasta unos dos kilómetros antes del laboratorio. No está en los sistemas de coordenadas. Es un lugar secreto.

—¿Me vas a explicar qué ocurre?

—Por supuesto. Un momento que gestiono y activo la navegación. Ahora te cuento.

Sus miradas se cruzaron un instante: habían pasado a tutearse de forma natural.

Unos minutos después, el vehículo se puso en marcha con un ronroneo. La pantalla del salpicadero indicaba el tiempo estimado de viaje sin paradas: más de dieciocho horas. Marcus miró a Irina de reojo.

—Pararemos a la noche, cuando necesites descansar; estos asientos no están diseñados para dormir en ellos. Pero ahora, si quieres, puedes reclinar el tuyo e intentarlo; ya controlo yo la conducción por si se cruza algún animal.

—No tengo sueño. Prefiero que me expliques el porqué de este repentino viaje.

Marcus se volvió hacia ella en el asiento para mirarla directamente y empezó a hablar. Le relató que Francis estaba estudiando las fases de la existencia humana: vida propiamente dicha, muerte y posible resurrección. Llevaba

siglos trabajando en su laboratorio. Tenía contactos en el gobierno de los vivos que le suministraban fondos para disponer de todo el material y tecnología necesarias. Cuando Marcus terminó su formación, pasó largas temporadas ayudándolo en su investigación. Francis creía que después de la tercera fase, podía existir otra más, otra evolución que permitiera cerrar el ciclo. Siempre decía que tenía que encontrar el camino que llevara a esa hipotética cuarta fase. Y la clave, pensaba, estaba en el cerebro, que era el único órgano que se mantenía intacto en las tres fases. Recientemente le contó que tenía que hacer un viaje a la zona de los vivos para solicitar unos permisos para nuevos experimentos. Fue en ese viaje cuando lo quemaron.

Pararon para hacer noche en el camino y montaron la tienda de campaña. Irina estaba agotada, había dormido tan solo una hora en el coche, pero su interés por saber más de Marcus era mayor que su cansancio. Empezó preguntándole por sus libros, por sus conocimientos; tenía curiosidad. Marcus fue contestando, pero un tema derivó en otro y terminaron hablando sobre formas de sentir en la vida y tras la muerte. Irina percibió que Marcus, como revivido, tenía una forma diferente de experimentar la existencia. Quizá

porque su concepción del tiempo vital estaba un paso por delante de la del resto de los seres humanos, de los mortales al menos.

—Cuando estás vivo, sabes que un día morirás y ya no habrá nada más. O lo habrá, como revivido, pero revivir no es más que una especie de muerte consciente, no es vida realmente. Aun así, como vivos tenemos un miedo constante a ser nosotros mismos, a expresarnos. Como si fuéramos a tener otra oportunidad. Sin embargo, no habrá otra oportunidad. Es siempre el ahora o nunca. Esto te es claro cuando eres un revivido y puedes repasar tu vida de antes, hacer balance. Te das cuenta de todo, absolutamente todo lo que podrías haber hecho mejor. Sobre todo en el amor, que, a fin de cuentas, es lo único importante.

—¿*El amor*? —preguntó Irina con interés.

—Sí, es lo único que de verdad da la felicidad: amar y ser correspondido, de pleno. Es lo que te llevas contigo. El resto no es más que lastre.

—Pero ¿y si nunca se da en tu vida esa coincidencia?

—Quizá es entonces cuando te conviertes en un gusano: se te es otorgada así una segunda oportunidad —respondió Marcus mirándola a los ojos.

Ella le devolvió la mirada llena de duda: no sabía si hablaba en

serio o con ironía. Él no sonrió. Ella sintió que quería añadir algo, pero justo en ese momento les sorprendió el sonido de la alarma de carga del vehículo: había luz suficiente para comenzar la marcha.

Reanudaron el viaje. A poco Irina se quedó dormida en el asiento. Marcus no dejó de observarla el resto del trayecto, hasta que casi ya al final del mismo, se despertó. Ningún vivo lo había tratado antes con tanta naturalidad como ella. Y tenía una curiosidad insaciable; le recordaba a sí mismo cuando había estado vivo. Era especial. Probablemente carecía de la serenidad y el equilibrio necesarios para expresar sus sentimientos. Pero estaban allí, pugnando por salir. Marcus sintió que una vieja emoción que creía ya olvidada para siempre, la que suscita el amor, empezaba a inundarle por dentro, de una forma tan brusca que superaba su autocontrol.

Casi a punto de llegar, Irina no pudo aguantarse ya más y le contó su reciente ruptura. Sentía la necesidad de hacerlo desde el momento en que Marcus le había comentado su visión del amor. Habló de sus distintas parejas y de cómo se habían deteriorado las relaciones. Si bien en el aspecto físico no había queja alguna, era la propia percepción del amor lo que fallaba. Irina se había dado cuenta de que la última conver-

sación le había aclarado mucho lo que en realidad ella necesitaba: ser correspondida de pleno. Tan sencillo. Nada más ni nada menos. Por su parte, Marcus sintió confirmada su percepción de que ella era especial, que su juventud no guardaba relación alguna con su experiencia y su capacidad para comprender los sentimientos. Con esta confianza, Marcus tuvo pleno convencimiento de lo que sentía por ella.

Cuando llegaron a destino, abandonaron el vehículo y realizaron los dos kilómetros restantes caminando por una vaguada seca. Al paso que impuso Marcus, no tardaron en llegar. La entrada al laboratorio estaba oculta tras un sistema de camuflaje de espejos. Marcus introdujo la contraseña y abrió la puerta. De inmediato se quedó quieto. Le puso una mano en el hombro a Irina, deteniéndola. Era la primera vez que contactaban físicamente. Ella tuvo una extraña sensación: deseó que ese instante perdurara. Sus ojos al mirarla también expresaban algo nuevo que no pudo identificar. Marcus estaba muy cerca.

—Hay alguien más en las instalaciones. Vivos —susurró.

—¿Cómo lo sabes?

Pero también ella se dio cuenta de inmediato. Toda la zona estaba iluminada, y los revividos apenas necesitaban luz para ver. Marcus

asintió dando a entender que había seguido su pensamiento. Le hizo un gesto para que aguardase, temía un desenlace con violencia, pero ella negó con la cabeza. Nuevamente se miraron y en los ojos de Marcus, además de preocupación, había amor. Irina lo notó entonces, con absoluta certeza. Ella le devolvió la mirada y ambos se sintieron conectados por ese sentimiento. Marcus accedió con un nuevo gesto de la cabeza: entrarían juntos.

El laboratorio era enorme, una nave llena de camillas, instrumental y armarios. Al fondo había una oficina, y en ella, sentado delante de un ordenador, estaba Robert Brugant, el acusado, el hombre vivo al que tenían que defender. Irina y Marcus se acercaron. Alertado por sus pasos, Brugant levantó la vista del monitor. No se movió, esperó a que llegasen a la oficina y entrasen.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Marcus.

De un despacho interior apreció un segundo hombre armado con una pistola. Apuntaba a Irina. Brugant cogió del suelo un lanzallamas al tiempo que decía:

—Qué suerte la nuestra que vamos a matar dos pájaros de un tiro.

Todo ocurrió muy deprisa.

Marcus se abalanzó sobre el hombre armado y lo empujó, ha-

ciéndolo salir despedido hacia atrás unos metros. Saltó entonces por encima de la mesa justo en el momento en que Brugant lanzaba la primera llamarada. Antes de que pudiese apuntarle, lo golpeó en la nariz con tanta fuerza que se la hundió en el cráneo, provocándole la muerte en el acto.

Sonó un disparo.

Marcus se volvió hacia el hombre armado, que, desde el suelo, le estaba disparando. Corrió y le destrozó la cabeza de dos patadas. Pero ya era tarde: Irina yacía en el suelo, con una mancha de sangre en el pecho. Marcus se arrodilló a su lado. La bala le había perforado el corazón: se estaba muriendo. Se miraron. Ella lo sabía. Marcus buscó con la vista, pensaba que tal vez una intervención. Pero no había ninguna posibilidad.

—No hay tiempo —dijo Irina con un hilo de voz.

Se cogieron de la mano.

—Marcus...

—Te esperaré por toda la eternidad —le susurró él abrazándola.

Marcus estaba delante de una tumba.

Cada seis meses hacía aquel viaje. Se llevaba un libro para leerlo en voz alta de principio a fin. Hacía veinte años ya que frecuentaba la zona de los muertos, el lugar donde reposaba Irina.

Muchas cosas habían cambiado

en ese tiempo.

Francis había descubierto algo extraordinario, ahora se sabía: que el cerebro de un revivido podía trasplantarse a un cuerpo vivo. Pero esto planteaba problemas éticos considerables. Al parecer, la empresa del gobierno de los vivos con la que colaboraba se interesó por este hallazgo y decidió instalar inhibidores en los ataúdes. La intención era seleccionar quiénes tendrían la posibilidad de revivir en un futuro para extraerles los cerebros e implantarlos en cuerpos de vivos. Francis quiso impedir esto y lo quemaron. Cuando Irina y Marcus llegaron aquel día al laboratorio, Robert y su camarada estaban destruyendo todos los registros de Francis. Luego tenían previsto darle caza a Marcus y quemarlo. Los propios implicados en el complot habían sacado a Brugant de la prisión mediante fianza para que terminase el trabajo.

Una vez que Marcus destapó toda la trama de la empresa del gobierno, cambiaron muchas cosas. Se creó un comité multidisciplinar para comenzar a romper barreras e intentar una vida en común entre revividos y vivos. Ahora él formaba parte de un grupo que estudiaba la creación de cuerpos biológicos *in vitro* que permitirían trasplantar los cerebros de los revividos.

Un nuevo paso evolutivo

para los humanos.

Sobre las circunstancias que determinaban quién revivía y quién no, aún era un misterio.

No le importaba.

Tenía tiempo y un objetivo.





ANDREA VALEIRAS

Andrea Valeiras es periodista, consultora de comunicación y doctora en literatura, con una tesis sobre Alicia en el País de las Maravillas. Queda claro que lo suyo son las historias. Ha leído muchas, ha escrito bastantes y, de momento, ha publicado unas cuantas: el microrrelato Toc-Toc en la antología Pánico (La Imprenta, 2021) y varias historias cortas: Lady Christmas en la antología Terrorífica Navidad (Aullidos Ediciones, 2021), Ovejas, en la antología Cuentitis Aguda (editada por Michel Gallego Guillen, 2022) y próximamente El ascenso en la antología Hopepunk de Droids and Druids. Espera que la lista siga creciendo con los proyectos que tiene a medias y van cogiendo forma en las notas de voz de su móvil y con las dos novelas que buscan casa mientras duermen en el disco duro de su ordenador.

EL UNBOXING DE PANDORA



¡Hola Deidades y Mortales! Muy buenas a todos. Para los que no me conocéis soy Pandora y, como cada semana, os cuento cositas mediante una representación teatralizada con una sola autora, directora y artista: yo.

Antes de nada, como siempre, una reverencia y un agradecimiento a nuestro dios favorito, que hace posible que podáis ver esto desde dondequiera que estéis, gracias a su red de proyecciones, Hermes-Net. Gracias guapo, un besito para ti.

Hoy os traigo algo muy, muy especial. Y es que finalmente me he decidido a abrir esto. Muchos habréis reconocido esta caja, que aparece siempre de fondo en mis historias. Me habéis preguntado una y otra vez por ella y creo que es el momento de enseñárosla y contaros qué hay dentro... Cuando lo sepa yo. Así es, vamos a descubrirlo juntos. Aunque esta cajita lleva ya un tiempo conmigo, todavía no la he abierto y, como anuncié ayer en mis redes, lo haré hoy en directo y podremos comentar las cositas que contiene. Porque estoy segura de que deben de ser maravillas dignas de los dioses.

Antes de nada, quiero aclarar que esto no está patrocinado. La caja fue un regalo, sí, pero me pidieron que no la abriese. El mismísimo Zeus nos la trajo a Epimeteo y a mí el día de nuestra boda.



Mi maridín no se fiaba, claro. Los que me seguís desde hace tiempo ya lo conocéis del *tag* de pareja que hice en las Afrodiasias hace unos meses. Mi cuñado Prometeo estaba bastante mosqueado con el regalo y nos dijo que no nos fiásemos pero a ver, él tiene problemas con Zeus y bueno... No es lo que se dice un opinador objetivo. Que yo le quiero mucho y espero que vosotros también, gracias

a él tenemos el fuego y podemos estar calentitos en las tardes de lluvia y frío con nuestros planes de teatro y *chill*. Y, por supuesto, también ha permitido que existan opciones gastronómicas muy interesantes, como los asados de pescado de mi amigo Agis de Rodas. De verdad, no dejéis de ir a su restaurante, todo está buenísimo y tiene un don especial para las presentaciones. He visto artistas comerse las sardinas frías a porque habían estado retratando el plato. Ojalá hubiera una forma más rápida de inmortalizar las cosas bonitas. Apolo, que sé que me ves siempre, si se te ocurre algo podemos colaborar, mándame un mensaje por Hermes-senger y lo hablamos.

Y eso, que por respeto a mi cuñado hemos dejado la caja bien cerrada y la usamos solo como elemento decorativo, le da un punto exótico al salón. Esto no lo encuentras ni en los mercados del Dípilon. Que cuando decimos que es « divina », va en serio. Y evidentemente ahora tiene el encanto de lo prohibido. No os voy a mentir, la hubiese abierto allí mismo, antes de tomar los diples y todo. Pero una promesa es una promesa y tiene que durar al menos un poco. Hace un año y dos meses de nuestro aniversario, que además lo celebramos en una de las villas de Dionisio, de nue-

vo gracias por organizarnos una velada tan memorable que casi la olvidamos. De verdad, el vino que consigue este dios es de otro mundo.

El caso es que ha llegado el momento de abrir esta maravilla. En mi Meceneon había dejado la encuesta para que mis mecenas votasen por lo que creían que contenía. Estas eran las opciones:

A. Un vale por una cita con Zeus (embarazo opcional recomendable)

B. Una botella de Ambrosía Gran Reserva

C. Las llaves del carro de Ares

D. La bendición de Hera a nuestro matrimonio

Los resultados dieron como vencedora a la opción A, con un 69% de los votos. No obstante, creo que Zeus no ofrece esas cosas, las toma él mismo. El que su objeto de deseo esté interesado o no, no es asunto suyo. Así nos va. Algún día le haremos pagar por todo lo que ha hecho y sigue haciendo con total impunidad, pero necesitamos ser respaldados. Debemos unirnos todos, hombres y mujeres víctimas de los no tan encantadores encantos del padre de todos, con perdón de nuestros amigos del norte. Estoy preparando un vídeo sobre ese tema con una invitada muy importante, de momento no puedo decir nada,

pero es una de las colaboraciones más grandes que se han hecho entre mortales y dioses... Y ya he dicho demasiado. Si no os lo queréis perder, subscribíos para que Hermes os haga llegar las notificaciones importantes, o hacéis mecenas para tener contacto directo conmigo y muchas otras ventajas. Príapo, no ese tipo de contacto, deja de intentarlo o expondré las ánforas que me has hecho llegar, con esos dibujitos tan explícitos. Espero que aquí dentro no haya material... sensible. Esta emisión es para todos los públicos.

Primero veamos la caja por fuera: tiene un tamaño mediano, no está mal. Madera noble y estos lacados en azul y blanco que me recuerdan al mar... Pero lo más sorprendente es que no pesa nada. ¿Sabéis? Todas las veces que la he tenido en las manos, desde la boda, el peso ha oscilado de un extremo a otro: o es tan ligera como el aire o pesa tanto que no soy capaz de sostenerla. Es muy curioso porque, como veis, está bien sellada: ni Epimeteo ni yo la hemos abierto, podéis creerme. Pero fijaos en qué pasa si la agito, escuchad. ¿A qué creéis que suena? A mi marido le da escalofríos: dice que suena como si algo estuviese arañando la caja por dentro, intentando salir. Da miedo, ¿eh? ¿Qué puede haber aquí encer-

rado que a veces pese y a veces no y que haga el ruido justo para demostrar que está ahí pero sin oponer más resistencia que esa, sin tratar de abrir la tapa?

Cuando anuncié el unboxing ayer, el paranoico de Prometeo se presentó en casa y me llamó de todo, desde niñata irresponsable hasta agitadora de las desgracias que condenarán a la humanidad. Está convencido de que dentro de esta inocente caja hay cosas que destruirán nuestra realidad y que será culpa mía que estas campen a sus anchas. Intentó disuadirme, suplicándome que lo dejase estar, que no condenase al mundo a los designios de dioses vengativos, que no les dé más poder del que ya tienen. No os imagináis las barbaridades que insinuó que podía haber dentro. Todo tipo de males y desgracias. Se marchó dando un portazo y gritando que yo misma soy un castigo peor que cualquier maldad que se les haya ocurrido a los Olímpicos, dispuesta a arriesgar a todos los mortales por un puñado de visualizaciones. Estaba realmente alterado.

Ya sabéis que yo soy más realista que mi cuñadín, así que mi apuesta es que aquí dentro hay un inanimado peine de oro, probablemente perteneciente a Hera, lo cual nos metería en problemas. Sí que sería plausible que Zeus nos hubiese tendido una trampa,

para que su mujer creyese que le habíamos robado algo valioso y arremetiese contra nosotros con toda su furia. Así, de paso, la tendría distraída para seguir con sus aficiones sin ser molestado. Al fin y al cabo, somos los juguetes de los dioses, carne de entretenimiento y moneda de cambio en sus caprichos lujuriosos y bélicos.

En fin, creo que es hora de descubrirlo, ¿no? Vamos a ver qué hay aquí...

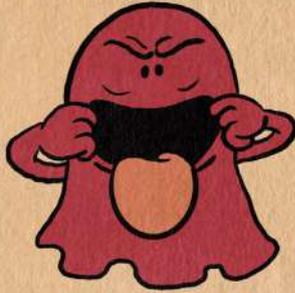




CARLOS RUIZ

Cosecha del 87. A caballo entre Euskadi, Escocia y la montaña palentina, pueden encontrar mis relatos y artículos en las siguientes revistas y antologías: Círculo de Lovecraft, Plumabierta, Pulporama, Droids & Druids, Retazos de Ficción, Al Azkena se va y punto, De locos y sombreros, Una navidad de locos, Entre mitos y pesadillas, La bastarda posmoderna, Revista Exogénesis, El Yunque de Hefesto y Caliope Fanzine, más algunos de próxima aparición. También me han radioaficionado relatos breves en podcasts como Territorio Extrañer, Noche de Terror, Navidad de Terror, En el espacio de un tiempo y Dimensión Misterio. Pueden encontrarme en Twitter/X e Instagram como: @lord-charlie87

DE SERES Y ENTES



No puedes verlo, pero lo sientes a tu espalda, observándote, alimentándose de ti. No es el hombre invisible que ideó H.G. Wells ni tampoco es un fantasma de sábana blanca arrastrando cadenas por un lóbrego castillo, ululando míseramente para helar la sangre de los vivos. Este tipo de monstruo, entendiendo el término como el antagonista principal del cuento de horror, quedó ciertamente desfasado en algún momento del siglo XIX. Quizá me pase de frenada por un par de años y me perdonarán que cite al mismo autor dos veces en un párrafo, pero el propio H.G. Wells lo merece. En 1902 publicó «El fantasma inexperto», relato que comienza en el clásico club de caballeros que cuentan historias. Pues bien, uno de esos asistentes narra la cómica experiencia de encontrarse al espíritu de un chaval de quince años vagando amenazador por su casa. O intentándolo, al menos. El fantasma tiene bigotillo, acné, y es terriblemente malo en su trabajo de asustar, tanto que cuando acaba la jornada y vuelve al redil, los fantasmas veteranos se mofan de él. El propietario de la no tan encantada casa intenta consolarlo, dándole palmadas de aliento en la espalda, pero no hace más que atravesarlo. El relato cómico se torna en trágico cuando el hombre intenta emular ante sus colegas los mismos gestos y señas que las manos del fantasma efectuaron para volver al más allá. Los memorizó demasiado bien, pues efectivamente logra abrir las puertas, y cae muerto en la alfombra para horror del resto. Wells establece en este relato dos verdades: que el fantasma como elemento

aterrador había vivido mejores tiempos, y que en efecto hay un más allá, pero no es accesible para todos. Hay una criatura en la que se reformularon las características básicas del fantasma, no como sucedáneo, sino como su evolución. Estudiaremos las peculiaridades del ser tal como se plasmaron en los siguientes relatos.

«¿Qué es eso?», de Fitz James O'Brien (1859)

Tenemos una casa encantada por un poltergeist travieso, tanto que ni los espiritistas consiguen domesticarlo. Y naturalmente tenemos también al grupo de investigadores, que se establece en el hogar porque, bueno, es lo que hace una historia efectiva. O'Brien deja que el relato avance lenta y distendidamente, entre conversaciones de Harry, el narrador, con su amigo Hammond. «¿Cuál es el rey de los terrores?», se preguntan, sin lograr ponerse de acuerdo. Una noche, cuando Harry se prepara para acostarse, algo cae del techo e intenta estrangularlo con unas manos pequeñas y huesudas. Harry no puede verlo, el ser resulta tangible pero invisible. Consigue vencerlo y atraparlo hasta la llegada de Hammond, mientras aquello no deja de revolverse. Tras atarlo a la cama, concluyen que respira y que es aproximadamente del tamaño de un chico joven. Simplemente dejándolo caer sobre el colchón, advierten el impacto de su cuerpo. La cosa es sólida, pero no se presenta ante sus ojos. Hammond lo compara con la transparencia del cristal, añadiendo que «no es teóricamente imposible fabricar un cristal que no refleje ni un solo rayo de luz». Están ante algo indudablemente vivo, que se agita y probablemente tenga apetito. Su estructura corporal es humanoide, como determina el tacto y el posterior molde de escayola que obtienen tras narcotizar a la criatura. Su rostro es horrible más allá de la esperanza, lo que Harry imagina que es lo más próximo a un demonio del averno. No toca ninguna de la comida que le ponen delante en días sucesivos. Sin soltar sus ataduras, observan cómo aquello, cada vez más débil, exhala su último aliento. Una vez libre la casa de sus travesuras, Harry y Hammond entierran el cuerpo invisible en el jardín.

«El Horla», de Guy de Maupassant (1886)

Probablemente el legendario autor francés se inspiró en el relato anterior para escribir una de las historias de terror más populares que existen, una habitual de las antologías. Existen al menos tres versiones diferentes del cuento. Me he basado en la editada en Alianza Cien nº31 ya que, en contraste a la que aparece en Miedo en el cuerpo: 25 años de

terror con Valdemar, de la editorial homónima, me conviene más. Es, esencialmente, mejor y más completa. Las penurias de nuestro protagonista, cuyo nombre nunca conocemos, comienzan cuando un barco brasileño atraca en el puerto de su ciudad. Esto le produce gozo al principio, ya que disfruta de una vida complaciente a orillas del Sena, filosofando sobre el misterio de lo invisible y los cambios que produce en su estado de ánimo. Poco a poco va sintiéndose enfermo. Sus síntomas son fiebre, aprensión, inquietud, y una pesada presencia sobre el pecho. Nota una leve mejoría durante un viaje y disfruta de las vistas desde una iglesia en lo alto de una colina. Conversando con el cura, hablan de la posibilidad de que en este mundo convivan seres distintos de nosotros, a los que no podemos ver ni mucho menos explicar, y sin embargo están ahí, de la misma forma en la que el viento es invisible, y sin embargo sopla con una fuerza descomunal. Al regresar a casa, los síntomas reaparecen. Durante la noche, siente como si algo le sorbiera la vida del cuerpo a través de los labios. Pero el verdadero horror llega al despertar, cuando la botella de agua sobre la mesa está vacía. La presencia solo bebe líquidos, desestimando la comida que nuestro anfitrión le deja casi inadvertidamente. Los fenómenos se van sucediendo a la par que la sumisión de su voluntad, mientras su cuerpo sufre una debilidad extrema. Y los periódicos hablan de una epidemia de locura en Sao Paulo, de donde procede el hermoso barco atracado tan cerca de su casa. Los fantasmas son una creación humana para explicar lo intangible, pero este ser dista mucho de serlo. «¿Qué eres?», grita enloquecido nuestro protagonista. Y el viento le devuelve un nombre. El Horla... el Horla. Un ser nuevo, por encima del animal y el hombre, evolutivamente superior a todo, y quizá no sea nuevo, quizá siempre haya estado. Aparece frente al espejo como una transparencia opaca. Acaba encerrando al Horla en la casa a la que prende fuego, quemando así mismo a sus criados. Pero aquello no puede morir, por lo que solo concluirá cuando cometa suicidio.

«El engendro maldito», de Ambrose Bierce (1894)

El amargo y cáustico Bierce sitúa su cuento en mitad de un juicio, con un cadáver sobre la mesa. Su compañero narra el suceso ante el juez y una audiencia poco crédula. Ambos estaban de caza cuando perciben un movimiento extraño de algo invisible, algo que grita. Encontró el cuerpo sin vida, testifica el superviviente, cubierto de hematomas y la piel hecha jirones. Examinando el diario del difunto, las últimas

anotaciones revelan que llevaba varios días advirtiéndolo al engendro a su alrededor. Hay huellas que no pertenecen a ningún cuadrúpedo conocido. Se observan ecos de «El Horla» en la desesperación del cazador. Concluye que, al igual que algunos animales producen sonidos inaudibles para el hombre, también debe haber colores a ambos extremos del espectro luminoso que el ojo no percibe en su totalidad. Y el engendro maldito, forzosamente, es de uno de esos extraños e imposibles colores. Probablemente, este relato inspiró a H.P. Lovecraft para «El color que cayó del cielo».

Encuentros con entidades

Mi teoría es que estos tres autores encontraron algo que no podían racionalizar del todo, aunque extrajesen unos relatos francamente buenos. O'Brien, que llegó a capitán del ejército unionista durante la Guerra de Secesión, murió a los 33 años. Maupassant cayó preso de la locura y las alucinaciones, sintiendo miedo de sí mismo, y acabó falleciendo en el sanatorio a la edad de 43 años. Bierce sí que tuvo una vida más larga, pero no por ello su final está exento de controversia. Desapareció entre 1913 y 1914 en México, donde a sus más de setenta años se había unido al ejército de Pancho Villa. Hay seres entre nosotros que no podemos explicar, y aquellos que lo intentaron fueron prisioneros de su maldición. No son fantasmas, no son espíritus, son un peldaño evolutivo superior. Se alimentan de nuestras almas. ¿Existen fuera de la literatura, pueden llegar hasta nuestro mundo moderno? La respuesta es: por supuesto que sí.

Culver City, California, 1974. Doris Bither, una madre soltera que vivía con sus cuatro hijos, contacta con Gaynor y Taff, investigadores de lo oculto. Cuenta que en su casa se sucede la actividad de tipo poltergeist; objetos que caen, luces anormales, olor a azufre y puntos donde la temperatura desciende bruscamente. Doris afirmó que se producían ruidos violentos y voces extrañas, algo que fue corroborado por sus hijos. Lo más llamativo del caso es que ella creía firmemente que aquel ente la había agredido y violado. Gaynor y Taff ofrecen las fotografías de orbes luminosos como única evidencia, efectuadas con una Polaroid, cuyo revelado nunca estará exento de errores. Los fenómenos se manifestaban cuando Doris estaba dentro de la casa, y fueron decreciendo a medida que la investigación avanzaba. Sin embargo, la solución al enigma no estaba en el domicilio, sino en la propia Doris. Tuvo una infancia traumática en un hogar con violencia doméstica y

un posterior abuso de sustancias cuando era adolescente. Se explotó comercialmente el caso con una novela de la que saldría el clásico del cine de terror ochentero *El Ente* (1982). Doris continuó experimentando visitas de este y otros seres hasta su muerte en 1999, aunque para entonces ya no se la tenía mucho en cuenta. La forma de contar estos casos en lo que la parte interesada expone los hechos siempre resulta en una exageración y deformación de la realidad. Véase *Amityville*, *Enfield*, y otros casos del matrimonio Warren que tantos buenos momentos nos han dado en el cine.

En conclusión, los seres y los entes no son fantasmas. Se los invocó en la literatura cuando necesitaron renovar el género, y quizá alguno de ellos fue demasiado lejos. Al fin y al cabo, el fantasma puede ser desterrado al más allá. Pero cuando no hay un más allá al que volver, las presencias extrañas pueden volverse fatales. Décadas antes de que la parálisis del sueño tuviese un nombre, el hombre del sombrero, la vieja y otros seres de sombra podían abrir la puerta del dormitorio y colarse a través de una rendija. Y allí se quedarían toda la noche, mirándonos con esos ojillos rojos y extendiendo lentamente una mano hasta tocar la sábana. Dicen que escribir sobre ello los ata al papel y les impide salir de él, y eso es bueno, porque no quiero que entren en mi casa y me absorban la vida. Pero también se dice que quien lo lee puede atraerlos, así que tened cuidado cuando apaguéis la luz. A veces no se van nunca.





ROSA N. MORILLO

Rosa N. Morillo (Badajoz, 1992) es enfermera de hemodiálisis, lo que no le ha impedido seguir cultivando sus dos grandes pasiones: la lectura y la escritura. Se decanta por relatos de corte fantástico, terror y, en ocasiones, ciencia ficción. Ha publicado relatos en la revista de fantasía *Windumanoth*, en *Círculo de Lovecraft*, y en *Pulporama*. Actualmente se dedica a publicar contenido a través de la plataforma *Lektu*, donde están disponibles los relatos “La Hija del Conde” y “Háblame de Fabiola”. Otras de sus historias, “Era nadie” y “La Reina de las Ratas” han sido ficcionadas en el podcast *Cuentos del Bosque Oscuro*.

Puedes encontrarla en Twitter/X y BlueSky como @23SniperWolf.

CATARSIS

-I-

Al final me había decidido a ir por la casa y, aunque para cuando el Uber nos recogió en la estación de tren ya había comenzado a arrepentirme del viaje, desde el momento en el que el conductor nos abandonó en el camino de la finca supe que había hecho lo correcto.

La buganvilla devoraba los altos muros de mampostería, atrapados entre flores oscuras que ascendían hasta la segunda planta, mientras tapizaba a su paso los postigos abiertos de las ventanas y la baranda de escayola blanca. Había hortensias por todas partes, como una alfombra de azules y malvas que ascendía junto al sendero, bordeado con piedras de arroyo. Me fijé en la fuente, pequeña, de granito, levantada antes de llegar al porche; se notaba que habían aprovechado la estructura de un pozo tapiado para construirla, y la hiedra trepaba por el viejo arco de madera, salpicadas sus hojas con las gotas minúsculas del surtidor, que esparcía el viento



suave de principios de otoño.

—Vamos, Beck, que estoy muerta de hambre. A ver qué nos tienen preparado para desayunar.

Natalia me sacó de mi ensueño con ese apodo horroroso que me había puesto. Parpadeé, mientras mis ojos sensibles se acostumbraban a la potente luz del sol. Me subí las gafas de pasta negra sobre el puente de la nariz con un dedo, en un acto reflejo que comenzaba a convertirse en un tic, y que cada vez me costaba más contener.

Había pocas cosas que pudieran desentonar más en ese entorno que Natalia. Chirriaba en medio de aquel hermoso jardín decadente: su vestido blanco, ajustado, de encaje falso, en aquel aire bohemio que había engullido la moda rápida; el sombrero de paja festoneado con una cinta de raso en crudo; las botas estilo vaquero, rojas, rematando sus largas piernas de bronceado de cabina. Era todo mechadas rubias y sonrisa blanqueada. Pero yo sabía dónde me había metido, cuáles eran las condiciones de aquella escapada de fin de semana. Me eché la mochila de viaje al hombro y comencé a ascender por el camino tras ella, en silencio. A lo mejor, si me concentraba lo suficiente, podía ahogar su verborrea insustancial con el trino suave de los pájaros.

Catarsis había nacido como un

retiro para mujeres artistas, o al menos así lo había anunciado Dina, la gurú de arte que había fundado la marca. Se suponía que era una experiencia completa: naturaleza, actividades al aire libre, talleres creativos y todos esos rollos. A mí me gustaba mucho Dina; seguía su cuenta en una red social de fotografía porque me intrigaba su arte: se dedicaba a pintar ojos, sobre todo, además de algún retrato suelto. Y en aquellas miradas disparejas, esbozadas entre pincelada y pincelada —porque Dina pintaba a la antigua, con sus lienzos, óleos y toda la parafernalia—, a veces encontraba cosas. Conseguía que se moviera algo dentro de mí.

Yo conocía a las otras participantes del fin de semana por sus redes sociales, claro. Natalia, que había compartido conmigo el tren desde Madrid, se dedicaba a subir vídeos de viajes por playas paradisíacas en países tercermundistas. Lo tenía todo: el físico, el carisma, ese aire de animadora de instituto americano que nos venden en las películas, que generaba admiración y envidia a partes iguales. También estaba Lara. Creo que se dedicaba al diseño gráfico, pero había triunfado haciendo contenido de maquillaje. Había visto algunos vídeos suyos en horas muertas; estaba segura de que su éxito rad-

icaba en su carácter alegre y, sobre todo, en que tenía un aspecto corriente. No iba de diva de internet, así que imagino que para las chicas detrás de las pantallas nos resultaba más fácil empatizar con ella.

Lara nos esperaba sentada en las escaleras del porche, con su maleta de cabina a los pies, envuelta en un vestido de gasa verde menta y con unas sandalias doradas, poco adecuadas para transitar por el campo. Se estaba haciendo un autorretrato con el móvil; me di cuenta de que todas se habían ataviado para la ocasión, y de repente los vaqueros negros y el top de tirantes que llevaba yo bajo la camisa abierta comenzaron a parecerme demasiado informales. Eso por no hablar de las viejas deportivas, compradas en un rastro muchos años atrás, que era incapaz de sustituir al no haber encontrado un digno rival para su comodidad. No dejaba de fascinarme ese estilo de vida, en el que cada instante debía ser compartido para su público exigente. Ciertamente, nunca había estado tan cerca de la fuente de origen.

—¿Solo venimos nosotras? — Lara no saludó; resultaba obvio que Natalia y ella se conocían, y que seguramente llevaban enviándose mensajes todo el viaje—. Pensé que había cinco pla-

zas.

—Dina me dijo que también contaba con Emma, y creo que ha convencido a Bego, la del podcast ese de libros. Por cierto, ella es Rebeca —Natalia me señaló con el pulgar, con desdén mal disimulado—. Cuenta candado.

—Encantada —Lara me sonrió, aunque ni siquiera me estaba mirando. «Cuenta candando» significaba que no existía en su universo, que era invisible, así que resultaba lógico que no se interesara, pues no tenía detrás de mí una legión de seguidoras para anexionar a la suya.

—Igualmente —respondí, y dejé caer la mochila junto al pozo, aburrida de ellas antes de empezar a conocerlas. Sabía que era culpa mía, porque me pasaba con la mayor parte de la gente. No era un secreto que hacer amigos no formaba parte de mis virtudes.

—Ven, Nat, vamos a hacernos un *selfie* delante de la casa. Les va a encantar.

Se pusieron a hacer piruetas en las escaleras del porche, en esas poses imposibles dignas de alguna modelo de web de ropa, y yo cerré los ojos para disfrutar del calor que acariciaba mis mejillas. Odiaba la ciudad, tan gris, carente de alma; el contraste de ocres del bosque de alisos que rodeaba la casa me envolvía como una hoguera, calentándome el corazón. Y si el precio que tenía

que pagar por ese pequeño rescoldo de libertad era soportar a un puñado de chaladas con sus fotos y micro vídeos de segundos, estaba dispuesta a hacer el sacrificio.

pesados del mundo del entretenimiento?. Con su rebeca larga, con la melena rubia salvaje y ese aire de Stevie Nicks de los 2000, aparcó el Seat Ibiza en la entrada



Las otras dos chicas tardaron casi una hora más en llegar. Yo saqué el cuaderno de esquinas dobladas y mi lápiz mientras esperábamos; nunca se me había dado muy bien dibujar, pero no por ello dejaba de intentarlo. Sobre todo, porque en el trazo de las líneas encontraba espacio para pensar. Esboqué un manojo de hortensias sobre la hoja punteada; el papel no estaba diseñado para pintar, aunque la verdad era que no lo había comprado con ese fin.

Emma fue la siguiente en acudir a la cita; también la conocía. ¿Y cómo no, si todas ellas eran pesos

del camino. El coche era nuevo, recién salido de concesionario. Las cuentas de su blusa destellaban a medida que se aproximaba, chispeando tan alegres como sus bonitos ojos castaños. Hasta donde yo sabía, tenía un canal de paganismo, brujería Wicca y esas cosas, y hacía rutas por el bosque. Al menos ella tendría un poco de conversación interesante, aunque una parte resentida de mí susurraba que sería una pose, que en cuanto sacase un par de temas profundos descubriría que su cabeza estaba tan vacía como la de Natalia o la de Lara. Emma me

abrazó como si nos conociéramos de toda la vida, y no pude evitar tensarme ante su contacto. Ni siquiera con eso logré borrarle la sonrisa.

La última en desgracia de todas nosotras era Begoña Segador y, si la buscabas en internet, era fácil descubrir que en realidad tenía dos programas: uno sobre libros y otro en el que leía cuentos, poemas o fragmentos de novelas. Era lista, y tenía una voz preciosa; me había quedado dormida muchas noches escuchando las historias a las que daba vida. También era la mayor de todas nosotras. Había venido en taxi y, menos acostumbrada que las demás al circo público al que se sometían, vestía como un ser humano normal y corriente: vaqueros, jersey lavanda fino, botas de escalada. Sin embargo, Begoña hacía trampas, pues no necesitaba nada más. Su rostro ovalado, tan simétrico; su melena corta, espesa y oscura; el hoyuelo en la mejilla cuando sonreía. Apenas llevaba un poco de labial rojo, traslúcido. Casi sentí el impulso de ayudarla con su maleta, pero, al percibirla más cercana que las otras me resultaba aún más difícil aproximarme.

—Hola, chicas —saludó con la mano, con una sonrisa que habría roto corazones— ¿Dina no ha llegado todavía?

—Qué va —había fastidio en la

voz de Natalia, que le había devuelto la sonrisa por encima de un hombro moreno—. Dijo que a las diez, ¿no? Pues son y media ya, no sé.

—Suerte que todavía hace calor —murmuró Lara, frotándose los brazos—. Si no, nos habríamos congelado aquí fuera. Odio la humedad del norte.

Mientras más las escuchaba, más fuera de lugar me sentía. Cada conversación, pequeña, informal, me suponía una agonía mayor de lo que hubiera deseado reconocer. Estar allí plantada, en mitad de esa gente familiar, pero a la vez desconocida, me resultaba extenuante. Sabía que todas ellas se hacían en silencio la misma pregunta: *¿Y esta qué hace aquí?* Y, poco a poco, llegaban a la conclusión, a la única respuesta posible: Catarsis era una experiencia cara, más aún en aquel primer encuentro. Había tenido que vender un montón de cosas personales para estar allí; recuerdos que se esfumaron en tiendas de segunda mano. Lo cierto era que, aunque intentara engañarme disfrazándolo de escapada a la naturaleza, aunque los vídeos de los jardines y la casa estuvieran grabados a fuego en mi retina, la única razón por la que estaba allí era la necesidad imperiosa de conocer a Dina. Así que soporté con estoicidad sus miradas suspicaces, concen-

trada en mi cuaderno, hasta que la reja blanca del portal se abrió con un chirrido que me sobresaltó hasta tal punto que partí la mina del lápiz.

En cuanto posé mis ojos en ella supe que había merecido la pena el sacrificio. Siempre pensé que Dina usaba filtros para potenciar su belleza; sin embargo, mis pulmones se quedaron vacíos, quebrados en un suspiro, cuando avanzó con suavidad sobre los tablones del porche. Era arrebatadora. Frágil como el cristal. Su piel inmaculada casi podría haber reflejado la luz del sol. El cabello le caía largo hasta la cintura, liso, en un tono cobre tan vibrante que rivalizaba con las hojas de los árboles. Sus labios, redondeados, eran gruesos sin resultar obscenos. Las mejillas parecían terciopelo. Pero fueron los ojos de Dina los que me desgarraron el alma cuando me miró, sonriendo. Emanaban luz; por un momento pensé que podía sumergirme en ellos, respirar su verde infinito, adivinar los pensamientos que se escondían detrás. En vuelta en un kimono de seda roja,

pintado a mano con cientos de caléndulas doradas, Dina bajó los peldaños hacia nosotras, tendiéndonos sus pequeñas manos en gesto de bienvenida.



Estaba descalza. Y, cuando sonrió, la sensación cálida que anidó en mi pecho estuvo a punto de ahogarme.

—Bienvenidas a Catarsis.

—II—

Desperté porque la copa se resbaló entre mis dedos, haciéndose añicos contra el suelo. En algún lugar amanecía; lo supe porque en el techo de escayola blanco se intuía la silueta pálida de las cortinas, con un resplandor rojizo. Me costó reconocer dónde demonios estaba. Tenía la boca pegajosa, con un regusto entre amargo y dulzón, y el salón se desdibujó a mi alrededor cuando intenté incorporarme. Hacía mucho que no bebía, desde que había empezado a tomar la medicación, así que mi cabeza era un saco de porcelana rota en el que todo traqueteaba, rechinaba y se hacía pedazos cada vez más pequeños.

Las varillas del corsé se clavaron en mis muslos al sentarme; no comprendía cómo demonios había permitido que me encerrasen en semejante jaula. Retazos de la noche anterior comenzaban a acudir a mí, borrosos. Por un instante me sentí como una viajera del tiempo, arrellanada en el sofá de cuero con mis piernas enreda-

das en las de Emma, con su cabello rubio desparramado sobre los cojines de terciopelo blanco, manchados de carmín. Me estremecí al evocar el tacto suave de su espalda desnuda, el calor de sus labios en mi cuello. Tuve que levantarme, incómoda, para huir como la rata que siempre he sido. No porque me avergonzara de lo que había compartido con ella, sino porque no soportaba dar explicaciones, las muestras de afecto vacías que seguían irremediablemente a una noche de cuerpos compartidos para apagar una necesidad. Pisé sin querer los trozos de cristal, finos como arenilla.

—Joder—susurré, mordiéndome el labio para soportar el dolor. La garganta me quemaba, seca como esparto; sobre la mesita de centro había una botella de cristal vacía, y en su etiqueta amarillenta se adivinaba el dibujo de un hada de color verde. Así supe que la noche se me había ido de las manos, que el autocontrol que tantos meses me había costado reunir se había volatilizado como vapor en un baño caliente—Joder, joder, joder.

Cojeé hasta el pasillo. Las cortinas estaban descorridas; las ventanas, abiertas, y el aire matinal revolvía el polvo de los muebles antiguos, arrastrando ese aroma tan característico de los lugares que llevan mucho tiempo cerra-

dos: áspero, pero no desagradable. Iba dejando un rastro de sangre tras mis pasos. Me apoyé en la pared, respirando hondo, luchando por hacer memoria. Habíamos llegado a la casa. Y luego, ¿qué?

Ya en el desayuno nos habían dado champán, de ese rosa. Yo no habría probado ni una gota si Dina no hubiese puesto la copa en mi mano. ¿Cómo podría decirle que no? ¿Cómo le iba a explicar, obviando la vergüenza, que con las pastillas no podía mojar siquiera los labios? Pero si ella me lo hubiera ordenado habría saltado dentro del pozo, dentro del mismo infierno. Incluso pensar en Dina hacía que me marease, o quizás era que todavía estaba un poco borracha.

Luego, en el estudio de pintura, mientras mezclábamos los óleos para hacer colores imposibles, una de las chicas del cáterin había traído un carrito con una jarra y vasos largos, hasta arriba de hielo. Natalia había reído, alegre, y había llamado al mejunje «agua de Valencia». No sabía qué demonios llevaba, aunque no importaba: aquello se deslizaba por mi esófago sin que tuviera que hacer esfuerzo alguno, como si de verdad fuera agua. Jamás había sentido un deseo tan hondo de encajar, de formar parte de aquel grupo de mujeres, con sus carcajadas sinceras, con sus fotos resplan-

decientes. Un par de tragos más me habían ayudado a permitir que Lara me abrazara; incluso le había contado a Begoña que estaba intentando volver a escribir, y que había decidido comenzar con algunas historias sobre el folklore típico de mi tierra. Ella, que había escuchado con amabilidad, me recomendó un puñado de relatos que podían servir para inspirarme; cuando quise buscar el cuaderno para apuntarlos descubrí con sorpresa que Lara estaba besando a Dina en aquella boca perfecta, aferrada a su cuello como si quisiera beberse su alma. Los ojos que Dina pintaba nos contemplaban desde cada ángulo de las paredes; todas habíamos quedado petrificadas, hechizadas por el ardor de Lara, por la ternura con la que nuestra anfitriona acariciaba su cabello, igual que si consintiera los caprichos de una niña pequeña.

Incluso allí, en la penumbra del corredor, sentí la punzada de celos atenazar mis entrañas. El maldito pie no dejaba de sangrar; supuse que, si conseguía llegar hasta la cocina, que estaba en esa misma planta, lograría encontrar un trapo para limpiar la herida. Quizás, cuando estuviéramos más serenas, pudiera convencer a Emma para que me llevase a algún centro de salud de la zona a que sacaran los cristales. La otra

opción que tenía era subir al piso de arriba, a alguno de los baños, pero no me veía con fuerzas como para enfrentarme a la escalera. Me arrastré con la mano apoyada en la pared; casi me llevé por delante un viejo retrato, con el marco blanquecino de toda la suciedad que el tiempo había depositado sobre él. Miré al muchacho que habitaba en el lienzo, capturado en esa juventud eterna, maldita: el cabello negro y rizado, la blusa blanca que contrastaba con el abrigo, la perilla endureciendo unos rasgos casi infantiles. Sus ojos oscuros, resplandecientes, me recordaron a los dibujos de Dina. Dina...

Mi mente voló de nuevo al comedor, a la mesa en la que habían servido el almuerzo. No era capaz de evocar qué había comido en concreto, pero sí el vino pesado que acompañó a la carne, las flores vistosas, recogidas del jardín, que se desparramaban sobre el mantel de hilo. ¿De qué habíamos hablado? De todo y de nada. No importaba. Lara no se separaba de ella, no dejaba de enredar sus dedos insolentes en el cabello anaranjado de Dina, y cuando Natalia comenzó a competir por la atención de la pintora, entre bromas y coqueteos, sentí que crecía en mi interior una rabia oscura, que me costaba retener entre las costillas. Pero no hice nada. Nunca hacía nada. Estaba

acostumbrada a permanecer entre las sombras, observando, como el hombre invisible de aquella obscena novela que había leído de pequeña. ¿O había sido un cómic?

En la tarde, el granate del tinto se convirtió en el ámbar de un bourbon con sabor a madera, y la copa ancha se transformó en un vaso bajo de cristal de bohemia colmado de hielo. Escuchamos música tiradas en la alfombra del salón, como colegialas. En algún momento el armario de Dina se había abierto para nosotras, con aquellas prendas exclusivas de diseño. Solo alguien con profundos conocimientos en moda podría haber apreciado su valor; en nuestra ignorancia fuimos niñas con juguetes prestados, y desfilamos entre risas frente a la chimenea apagada, ebrias de nuestro ego, desnudas como brujas de un aquelarre moderno. Solo el corsé de brocado negro había logrado adaptarse a lo marcado de mis costillas, tan diferentes de las suaves curvas de nuestra anfitriona. Me habían convertido en una oscura princesa, como ellas, aunque fuera incapaz de colarme en su círculo más íntimo, de ser yo la que lamiera los hombros de Dina, repartida entre el ansia de Lara y Natalia.

¿Me había quedado con Emma por despecho, o como un consuelo? No sabía decirlo, porque cuando Begoña apareció con la botella

de absenta estábamos en un estado cercano a la inconsciencia. Aun así, todas bebimos más y más, con las cucharas y el azúcar en un deje de romanticismo, rompiendo cada pequeña barrera que nuestra moral o educación hubieran erigido en las mujeres que éramos. Sentí que caía, que los ojos de Dina se habían convertido en un pozo profundo y antiguo, y sus aguas me arrastraban hasta el fondo sin piedad. Por suerte, los dedos de Emma habían acudido para salvarme.

—La chica de los retratos. ¿Qué te ha pasado, Rebeca? Me has dejado la alfombra hecha una carnicería.

Apoyada contra la encimera de piedra, recortada contra una ventana que luchaba sin éxito por contener las primeras luces del día, Dina me miraba con aquellos ojos en los que estaba pensando. Me recosté en el marco de la puerta, sintiendo que me faltaban las fuerzas. Parecía un espectro; nieve en agosto, fuego en el agua. El camisón de seda y encaje en color crudo se plegaba en la curva de su cadera.

—Lo siento, Dina —no me salía la voz del cuerpo; me esforcé cuanto pude por no arrojar todo el contenido de mi estómago en las baldosas blancas de la cocina—. Yo lo limpiaré. O te pagaré la tintorería. Es que... creo que he pisado una copa.

—Ni te preocupes —me señaló un taburete junto a la encimera con el cuchillo que tenía en la mano; estaba haciendo rebanadas una barra de pan. Qué extraño resultaba en ella un gesto tan cotidiano. Me acerqué, sin necesidad de que repitiera la invitación—. ¿Lo estás pasando bien?

Asentí, desconcertada, turbada por su proximidad. Un dolor de cabeza comenzaba a galopar desde mi nuca hasta las sienes, abriéndose paso en mis pensamientos con crueldad.

—Eso me pareció anoche —Dina rio con suavidad, sin separar los labios—. Bailas muy bien, por cierto. No me lo esperaba. Aunque cada uno tiene sus secretos, ¿no?

—Supongo que sí —Ella terminó las rebanadas y se llevó una a los labios, dándole un mordisco. Después, con la mano que le quedaba libre, me subió las gafas con delicadeza. Estaban tan sucias que podía ver nubes borrosas a contraluz.

—¿Y si te pregunto por tus secretos? ¿Te molestará, Rebeca? —Me puso un trozo de pan delante, alegre—. Vamos, pruébalo. Lo hago yo. Te ayudará a asentar el estómago.

—Lo dudo mucho —musité, conteniendo una náusea. Sin embargo, hasta yo me daba cuenta de que Dina intentaba ser amable, acercarse a mí. Si hubiera tenido algo más de valor, le habría re-

spondido que yo ya era suya. En cambio, pregunté—:¿Qué quieres saber?

—Las fotos —sonrió, y me perdí en esos dientes pequeños, perfectos—. Estuve echando un vistazo en tu perfil cuando me agregaste, antes de aceptar tu solicitud. Es lo mínimo, ¿no? Saber a quién invito a mi casa. Y está lleno de fotos tuyas. Todas iguales. ¿Por qué?

—Porque intento atrapar un momento feliz —la verdad salió de mis labios dando forma a la realidad, haciéndome dolorosamente consciente de que nunca lo había conseguido—. No lo sé. Tal vez sea vanidad. ¿Por qué pintas tú esos ojos?

—Son las personas que han formado parte de mi vida —Dina masticó despacio antes de seguir hablando—. Para no olvidar. Me pensé mucho si permitir que vieras aquí, Rebeca. Pero me acuerdas a alguien, alguien a quien echo mucho de menos. Así que quieres escribir cuentos de hadas, ¿no?

—¿Te lo ha contado Begoña? —me sonrojé, sintiéndome más desnuda de lo que había estado la noche antes. Su carcajada cristalina me consoló en parte.

—Por eso llevas la libreta a todas partes. Y escribes con lápiz, porque tienes miedo de lo que haces, porque dudas de cada palabra, pero a la vez no estás dis-

puesta a estropear las páginas con tachones. No soportas tus propios errores. Hace tiempo un buen amigo me dijo que, para escribir sobre esas cosas, hay que creer un poquito. Si no, si no tienen fragmentos de realidad, jamás llegarás a ninguna parte. —Sus ojos salvajes se clavaron en mí, vieron mi alma: cada espina, cada recuerdo desfigurado, cada intento de desaparecer de este mundo roto. Y me pareció que sus iris oscilaban, ondulantes y etéreos, con ese verdor luminoso que había llenado nuestras copas en la madrugada—. La pregunta es, ¿cuánto estás dispuesta a entregar?

—III—

Tocada por Fae. Así me llama ahora Dina en un intento de suavizar mi esclavitud. Pero no me quejo; no hay ningún otro lugar en el mundo en el que quisiera estar que no sea entre sus brazos. Recorro con placer secreto el pasillo hasta la gruta: la bodega forrada con madera, el largo corredor de piedra cuya propiedad ha reclamado el musgo, la reja oxidada con lirios forjados como un ramillete de novia. Mis ojos se han acostumbrado a la oscuridad: hay paz en el estanque subterráneo, que alimenta la fuente de la entrada a la casa con sus aguas

puras. Si algún mortal, si alguien igual a mí, bebiese de ella, encontraría verdades que una mente frágil sería incapaz de soportar. Aunque Dina se encarga de hacerme fuerte poco a poco, para que mi voluntad pueda resistir las revelaciones de su auténtica naturaleza.

De todos los monstruos que el hombre ha tenido la desgracia de conocer en su fugaz existencia, tal vez las criaturas feéricas sean el más terrible. Algunos seres oscuros se alimentan de nuestra carne; otros, más populares, de nuestra sangre. Sin embargo, las criaturas que proceden de Fae, esas que habitan los espacios donde la realidad limita, parasitando nuestro mundo desde sus rincones de confluencia, sobreviven gracias a la potencia de nuestras emociones. Hay quien diría que devoran nuestro espíritu; en realidad, es un proceso más complejo. Por lo que Dina me ha enseñado, necesitan sentimientos intensos, sin importar muy bien su origen: amor, lujuria, admiración, sufrimiento, miedo. Cada uno de ellos tiene su gusto particular y, aunque pueden sustentarse casi con cualquier rescaldo de humanidad, cuanto más potente es el generador, más poderosos se vuelven. Por eso Dina me necesita más que a ninguna, ya que, aunque sé lo que es en realidad, no puedo evitar amarla con toda la humildad de mi

corazón roto, con la veneración que solo puede sentirse ante una diosa de otro mundo, incluso más allá de mi vida fútil si acaso hay algo al otro lado.

Para eso está utilizando a las chicas de las redes. Bego es la última que queda; el resto no son más que cascarones vacíos con apariencia de mujer, que han comenzado a marchitarse sin saberlo. Las escoge con cuidado, seleccionando a las divinidades digitales de nuestro mundo apresurado. Absorbe la devoción de los miles de personas que las siguen, alimentándose de su hedonismo, compartiendo sus perfiles, su contenido. Y después las invita a la casa, a Catarsis, cuando están en el punto álgido de esta nueva fe. El alcohol, como otras muchas sustancias, es un gran catalizador, que fulmina veloz la parte consciente de su mente. En unos pocos días las ha consumido como cerillas. Se marchan, con los ojos opacos y el alma hecha jirones. Cada vez publican menos, hasta que poco a poco desaparecen. Pero internet es cruel; nadie las echará en falta. Entonces Dina se encierra en el estudio a pintar, melancólica, con cientos de ojos que la miran, y cuando acaba me hace el amor hasta que mi cuerpo se funde con las estrellas, con la hojarasca del bosque. Las hadas son caprichosas; sé que no puedo escapar de su círculo, pero ¿quién

en su sano juicio querría?

Begoña y Dina me esperan en el agua, vestidas de cielo, sumergidas hasta la cintura. El ritual no es necesario, pero el simbolismo que encierra para Bego hace que todo sea más puro, que mi dueña pueda exprimir hasta la última gota de voluntad. Aquí abajo sus ojos son oscuros, como el lecho del estanque. Antiguamente, cuando el mundo era más joven, se veía obligada a ahogar a sus víctimas para que nadie se atreviera a regresar. Sus huesos tapizan el fondo lodoso. Ya no es necesario. En un mundo tan saturado de historias en el que no se puede discernir qué es real y qué no, nadie va a venir a buscarla para pedir explicaciones. Y, aun así, aunque ahora veo las escamas plateadas y suaves ascender desde debajo de su ombligo, aunque los cabellos han perdido color y caen lánguidos en su espalda desnuda, no puedo evitar desear inmolarme en su luz. No le he preguntado qué es; en términos humanos podría tratarse de una sirena, o una ninfa, pero sospecho que intentar clasificarla es una falta de respeto. Dina es maravillosa y terrible. Es única. Es todo por lo que merece la pena existir.

Sé que Begoña va a morir y, sin embargo, no me importa en absoluto. Creo que eso es realmente lo que significa «tocada por Fae». Ya

no puedo pensar en nada que no sea ella. Ya no puedo sentir nada que no sea ella. Las manos pálidas de Dina sumergen la cabeza de Bego en el estanque; su cabello denso flota como una anémona oscura en la superficie, y con cada burbuja de aliento que se escapa de los labios de la muchacha el alimento del hada se hace más tangible. Yo las observo desde la orilla, como el hombre sin sombra, sabiendo que soy testigo de un momento íntimo, prohibido. Cuando permite que Begoña se escurra entre los dedos palmeados, luchando por respirar, se ha convertido en un caparazón seco, movido solo por el eco automático de sus recuerdos, por el mecanismo simple de la rutina. Sus programas se volverán aburridos, insustanciales, hasta que ya no sienta deseos de seguir locutando. Hasta que ya no tenga fuerzas para nada. Me estremezco al pensar en cuantos hijos de Fae habrá, ocultos entre nosotros, sobreviviendo a expensas de nuestros sueños. Dina me ha revelado algunos nombres sin importancia: un prolífico escritor, que en sus historias plasma retazos de la secreta verdad de las hadas; un cantante de rock de los setenta, fallecido hace poco, o eso nos hicieron creer. Son posiciones cómodas desde las que mantener oculta su identidad, entre festín y festín. Que mi señora habite este

páramo aislado en las montañas es una rareza, y solo obedece a la profunda tristeza de la que es dueña.

Soy consciente de que, tarde o temprano, compartiré la misma suerte que las demás. Porque, aunque mi amor es más fuerte, honesto, Dina se alimenta con mayor voracidad de mí que de ninguna. Porque es mucho más valioso un sentimiento entregado que uno arrebatado. Y estoy dispuesta a dejarme consumir despacio, en una agonía de meses, o tal vez años.

«Ven»

La orden resuena en mi mente y no puedo hacer otra cosa que obedecer. El agua, gélida, me lame los muslos, el pubis, la cintura. Apenas la noto, con los sentidos embotados por su embrujo. Hay luz en el agua: chispas que estallan a nuestro alrededor, blanquecinas, como fuegos fatuos que bailarían eternamente para ella. Dina me besa, atrapándome en sus brazos, acariciando mi lengua con la suya. Sabe a moho. Hay calidez en mi interior. Y entonces aparece, como un susurro, el último pensamiento que me pertenecerá.

Ojalá, de alguna forma abyecta y retorcida, consiga que Dina me quiera, aunque sea con un ínfimo fragmento de ese oscuro corazón.

Ojalá lllore cuando pinte mis ojos, desconsolada, sintiendo la soledad que solo los siglos pueden otorgar. Ojalá cuelgue mi retrato en el pasillo, junto al del muchacho, para dejar escapar un suspiro cada vez que pase por delante de mí. Porque no tengo la menor duda de que, en esa versión de mi rostro, habrá al fin un retazo de felicidad.





HELENA ANEMYR

Helena nació en 1997 en Cádiz, y en la década de los 2000 ya se estaba inventando sus propias historias (dicen por ahí que de antes ya era muy cuentista). Las primeras, porque se aburría de contarle siempre los mismos cuentos a su primo, y, algunos años más tarde, porque no entendía que Draco y Hermione no acabasen liados. Pasó algún tiempo escribiendo fanfics antes de pasarse al rol narrativo, que fue su salvavidas mientras se sacaba el grado de Psicología y continúa siendo parte importante de su vida. En el NaNoWrimo de 2021 terminó su primer proyecto de novela que sigue en un cajón vigilado por su mayor enemigo: la revisión. De momento, puedes leerla en la Antología Orgullo Zombi 4, la revistas Lo Desconocido y Pulporama. Además, aleatoriamente comparte su proceso de escritura en sus redes sociales. Twitter: @helenryme y Bluesky: helenaanemyr.bsky.social

11:28



Mar, 18 Oct a las 10:48

BLANCA necesitamos
su donación de sangre.
Falta sangre
Si no puede ir avise al
[917229020](tel:917229020)

Mar, 25 Oct a las 10:48

BLANCA necesitamos
su donación de sangre.
Yamamiento urgente.
Si no puede ir avise al
[917229020](tel:917229020)

Lun, 6 Nov a las 10:48

BLANCA necesitamos
su donación de sangre.
Falta sangre
Si no puede ir avise al
[917229020](tel:917229020)

Lun, 13 Nov a las 10:48

BLANCA necesitamos
su donación de sangre.
Yamamiento urgente.
Si no puede ir avise al
[917229020](tel:917229020)

Lun, 20 Nov a las 10:48

BLANCA necesitamos
su donación de sangre.
Falta sangre
Si no puede ir avise al
[917229020](tel:917229020)

Lun, 27 Nov a las 10:48

BLANCA necesitamos
su donación de sangre.
Yamamiento urgente.
Si no puede ir avise al
[917229020](tel:917229020)

RESERVAS BAJAS

«RESERVAS BAJAS.
NECESITAMOS SU DONACIÓN
DE SANGRE.

Llamamiento urgente.
Falta sangre, de todos los tipos.
Necesitamos su donación de
sangre.

El próximo jueves y viernes, de
12:00 a 20:00»

Era el cuarto SMS del mismo estilo que recibía Blanca esa semana.

Lo curioso es que ninguno era igual que el anterior. Las faltas de ortografía variaban (necesitamos, jueves, sange, reservas...), igual que el horario de apertura. Empezaron ocupando unas dos o tres horas por las tardes, y ya iban por ocho. Esos pobres enfermeros hacían su jornada completa recogiendo sangre... Aunque, pensándolo bien, seguramente no recibían más de uno o dos donantes, y por ese motivo insistían tanto con los mensajitos y la urgencia.

La dirección era lo único que no

cambiaba y, aun así, Blanca tuvo que abrir el mensaje y releerlo. A escasos metros de llegar a la ubicación que Google Maps le indicaba, creía haberse equivocado. No era una calle muy concurrida, de esas con edificios amarillos y naranjas a cada lado, todos ellos llenos de apartamentos muy humildes. Blanca dudaba haber pasado nunca por ahí, y no le sonaba que hubiera un centro de salud en esa parte de la ciudad. Quizá era algo privado, o tenían montada la recogida en un edificio del ayuntamiento. No sería la primera vez que Blanca donaba sangre en una biblioteca o en una sala de estudio. Cualquier sitio era bueno para donar vida, al parecer.

En el fondo, le daba igual. Solo quería llegar. El último semáforo que debía cruzar no tenía nada de sombra cerca y se estaba achicharrando mientras esperaba el minuto más interminable del verano. En parte, era culpa suya; ¿a quién se le ocurría salir a donar sangre a las cuatro de la tarde en mitad de julio? No se había encontrado con un alma en todo el camino, tan solo con persianas bajadas y aires acondicionados que goteaban con insistencia.

Cuando el semáforo cambió a verde (trámite innecesario porque ni coches pasaban), Blanca avanzó con pasitos rápidos hasta llegar a

la calle perpendicular. Se le escapó un suspiro de alivio al verse bajo la sombra. Y otro cuando encontró un cartel de cartón que rezaba «DONACIÓN DE SANGRE 50 METROS PALANTE A LA DERECHA LA RREJA NEGRA» en rotulador negro. El conteo de metros resultó ser orientativo, pero llegó con facilidad al edificio. La reja estaba abierta de par en par y de las barras de metal colgaban más carteles de cartón. Algunos eran más antiguos, con tachones encima de las horas o añadidos en los márgenes.

Blanca lo ignoró todo y pasó al interior a refugiarse al frescor del aire acondicionado que, de fuerte que estaba, le provocó un escalofrío. Si le permitían quedarse allí un rato, que le quitasen toda la sangre que necesitasen, que ella tenía de sobra.

El lugar no parecía un centro de salud, pero la chica tampoco encontró nada que le indicase *dónde* estaba. No encontró en las paredes los pósteres típicos de los centros juveniles y salas de estudio, ni ningún tipo de indicación que no fuera de los carteles de cartón (todos con esa letra horrible y plagados de faltas de ortografía), que la conducían hacia delante. Tras recorrer un pasillo amplio y vacío, llegó a un recibidor delimitado con biombos de lona azul.

A un lado, en un escritorio reuti-

lizado, un enfermero rodeado de papeles miraba al infinito.

—Hola, vengo a donar sangre —hizo una pausa para mirar en derredor—, ¿es aquí? —añadió con inseguridad. El chico tenía la mirada perdida, como si estuviera a punto de dormirse. Era la hora de la siesta, después de todo—. ¡Oye! Que vengo a donar sangre —insistió Blanca con una palmada.

El muchacho sacudió la cabeza y la vida volvió a sus ojos, aunque solo durante unos segundos.

—Sí, esto..., sí, siéntate. —Blanca ocupó una silla acolchada frente a él y empezó a rellenar el formulario que le pasó el chaval con parsimonia—. Por favor...

Blanca ignoró el sopor del enfermero, con la cabeza apoyada en la mano y la boca entreabierta, a punto de soltar un hilo de baba. El formulario era de lo más extraño. Pedía todos los datos típicos, pero después las preguntas variaban. Querían saber si había bebido en las últimas 24 horas y qué, si había fumado, qué había tomado para desayunar... La chica levantó la cabeza y miró al enfermero con el ceño fruncido.

—¿No me vas a hacer la prueba del hierro y todo eso? ¿Preguntarme si he mantenido relaciones sin protección? ¿Solo esto? —Sacudió el formulario

—Eh... claro, ¿has manteni-

do relaciones sin protección? —murmuró el chaval de manera mecánica, sin mirar a Blanca más de un segundo.

—No —respondió tras una pausa incómoda.

—Bien.

Volvieron a quedarse en silencio y Blanca reparó en que, en algún lugar, goteaba el aire acondicionado.

—Lo tenéis fuerte, ¿no te da frío aquí sentado todo el día?

—No, no hace frío, estamos bien —farfulló, cada vez más ido.

—Si tú lo dices...

Visto lo visto, aquella recogida de sangre no era nada exigente. Tras pasarle el formulario al enfermero, este lo archivó sin mirarlo, así que ni siquiera le importaba el vino que se había tomado la noche anterior ni la bomba de chocolate que había desayunado. Sí que debían estar necesitados de sangre.

—¿Para dónde voy?

La única respuesta que obtuvo fue un meneo de cabeza que Blanca interpretó como que debía atravesar los biombos. No sabía para qué había preguntado, no es que hubiera otro sitio al que ir. Sin embargo, al otro lado, no había nadie. Ni nada.

Esperaba otra enfermera, o alguna camilla, pero solo encontró un espacio vacío y con un olor ligeramente desagradable. Reconocía

el desinfectante, no la nota terrosa que había detrás. Le costó ver, en la penumbra luminosa de los fluorescentes, las marcas de ruedas en el suelo. Iban de un lado a otro y dejaban a su paso cercos irregulares de un marrón sucio.

Por allí habían pasado camillas, aunque ahora no estuviesen a la vista. Blanca atravesó la sala de recogida improvisada con pies de plomo, confusa. Algo no iba bien en ese sitio, podía sentirlo, olerlo. Había escuchado leyendas sobre las recogidas de sangre; que no eran siempre del todo legales, pues los hospitales privados se aprovechaban del trabajo de los servicios públicos para comprar parte de la recolecta a un personal de enfermería muy mal pagado. Pero de ahí a destrozarse aquel sitio por algo de sangre... Era un buen salto. Igual que el que dio Blanca para esquivar una de las manchas marrones que bañaba el suelo.

El enfermero amodorrado no iba a ser de mucha ayuda, así que solo le quedaba por probar la puerta al otro lado de la sala. Si no se encontraba a nadie, se iría por donde había venido. No es que estuviera desesperada por donar sangre, pero para un día que se había levantado solidaria, quería aprovecharlo. Fue a tocar la puerta cuando, del interior, le llegó un quejido.

—... de este pueblo asqueroso,

tenemos que volver a la capital.

—Cuando vinimos aquí casi nos descubren en ese tren de mala muerte, no pienso viajar más con vosotros dos —añadió una voz con un fuerte acento francés.

—Eso fue culpa del viejo —esta vez, parecía hablar una mujer—, que se bebió a ese revisor cuando le pidió el billete.

—Me estaba pidiendo no sé qué paparrucha inventada —volvió a quejarse la primera persona. La del acento rio.

—Técnicamente, el DNI es una paparrucha inventada, pero ahora todos los humanos tienen uno, como el collar de un perro.

—Podemos ir en avión la próxima vez.

—Basta ya de cacharros, carajo, nos vamos a caballo, como Dios manda.

—Ya empezamos...

—Ten algo de respeto, pijo de mierda, que si no fuera por mí serías un fiambre congelado en los Pirineos, y no un vampiro.

—¿Vampiro? —exclamó Blanca.

Durante la conversación, había dejado la mano apoyada en la puerta pero, al escuchar la palabra mágica, perdió todo el autocontrol y empujó. Al otro lado se encontró con un trío tan inverosímil que le arrancó una carcajada nerviosa.

—*Vampiros.*

Aunque podrían haber sido el

elenco de una de esas comedias casposas que estrenan todos los veranos. El hombre que había hablado era grande, enfundado en un traje que parecía recién sacado de uno de los baúles de su abuela. Pero lo que captó la atención de Blanca fueron unas patillas que casi se unían a un bigote cepillo, negro como las alcanfarillas. El otro chaval, el del acento, quedaba bien retratado con el «pijo de mierda» con el que le habían atacado. Le colgaban unos rizos rubios de lo más victoriano delante de los ojos, y llevaba un traje plateado que Blanca juraría haber visto en un maniquí del Briska la semana pasada. Y, detrás de los dos, más alta que ambos, la mujer más imponente que había visto en toda su vida.

No se enorgulleció de tener que forzarse a no mirarle el escote, pero su cara tampoco la ponía menos nerviosa. Era la única vestida de diario, tan solo con una camiseta de tirantes negra y vaqueros, y una trenza castaña y gruesa sobre el hombro.

Tras el shock de la imagen tan dispar que le ofrecía el trío, reparó en lo que tendría que haber visto desde el principio. Los colmillos.

—*Vampiros* —repetió.

Le habría gustado decir que intentó huir, pero tenía los pies clavados al suelo, y ni siquiera escuchaba lo que los vampiros decían entre ellos. Hasta que el hombre no estuvo peligrosamente cerca no reaccionó. Y su reacción fue caerse de culo en el charco de sangre seca que acababa de saltar.



—Pa' una vez que la presa viene a nosotros, es gilipollas perdida —gruñó entre los bigotes.

—Tú más imbécil no te vas a quedar, don *Recogida de sanre* —dijo desde atrás el rubio.

—Mira, no me toques los huevos, al menos yo aprendí este idioma legendario con un español de verdad, no con un loro verde.

—Para ser de montaña, ¿no sabes distinguir un loro de un búho?

Con un rugido, el hombre se abalanzó contra el chaval en un salto que no debería haber sido posible con su complexión. Ambos volaron por la sala y tiraron los biombos azules mientras se daban manotazos el uno al otro. Sus rostros se habían deformado, ahora los colmillos sobresalían casi diez centímetros y se les había inyectado los ojos de sangre.

—Estos hombres, siempre igual, ¿verdad? —escuchó a su espalda. Sin darse apenas cuenta, Blanca se había colado en la salita de los vampiros. Las marcas de sangre en el suelo continuaban hasta extenderse por las paredes. Al fondo, tras un sofá, asomaba una pierna. Por el otro lado, otra. Se había metido hasta el cuello en un nido de vampiros. Y no es que no hubiera señales por todas partes.

—Don Fructuoso tiene casi 150 años, Honoré unos 85... Y ambos se comportan como adolescentes.

Te suena, ¿no? Tú no puedes ser mucho más que una adolescente. ¿Cuántos años tienes? ¿Dieciséis, diecisiete?

—Veintidós —respondió a duras penas, arrinconada contra la pared.

La vampira silbó con burla.

—Te has quedado bajita, una pena.

—Joder, encima que vas a comerme no me insultes.

Blanca se arrepintió de abrir la boca antes incluso de que las palabras salieran de ella. Los ojos de la vampira, antes verdes, se oscurecieron, y su boca se torció en una mueca terrorífica. De un salto se había acercado a Blanca hasta no dejarle por dónde escabullirse, cerrándole las vías de huida con unos brazos fuertes que hicieron que la chica se marease.

—O tienes agallas o eres imbécil, huelo lo segundo. —Se les desfiguraron las facciones, igual que a sus compañeros, que seguían chocando con las paredes de la otra sala entre gritos y reproches—. Y, aun así, no puedo tocarte, ¿qué llevas encima?

A pesar de la proximidad, la vampira no rozaba a Blanca por ningún lado. La chica intentó recordar qué podía llevar encima que tuviese un efecto tan potente en un monstruo como aquel. Pero en vez de ser tan idiota, decidió atacar. Lo más rápido que pudo,

Blanca plantó ambas manos en las mejillas de la vampira. Bajo sus dedos, notó su piel, helada en un primer momento, arder.

La mujer chilló, Blanca también. Su plan solo llegaba hasta aquí. No había contado con el rodillazo en el estómago que la vampira logró



propinarle, aun con la cara echando humo por los cercos que sus manos habían provocado.

—Hija de puta —siseó desde el otro extremo de la habitación.

—¡Amaia! ¿Qué ha sido eso? —El vampiro rubio, Honoré, apareció en la puerta como por arte de magia. Blanca ya estaba dándose cuenta de podían moverse con supervelocidad, aunque su cerebro todavía no lo comprendía. Hon-

oré tenía el traje plateado roto por la costura del hombro, pero los golpes de la cara se le curaban conforme hablaba—¿Es una cazadora?

—¿Esta criaja? No, solo tiene una suerte que no se la cree ni ella. Debe llevar algo bendito, o...

—¿Sangre santa? ¿Es descendiente de mártires, beatos, de quién?—ladró Don Fructuoso, escupiendo saliva ensangrentada.

—No, de tener sangre santa me habría destrozado. Es otra cosa...

Blanca se había quedado encogida en la esquina de la habitación, con una lámpara de pie como como única arma, aparte de sus propias manos. Aun así, eran tres vampiros (dos de envergadura considerable) contra ella. Por muy mágicas que fueran sus manos, tenía las de perder.

—Piénsalo, guapa, no nos puedes retener a los tres mucho tiempo. Suelta lo que sea que llevas y déjanos hacer nuestro trabajo. Has venido a donar sangre después de todo, ¿no? —dijo Honoré con un gesto que intentaba ser conciliador.

—Sí, pero no a vosotros, no te jode —respondió Blanca con la lámpara de pie en la mano—. Y no sé qué llevo encima que pueda ser sagrado, ¿vale? Como sea la

moneda de veinte céntimos que me tragué a los dos años vais listos.

—Bajita, boba y bocazas, lo tienes todo, encanto.

—Porque estoy hambrienta, que si no...

Los tres vampiros la tenían rodeada y se acercaban a ella enseñándole los colmillos y siseando. De nuevo, la estampa era tan ridícula que Blanca sufrió un ataque de risa floja que la dobló por la mitad. Los vampiros la miraron con una mezcla de asco y confusión, ventaja que Blanca aprovechó para darle con la lámpara en la cabeza a Honoré. Eso le abrió un camino hacia la puerta por el que corrió como si no hubiera mañana.

Por supuesto, cuando llegó a la sala de los biombos, los vampiros ya la habían alcanzado y rodeado. Don Fructuoso le pegó un codazo rápido en el pecho que la tumbó, maniobra que Honoré remató con un zapatazo en el tobillo. Ambos intentaban tocarla lo menos posible, pues tenían el recuerdo de su poder estampado en la cara enrojecida de Amaia. El dolor del golpe contra el suelo recorrió a Blanca como un espasmo. Sin embargo, pudo notar una mano intentando meterse en el bolsillo de su pantalón.

Era verano, y en sus pantalones cortos solo había una cosa: su

tarjetero. En él llevaba un billete de cinco euros, el DNI, el carnet de donante, el del bus... y una estampita de la Virgen de la Macarena que le había dado su abuela al volver de su viaje al Vaticano. Quién le iba a decir que se había gastado el dinero en bendecir la estampita, que había recogido muchas Semanas Santas atrás. Por suerte, Amaia intentó primero el bolsillo izquierdo. Blanca guardaba el tarjetero en el derecho. Los segundos de confusión le bastaron para volver a usar la magia sagrada de la Virgen de la Macarena contra aquella vampira buenorra.

Esta vez le quemó la muñeca y el hombro, y aprovechó el impulso para ponerse de pie. Le dolía todo el cuerpo, pero podía más el instinto de supervivencia. Se alejó de los vampiros tanto como pudo, sin bajar las manos. Amaia se había retirado hacia los biombos, donde resollaba como un animal herido mientras se sujetaba la muñeca.

Entonces, Don Fructuoso retrajo los colmillos y se acercó medio paso, cauteloso.

—Vamos a hablar, niña. —Honoré se alejó en dirección a Amaia, aunque sin quitarle ojo—. Si no te matamos ahora, será dentro de un rato, eso tenlo por seguro. Las nuevas generaciones es lo que tenéis, que ya vais a todos lados

en el coche y no tenéis fuerza ninguna. Sois muy blandengues, no pasa nada, es la selección natural. Una pena que se hayan perdido los buenos genes españoles...

Blanca bufó.

—Por Dios, por qué me tenía que tocar a mí el vampiro refachero.

—¿Qué me has llamado? —rugió Don Fructuoso con un bufido que le removió los bigotes.

—¿Qué? Haber nacido en el siglo XIX no te da derecho a insultarme, pedazo de carca. ¿Qué sabrás tú de mi generación?

Don Fructuoso parecía querer responder pero, en cambio, retrocedió. La sala se había quedado demasiado en silencio. Blanca podría haber sospechado al no escuchar la respiración entrecortada de Amaia o alguna reacción de Honoré a las barbaridades que estaba soltando Don Fructuoso. Se había dejado mosquear por aquel vejestorio. Y ahora tenía una aguja pegada al cuello.

—Ya te lo advertimos, no deberías pelear tanto. Menos con alguien como él —le susurró Honoré al oído—, no hay forma de ganar.

—Pínchala y que se calme, en cuanto se duerma le quitamos lo que sea que lleve y nos la repartimos —ordenó Amaia, con los labios llenos de sangre pero ya sin las marcas de las quemaduras.

Tras el biombo, el cuerpo ensangrentado del enfermero yacía en una posición antinatural. Tragó saliva. Sintió la aguja comenzar a hundirse en la piel, una gota de sangre bajarle por el cuello. Los tres vampiros salivaron.

—¡Esperad! ¡Un momento, un momento! —gritó Blanca a la desesperada.

—Por lo que más quieras, deja de molestar, niña.

—¡Sé una forma mejor de conseguir sangre que esto!

Honoré resopló.

—Las películas te han mentado, bonita, los vampiros de verdad no podemos alimentarnos de sangre de ciervo o de pollo, no lo intentes. Y tampoco querríamos. Qué asco.

—No, no, no es eso. No os va bien con esto, ¿verdad? Mandáis SMS de la recogida de sangre casi todos los días, eso es que no viene nadie, ¿a qué sí?

Amaia puso los ojos en blanco y se guardó las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

—Pensábamos que sí, pero resulta que otra familia de vampiros tiene el monopolio de la recogida de sangre en la zona, y lo hacen mucho mejor que nosotros.

Blanca decidió ignorar esa información. Mejor no pensar en si había estado donando sangre a vampiros durante todos esos años.

—Y es una buena idea. —Se

ahorró que, efectivamente, la ejecución dejaba mucho que desear—. Pero no la única. Mira, nacisteis hace mucho, y aunque estáis haciendo un gran esfuerzo, todavía no sabéis del todo cómo van las cosas por aquí.

—Perdona, yo estoy *muy* al día —se quejó Honoré, que había soltado un poco la aguja.

—Sí, sí, pero que hay formas mejores, de verdad, dadme una oportunidad.

—¿Una oportunidad de qué? —preguntó Amaia, acercándose a ella con los brazos en jarra. Se notaba a la legua que seguía enfadada por el tema de las quemaduras, lo que quería decir que mucho debía interesarle la información que Blanca tenía para ellos.

—De enseñaros dónde conseguir sangre rápida y fácil.

No era fácil para una familia de vampiros disfuncional alimentarse durante los veranos del sur de España.

Con el tiempo, Blanca llegaría a saber cómo acabaron en aquella ciudad, cómo se conocieron, y muchas cosas más sobre la existencia vampírica de Amaia, Honoré y Don Fructuoso. Las primeras semanas que pasaron juntos se dedicaron a planear a dónde ir a continuación, escondidos en las consultas subterráneas del centro de salud de Blanca. Otro tipo

de vampiro había dejado la sanidad pública seca, y buena parte de las consultas se habían cerrado o movido a otros centros. Un auténtico revés para muchas personas que no tenían la posibilidad de desplazarse, pero que a los vampiros les vino de maravilla.

Porque, además, tenían bufé libre y a domicilio.

Resulta que la sugestión es un don vampírico difícil de dominar, y para el que tener pinta de ricachón y un buen bigote ayuda mucho. Convencer a la enfermera encargada de pedir un botecito más a quienes se sacaban sangre para analíticas fue fácil, lo difícil fue soportar a los vampiros, demasiados orgullosos para admitir que a ninguno se le habría ocurrido engañar a los humanos de esa manera. Claro que ellos hacía tiempo que no eran humanos, al contrario que Blanca, que era muy humana y tenía intención de seguir siéndolo.

Después de todo el verano escondiendo a tres vampiros en el centro de salud y trabajando en el puesto de kebabs de la plaza, Blanca vació su hucha al llegar septiembre. Era su cumpleaños y organizó a toda su familia para que la ayudasen a comprarse un coche. Su padre había insistido en un último modelo híbrido y no sé qué más, pero Blanca lo tenía muy claro. Una furgoneta negra

con los cristales tintados.

El día en el que entraba el otoño, dejó una nota a su familia diciendo que se iba a hacer un viaje con la furgoneta. Quizá le llevase algunas semanas, pero volvería. A fin de cuentas, solo tenía que dejar un paquete en la frontera. Con las tres cajas en el maletero y el sol saliendo, partió.

Al caer la noche, dejó salir a los vampiros y Honoré se puso a los mandos. El chico no tenía carnet, pero sí a un Don Fructuoso al lado dispuesto a camelarse (o mosquear) a cualquiera que pidiese algún tipo de identificación. Blanca se acomodó en el asiento de atrás, tranquila ya tras tantas semanas entre vampiros. Sin embargo, la mirada penetrante de Amaia la distrajo.

—¿Qué? —espetó, mirando de hito en hito a una Amaia de ojos brillantes.

—Al final nunca donaste sangre. Blanca se tensó, igual que el silencio de la carretera. A lo lejos, apenas se distinguían los picos de Sierra Morena en la oscuridad. Su destino no eran aquellas montañas, sino otras, pero denotabanlo lejos que había llegado.

—Sigo llevando la estampita, y no pienso decirte dónde —avisó, mirando a la vampira de reojo.

Sus intenciones no eran claras, y sabía de sobra que seguía en desventaja.

—Algo me dice que no me molestaría buscar esa estampita, pero no quiero comerte, estúpida. ¿Quién nos iba a llevar durante el día?

—Entonces, ¿qué quieres?

Blanca se sintió observada. Amaia la miró con la una ceja alzada. No veía a ninguno de los vampiros por los espejos retrovisores, casi podría creer que estaba alucinando e iba sola en el coche. Pero no, los notaba examinándola. No necesitaban decir nada más, el verano era testigo de todo lo que había hecho por ellos.

—De momento la Macarena se queda conmigo —terminó por decir, repantingándose en el asiento—. Estáis en deuda conmigo. Y creo que puedo disfrutar bastante más de vuestra caridad mientras todavía me bombee la sangre por las venas.





MARÍA PILAR CONN

Bio:

María Pilar Conn, Indianápolis, Indiana, Estados Unidos 1968.

De madre sevillana y padre norteamericano, llega a España en el año 1986. Pasa su niñez en Indiana, terminó bachillerato en Los Gatos, California. Cursó sus estudios en la Escuela de Artes y Oficios de Murcia. Escritora e ilustradora, colabora con diferentes revistas y publicaciones digitales. De 2012 a 2016 regentó una pastelería especializada en esculturas de azúcar. Desde hace 20 años reside en Cabo de Palos, Murcia.

Publicaciones:

Año 2015. Cardinal american bakery. Pasteles, del Arte a la Creación, Editorial Lemo.

Año 2019. La almendra y el maíz, poemario, Editorial Balduque, Colección Sudeste.

Año 2020. Paseando con schopenhauer, poemario, Ediciones Calblanque. (Ed. Balduque)

Año 2020. La casa del marqués, novela de misterio gótico, Editorial Circulo Rojo.

Año 2022. La canción del baladre, novela de misterio gótico, Editorial Malbec





LUCAS NARANJO

Lucas Naranjo es un escritor español apasionado de la fantasía, el terror cósmico y los superhéroes. Ha publicado relatos para las Antologías Orgullo Zombi 2021, Visiones 2023 y Disconectados, y las revistas Tártarus e Historias Pulp. Ha sido premiado en concursos como el Certamen Literario Rectora Rosario Valpuesta de Dos Hermanas y 'Nun Recuncho da Memoria' de la asociación AFAGA Alzheimer. En verano de 2023, autopublicó una novela de fantasía en Amazon: 'La magia NO se puede capitalizar', disponible en tapa blanda y formato e-book.

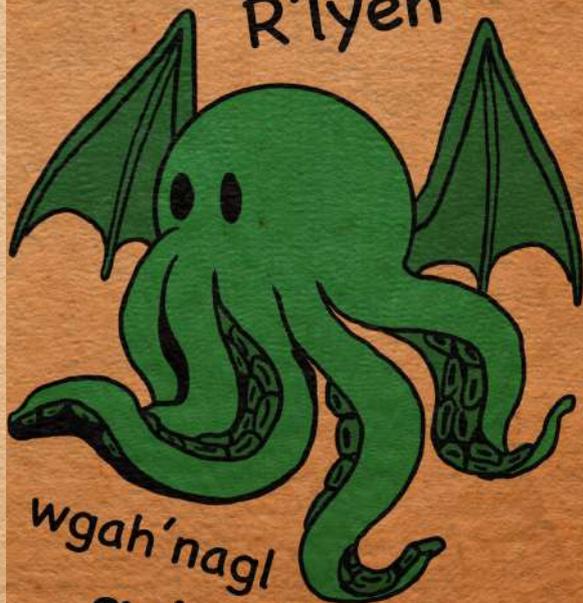
HASTA LOS PRIMIGENIOS NECESITAN ABRAZOS

—**C**onectamos con Carlos Quen, nuestro reportero internacional. Dígame, Carlos, ¿cómo describiría la situación que se está viviendo?

Consciente de la inestabilidad de aquella superficie, el periodista hizo todo lo posible por permanecer dentro de plano. De todas formas, de ninguna manera podría arrebatarse el protagonismo a lo que tenía detrás. Era la primera vez que retransmitía desde un helicóptero (confiaba en que también la última), pero aquel hito resultaba una nimiedad en comparación a todo lo demás. ¿Acaso alguna hazaña futura podría superarlo alguna vez?

Carlos era de esos que preferían el trabajo de oficina, café en mano mientras se ponía manos a la obra con el texto que otro habría de pronunciar y seguramente criticar. Sin embargo, la situación del sector no era la mejor y tenía la obligación de ocuparse de cada fase de la elaboración informativa. Incluso había tenido que abandonar la comodidad de

Ph'nglui
mglw'nafh
Cthulhu
R'lyeh



wgah'nagl
fhtagn

su tierra natal para acabar perdido en mitad del Pacífico junto con un montón de desconocidos y un cámara que no lo respetaba. No podía decirse que aquel hubiera sido nunca su futuro soñado, pero no se le ocurría nada mejor para su currículum. Si no volvía a trabarse durante la narración, era probable que acabara haciendo historia.

—Si solo pudiera usar una palabra para describir la situación, Gloria, sería caos —dijo el periodista, que se aferraba al micrófono como si de su última esperanza se trataba. Caer de aquel helicóptero en movimiento parecía el menor de sus temores—. Las Naciones Unidas acaban de cerrar el perímetro, que se estima de cinco hectáreas en su totalidad. Lo que desde aquí se alcanza a vislumbrar como esa mancha verdosa que ven a lo lejos parece ser una criatura desconocida para la ciencia. Biólogos de todo el mundo han acudido desde puestos militares avanzados con el propósito de estudiar al ser, pero los Cascos Azules impiden el paso de cualquier individuo no autorizado. Dado que la comunidad científica aún no se ha pronunciado, son muchas las teorías lanzadas al aire en estos momentos. La mayoría carece de todo fundamento lógico, pero hemos contactado con un civil que afir-

ma conocer la verdadera identidad de la bestia. —Carlos indicó a un hombre sentado junto a los militares que se colocara en el interior del encuadre. Se movía con un nerviosismo casi enfermizo, cosa que el vaivén del helicóptero solo lograba empeorar. Era un milagro que aún no hubiera caído a través de la puerta entreabierta—. Les presento a Abdul, que se denomina a sí mismo Árabe Loco. —Obligado a ceñirse a aportaciones estrictamente imparciales, el periodista tuvo que fruncir los labios para reprimir un comentario personal—. Abdul es un escritor e investigador que dice conocer la verdad sobre el surgimiento de esta entidad primigenia y el destino de nuestro mundo, que, según sus aparentes descubrimientos, promete unos próximos días fatídicos. ¿Qué puede decirnos, Abdul?

A pesar de todos los títulos que se atribuía, no daba la impresión de que aquel hombre tuviera gran conocimiento de cómo funcionaba la televisión. La manera en que se arrimó a Carlos para colocar el micrófono en torno a su nariz ganchuda resultó cuando menos incómoda, cosa que debía percibirse incluso al otro lado de la pantalla. De todas formas, el periodista estaba convencido de que actuaba en base a un papel extraño y retorcido. Sus fuentes

aseguraban que toda su familia provenía de Badalona, por lo que ni era tan «árabe» ni debía estar tan «loco» en realidad, sobre todo porque se expresaba con gran propiedad.

—Pues estamos siendo testigos del despertar de Cthulhu el Primigenio, una deidad cósmica que lleva desde la antigüedad sepultada bajo las ruinas de la ciudad submarina de R'lyeh —explicó, plenamente convencido de su verborrea—. Ha dormido durante eones a la espera de que se alinearan los astros, ayudado por cultos secretos para mantener sus fuerzas intactas. Y ahora ha recuperado la conciencia, por lo que, como dictan los viejos escritos, pronto se apoderará de este mundo y sus habitantes. *¡Ph'nglui mglw'nafh Cthul-hu R'lyeh wgah'nagl fhtagn!*

—¿Se ha atragantado con algo, Abdul? —le preguntó un preocupado Carlos.

—Es la lengua de los Profundos, que velan por la seguridad de Cthulhu mientras él reconecta con los poderes cósmicos del Universo Conocido —explicó el supuesto Árabe Lo-co—. A grandes rasgos, eso es todo lo que nuestros espectadores deben saber.

—¿Y por qué no les cuenta lo del inminente apocalipsis?

—Oh, no será necesario. Se darán cuenta por sí solos en

cuestión de, aproximadamente, un par de horas. Los Primigenios son así: la vida humana les resulta insignificante. —Abdul se encogió de hombros y se retiró nuevamente junto a los militares—. No le culpo. No había nada más perjudicial para un reportero que acceder a uno de esos letales vórtices de silencio, cosa en la que casi acabó cayendo Carlos. Podía llegar a resultar algo introvertido, aunque eso no parecía tener nada que ver. Desde luego, aquella situación dejaría sin habla a cualquiera.

—Ya lo han oído —dijo con tal de romper el hielo. Su mirada bajo las gafas de pasta y el sombrero era un poema—. Si quieren seguir al día sobre la situación con esta criatura de nombre impronunciabile, no cambien de canal. La Hoguera Diaria los mantendrá informados.

El asunto de la objetividad podía llegar a suponer un auténtico inconveniente, sobre todo cuando uno tenía a un coloso de medio kilómetro de altura y tentáculos colgando de la nariz a una distancia preocupantemente corta. De todas formas, fiel a las normas de su profesión, mantuvo viva aquella sonrisa tonta hasta que la imagen se desvaneció. Era probable que no fuese a salir vivo de allí, pero ¿quién velaría por un reportero del tres al cuarto?

Además, si el apocalipsis estaba al caer, tampoco importaba mucho. No perdía la esperanza en que todo acabara quedando en un malentendido, o que finalmente resultara que habían caído en la trampa de otra de esas alocadas campañas promocionales de Hollywood. No obstante, la cosa parecía ir bastante en serio.

Confiando en que las Naciones Unidas dieran prioridad a periódicos de los que la gente sí había oído hablar, Carlos cruzó los dedos para que los del New York Times cruzaran antes que él. Sin embargo, los militares parecían dispuestos a sacrificar reporteros con la esperanza de que eso bastara para saciar el apetito de la bestia.

Aunque, con la escala de una montaña, era probable que no tuviera ni para empezar.

Con una velocidad sobrehumana, los ingenieros del buque principal habían sido capaces de erigir una plataforma de estudio y comunicación a escasos cien metros de la bestia. Bastaría con que batiere aquellas alas como cordilleras para que las vigas salieran volando, pero apenas se había movido desde el surgimiento. Permanecía con una pose meditabunda sobre las aguas, la superficie marina cubriéndole pertinentemente las

partes pudendas. Nadie querría ver eso. Al menos nadie con dos dedos de frente, claro.



Al parecer, Abdul no se había equivocado en el asunto del culto. Una embarcación privada había acabado arribando junto a la frontera militar, la proa abarrotada de extraños individuos embozados en túnicas púrpuras. Lianas en forma de tentáculos repugnantes colgaban de sus hombros como ofrendas al dios submarino, las manos en alto mientras pronunciaban inquietantes oraciones. No tenían pinta de ser muy ami-

gables, así que Carlos confiaba en que las Naciones Unidas fueran coherentes y les denegaran el paso.

Después de todo, parecía que aquel Árabe Loco solo mentía en lo relativo a su ascendencia y condición psíquica. Por más que hubiera querido creer que se tomaba demasiado en serio las historias de un viejo escritor de ciencia ficción, no podía negar que deseaba encontrárselo de nuevo para saber más.

—Eh, tú. —Carlos levantó el mentón cuadrado al escuchar una voz femenina—. Sí, tú, el de la identificación del revés. —Agachó la mirada solo para descubrir que se había colocado la tarjeta de la peor manera posible. Recolocándosela, se acercó a la científica que acababa de esbozar una sonrisa boba—. ¿Y tú eres lo mejor que tenían?

A pesar de su condescendencia, Carlos no tuvo problema en estrecharle la mano. Solía hacer caso omiso a la mala opinión de los demás, sobre todo cuando había toneladas de sarcasmo de por medio.

—No, pero era el único disponible. Entre el fútbol y la política, parece que ya nadie presta atención al despertar de dioses atávicos —dijo el periodista mientras se retiraba momentáneamente el sombrero, lo que provocó que un

pequeño rizo negro se deslizará y cayera sobre su frente—. Carlos Quen de la *Hoguera Diaria*, un placer. ¿Y usted es...?

—Águeda Sparks —dijo la mujer, que volvió a colocarse tras el complejo sistema informático que tenía a su completa disposición. Lo manejaba con gran soltura, situada frente a una pantalla protectora que daba directamente al rostro tentacular del coloso—. Quizá hayas oído hablar de mí. Tienes pinta de leer revistas científicas con asiduidad.

—Creo que me ha juzgado demasiado pronto, señorita Sparks.

—Por favor, llámame solo Águeda —comentó esta mientras reajustaba la configuración de la pantalla central. Costaba creer que unos dedos pudieran desplazarse tan deprisa sobre cualquier superficie—. Pues eso, ¿pero a que sí has oído hablar de Leo Messi? En fin, no me extraña que esa preciosidad de ahí delante quiera destruir un mundo que da más valor a un tío experto en darle patadas a un balón que a una antropóloga, lingüista y bióloga con siete doctorados. Casi que apoyo su causa.

—Espera, ¿siete doctorados? —Carlos se recolocó las gafas con asombro—. Eso es increíble, Águeda. Mereces que te haga una entrevista.

Como si se lo tomara a broma,

la científica dibujó una expresión sardónica en su rostro ovalado.

—Pues ya ves para lo que me han servido. Quizá hubiera sido mejor pasar todo ese tiempo borracha que encerrada en una biblioteca —dijo mientras la imagen del titán submarino aparecía en sus escáneres. Parecía estar registrando su anatomía gracias a un complejo sistema de drones que controlaba desde la estación—. Pero bueno, no es a mí a quien te toca entrevistar.

Confuso, el periodista repasó con la mirada cada rincón de la base naval improvisada. No logró encontrar a nadie merecedor de algo así en mitad de un momento tan decisivo para el devenir de la civilización humana. Lo único que había a su alrededor eran soldados consumidos por la prisa, tipos de rostro aburrido que se gritaban órdenes unos a otros en un incesante caos grupal.

—¿Y por qué no se me ha informado? —preguntó Carlos, su ceño fruncido—. Ni siquiera me he preparado una ronda de preguntas. Se me da fatal improvisar, ¿sabes?

Nuevamente, Águeda lo sorprendió con una de esas sonrisas tan taimadas. Parecía tener más de un as bajo la manga.

—No habrías encontrado gran cosa sobre él, te lo aseguro —le dijo mientras se le acercaba para

sostener su hombro y empujarlo gentilmente hacia el cuadro de mandos—. Reconoces la lengua de los Profundos, ¿no? He estado viendo la retransmisión de la *Hoguera Diaria* y te aseguro que ese Árabe Loco no sabe lo que dice. Pero yo sí. —La científica desplegó una pestaña que reveló un enrevesado alfabeto con caracteres desconocidos. Parecía haber millones de combinaciones, más de las que cualquier idioma corriente pudiera albergar—. Nuestro oído no nos permite escucharlo, pero la bestia parece estar emitiendo sonidos vocales a una frecuencia mínima. Creo que se intenta comunicar con nosotros, Carlos.

Desconcertado, el periodista dio un respingo hacia atrás. Creía haber empezado a entender por dónde iban los tiros y, como podía esperarse, la idea no le resultaba especialmente tentadora.

—No me digas que...

—Exacto: vas a entrevistar al mismísimo Cthulhu —dijo Águeda con una sonrisa de oreja a oreja—. Pero no temas, seguro que no es para tanto. O sea, puede que el destino de la humanidad recaiga sobre tus hombros, pero poca cosa más.

En aquel momento, lo primero que pasó por el subconsciente de Carlos fue forzar un desmayo. Sin embargo, de perder la concien-

cia y quedar fuera de juego, sería otro quien tuviera que decidir cuánto tiempo quedaba para el apocalipsis. Y ¿acaso iba a dejar que uno de esos sensacionalistas de *The Sun* le adelantaran por la izquierda? Quizá tuviera la mala costumbre de trabarse constantemente, pero estaba convencido de que no defraudaría a sus muchos congéneres terrícolas.

Y, en el caso opuesto, ni siquiera podrían echárselo en cara antes de verse consumidos por una explosión a escala planetaria.

—Te has puesto el traductor bilateral del revés, Carlos.

—¿Otra vez? Jo. —El periodista refunfuñó mientras se lo colocaba correctamente—. ¿Ya está?

Con el índice y el pulgar unidos, Águeda le indicó que todo marchaba según lo previsto. Acto seguido señaló a través del cristal, donde se atisbaba cómo dos helicópteros de las Naciones Unidas se aproximaban al rostro del coloso para colocarle un traductor a gran escala junto a lo que debía ser la mandíbula. No había forma de pedirle educadamente que los sos-tuviera, así que habrían de permanecer ahí arriba hasta que el queroseno o la paciencia del Primigenio se agotaran.

—Ha llegado la hora —indicó la doctora Sparks, que procedió a activar la configuración defini-

tiva. Ni siquiera se sentía demasiado nerviosa, cosa que no podía decirse de su amigo reportero—. ¿Estás listo, Carlos?

—Siéndote sincero, Águeda, no creo que...

—¡Estupendo! —lo interrumpió, forzándolo a agachar la cabeza y tragarse su amargura—. Por favor, sé amable. Piensa en él como, no sé, la chica de una primera cita.

—No me lo pones nada fácil.

—Tú te lo buscaste al estudiar una carrera que nadie quiere. Estás dentro, Carlos. A ver, prueba a hablar.

—¿Hola? ¿Se me escucha? —preguntó el periodista mientras daba unos golpecitos sobre la superficie del traductor.

Debido a algún error de comunicación, el sonido brotó con una frecuencia notablemente superior a la esperada. Miles de decibelios accedieron a través de los altavoces de la base, asediando los oídos de tantos militares desprevenidos. Más de uno acabó con un insopor-table pitido en el fondo de su cabeza, aunque los humanos no fueron los únicos: aquella fuerza sonora llegó hasta las cavidades auditivas del poderoso Cthulhu, que se vio obligado a cubrírse las con sus manos palmeadas. El movimiento desató tal ráfaga de viento que por poco no se llevó por delante a los helicópteros.

—Empezamos bien —pro-

nunció Águeda, que casi estampó la cabeza contra el teclado—. Si la humanidad termina hoy, Carlos, que sepas que tu voz tuvo la culpa. —A pesar del silencioso resentimiento del periodista, la científica se ocupó tranquilamente de arreglar la frecuencia—. Ahora sí que sí. Prueba a ver, Carlos.

—¿Hola? ¿Se me oye? ¿Sí? —dijo Carlos, que vio a Águeda levantar animadamente el pulgar—. Vale, estupendo. Supongo que me está oyendo, señor Primigenio. ¿O debería decir Su Majestad Cthulhu? Ay, no sé. ¿Cómo desea que lo llame?

Desde luego, aquellos latidos fueron los más largos de toda su vida. También los más sufridos, más incluso que cuando el señor Blanco se lo quedó mirando con mala cara antes de decirle que estaba contratado. La mirada de aquella bestia escamosa de medio kilómetro guardaba cierto parecido con la de su redactor jefe, por lo que podía imaginarse cómo lidiar con esa clase de cosas.

—CTHULHU ESTÁ BIEN —pronunció la voz que llegaba a través del traductor, interpretada por una Inteligencia Artificial que adaptaba libremente la tonalidad de sus murmullos. Solo Águeda y él tenían acceso a la traducción automática. Más les valía que el sistema no malinterpretara sus palabras—. ¿QUIÉN ERES TÚ?

Antes de continuar, Carlos se sonó la garganta. Su cerebro deseaba activar el piloto auto-mático, pero la razón le indicaba que, por el bien de todos, debía permanecer consciente.

—No s-soy nadie —dijo, aunque se arrepintió tan pronto como vio a Águeda golpearse la sien con el dorso de la mano—. O sea, sí, soy Carlos Quen, periodista de la *Hoguera Diaria*. He venido a hacerle unas preguntas, Cthulhu. ¿Está de acuerdo con mi proposición?

Al parecer, aquello bastó para captar la atención del Primigenio. A pesar de su escala des-comunal, no encontró dificultad a la hora de recostarse con el puño bajo la mandíbula ten-tacular y las alas plegadas para cubrirse el trasero al descubierto. Se movió con delicadeza y lentitud, consciente de la presencia de aquellos dos helicópteros junto a su boca. No le parecían mayores que aquellas aves que habían comenzado a anidar en su espalda, pero sabía que de su presencia dependía la comunicación con el humano.

—HACÍA EONES QUE NO INTERACTUABA DIRECTAMENTE CON UNA FORMA DE VIDA PLURICELULAR —aseguró—. ¿QUÉ QUIERES SABER, CAR-LOS QUEN?

Antes de continuar, el periodista le flechó una mirada inquieta a la doctora Sparks. Parecía decir

«*¿sabes mi nombre!*», a lo que ella entornó los ojos y le pidió con gestos que se diera prisa.

—S-si no es mucha molestia, Cthulhu, se agradecería conocer quién es exactamente us-ted.

—BUENO, ESO YA DEBERÍAS SABERLO. SEGÚN MI PROGENIE SUBMARI-NA ME HA CONTADO, UN TAL HOWARD PHIL-LIPS LOVECRAFT DESCUBRIÓ MI EXISTENCIA DURANTE SU VISITA A LAS RUINAS DE NAN MA-DOL Y REVELÓ LA VERDAD AL MUNDO A TRAVÉS DE UNA SERIE DE CUENTOS DE TERROR.

—Siento decirle que no los he leído —aseguró Carlos—. De hecho, ni siquiera sabía que existían hasta hace unas horas.

Decepcionado, el Primigenio frunció su ceño draconiano.

—VAYA, CREÍA QUE ERA UN ESCRITOR DE ÉXITO.

—Bueno, lo fue hace cien años.

—LO DICES COMO SI HUBIERAN PASADO MIL MILLONES.

—Los humanos solo vivimos en torno a ochenta. Un siglo es una eternidad para nosotros.

De todas las cosas que había escuchado, aquella fue la que más desconcertó a Cthulhu. De hecho, para estar recubierto de tentáculos, escamas y protuberancias óseas, resultó tener un rostro bastante expresivo.

—¿EN SERIO? —preguntó

mientras levantaba una mano a medio cerrar—. POR LOS DI- OSES EXTERIORES, ¿Y YO ME HE PASADO DURMIENDO TODO ESTE TIEMPO? ¡CUAN- TAS COSAS ME HABRÉ PERDI- DO EN MI INCONSCIENCIA!

—No demasiado, al menos desde su perspectiva ancestral —le explicó el periodista, que había empezado a ponerse en su piel de deidad extraterrestre—. La Tier- ra no se parece en nada a como la conoció. Ya no hay guerras, al menos no como las antiguas. Es un lugar relativamente tranquilo si se lo compara con lo que me han contado sobre su vida. A todo esto, ¿cuáles son sus planes de fu- turo?

Ante una pregunta tan compli- cada, a Cthulhu no le quedó sino cambiar de postura en un delica- do cruce de piernas. Las mareas desatadas sacudieron los cimien- tos de la base mili- tar, que ondeó durante unos tres minutos de ten- sión absoluta. Parecía imposible que una criatura capaz de rozar el fondo marino al tomar asiento pudiera medir sus fuerzas.

—PUES... NO LO SÉ —con- cluyó—. VINE A ESTE SITIO A LIBRAR UNA BATA-LLA CUANDO TODO ERA MAGMA Y CENIZAS Y BUENO, ESOS DI- CHOSOS DIOSES ME DIERON UNA PALIZA. LUEGO ME EN- CERRARON AHÍ ABAJO, EN LO

QUE TIEMPO DESPUÉS SERÍA LA CIUDAD DE R'LYEH, Y TUVE QUE QUEDARME DE BRAZOS CRUZADOS MIENTRAS EL UNIVERSO SEGUÍA ADELANTE... SIN MÍ. SE SUPONÍA QUE DEBÍA DESTRUIR ESTE MUNDO Y A TODOS SUS HABITANTES —tanto Carlos como Águeda se quedaron de piedra—, PERO ¿DE QUÉ SERVIRÍA? MIRAOS, TAN PEQUEÑITOS E INSIGNIFICANTES. SOIS UNA MOTA DE POLVO EN MITAD DEL TIEMPO Y EL ESPACIO, ANIQUILAROS NO CAMBIARÍA NADA. ADEMÁS, ESO YA NO ME SATISFARÍA.

Consciente de que había llegado al momento más delicado de la entrevista, Carlos empezó a medir sus palabras con especial precaución. Un paso en falso y el coloso submarino podría cambiar de parecer.

—Entonces, ¿qué le satisfaría exactamente? —preguntó.

Antes de responder, el Primigenio se detuvo a observar el horizonte oceánico. Más allá de la legión de navíos que lo enturbiaba, era una de las cosas más hermosas que podían encontrarse en todo el cosmos.

—TODOS MIS ALIADOS Y ENEMIGOS FUERON BORRADOS DE LA EXISTENCIA EN GUERRAS PASADAS. MIS VÁSTAGOS DESAPARECIERON HACE

MILENIOS Y MIS SIERVOS SON UNA PANDA DE HOMBRES PEZ CON OJOS DE BESUGO Y EL CEREBRO DE UNA GAMBA —pronunció, la lástima abriéndose camino a través del discurso—. ESTOY SOLO EN EL UNIVERSO, CARLOS. BUENO, NO DEL TODO, PORQUE ESOS INGRATOS DIOSES EXTERIORES SIGUEN AHÍ FUERA, PERO ENTIENDE QUE NO SE PUEDE RAZONAR CON ALGUIEN A QUIEN LLAMAN CARIÑOSAMENTE “LA CABRA NEGRA DE LOS DIEZ MIL RETOÑOS”. NO QUEDA NADA DE LO QUE ALGUNA VEZ SIGNIFICÓ ALGO PARA MÍ.

—Entonces, ¿quiere eso decir que reducir la Tierra a cenizas ya no se encuentra entre sus planes?

—¡NUNCA LO ESTUVO! A VER, ES CIERTO QUE SOY UN AGENTE DEL CAOS POR NATURALEZA, PERO MIS ENEMIGOS HAN TERGIVERSADO MIS PALABRAS ANCESTRALES PARA HACERME PARECER EL VILLANO DE LA HISTORIA. SÍ, SOY EL CULPABLE DE LOS MALOS SUEÑOS DE LA HUMANIDAD Y DE SU ESTRÉS Y ANSIEDAD, PERO ESO SE ACABÓ. AHORA QUE HE DESPERTADO DE MI LETARGO, NADIE MÁS VOLVERÁ A SUFRIR EL DOLOR DE MI PSIQUE DESATADA.

—¿A qué se refiere con eso,

Cthulhu? ¿Quiere decir que usted era el responsable de todos esos trastornos psíquicos?

—SÍ, ES LO QUE TIENE ESTAR HECHO DE ENERGÍA CÓSMICA —masculló el Primi-genio, a quien se veía cada vez más alicaído. Incluso las escamas de su torso habían empezado a palidecer—. LO QUIERA O NO, MI TELEPATÍA INFLUYE EN EL COMPORTAMIENTO DE LAS FORMAS DE VIDA INFERIORES A MI ALREDEDOR. PERO, UNA VEZ ALCE EL VUELO, ESO HABRÁ ACABADO. TU ESPECIE SERÁ LIBRE Y PODRÁ PROGRESAR COMO CIVILIZACIÓN.

—¿Quiere eso decir que planea irse del planeta en cuanto le sea posible?

—ASÍ ES —respondió Cthulhu, aunque se percibió cierto dolor en su entonación—. DESPRECIO LA SOLEDAD, PERO ES POR EL BIEN DE ESTE MUNDO. NO PUEDO ESTAR CERCA DE NINGUNA CRIATURA ORGÁNICA SIN QUE ESTA ACABE MUERTA O MALHERIDA. YO NO PEDÍ SER EL HERALDO DEL CAOS, ¿SABES? A YOG-SOTHOTH LE DEBIÓ PARECER GRACIOSO, Y LUEGO NI SIQUIERA HIZO NADA POR AYUDARME A ESCAPAR DE AHÍ ABAJO. EN CAMBIO, FUE TU ESPECIE LA QUE ME CONCEDIÓ LA LIB-

ERTAD. GRACIAS A LAS EXPLOSIONES DE SUS BUQUES PETROLEROS, LAS RUI-NAS ME GOLPEARON LA CABEZA Y PUDE DESPERTAR. OS DEBO UNA.

Sin tener claro si sería capaz de verlo desde tan lejos, Carlos sonrió. Ni siquiera entendía cómo funcionaba exactamente todo eso de la telepatía, pero suponía que no había secretos entre ambos. Tan solo esperaba que eso acabara funcionando en el mejor de los sentidos.

De pronto, el teléfono del periodista empezó a resonar a todo volumen. Águeda le indicó con rotundos aspavientos que lo silenciara, pero acabó viéndose obligado a aceptar la llamada. Una vez los ritmos de Neil Young se vieron apocados, la imagen de Abdul cubrió toda la pantalla. Carlos ni siquiera recordaba haberle dado su teléfono. Al parecer, tendría que decirle algunas cosas a ese cámara tan antipático una vez saliera de allí.

—Hola de nuevo, Carlos —saludó el Árabe Loco, a quien incluso se le había esfumado el supuesto acento. Quizá su identidad fuera un fraude, pero sus conocimientos habían demostrado albergar cierta certeza—. Estoy escuchando la entrevista desde uno de los buques de la ONU y quiero que le digas algo a Cthulhu. Es

importante que reproduzcas con exactitud mis palabras.

—¿ESTÁS AHÍ, CARLOS? — preguntó la deidad Primigenia, su expresión preocupada—. ¿OCURRE ALGO?

—Discúlpeme, Cthulhu, será solo un segundo —dijo el periodista a través del traductor, aunque tardó solo un par de latidos en darse cuenta de la normalidad con que se había expresado. De hecho, hasta le provocó un escalofrío—. ¿Qué se supone que debo decirle, Abdul?

—Según las escrituras de Lee Porter, Cthulhu tiene una esposa —respondió a través del teléfono.

—Me planteé la posibilidad cuando mencionó a sus vástagos —aportó Carlos, que comenzó a frotarse el mentón partido. Cualquiera cosa era posible con una premisa tan surrealista—. Creía que se refería a esos siervos suyos, pero no parecen tener nada que ver. ¿Sigue viva?

—A menos que este autor sea un fraude y nunca llegara a formar parte del Círculo de Lovcraft, así es. Se encuentra dormida junto a la estrella Alfa Canis Majoris, mejor conocida como Sirio, en alguno de los planetas que conforman su sistema solar.

—¿Seguro que todo esto no es un farol y que estás loco de verdad, Abdul? —le preguntó un receloso Carlos.

A la cobertura que había en mitad del Pacífico no podía pedirle gran cosa, por lo que la imagen del investigador paranormal se había congelado hacía algunos segundos. Sin embargo, su consiguiente risa nasal se percibió con plena fluidez.

—*Los hombres de ciencia sospechan algo sobre ese mundo, pero lo ignoran casi todo. Los sabios interpretan los sueños, y los dioses se ríen* —le dijo con una soltura que delataba estudio previo—. Nuestro amigo Howard era un sabio, y fueron muchos sus discípulos. Tengamos fe en sus conocimientos.

Encogiéndose de hombros, Carlos se despidió de Abdul con un gesto vago y guardó el teléfono en el bolsillo. Volviéndose de nuevo hacia el Primigenio, descubrió que se encontraba esperando pacíficamente su retorno. Parecía entretenido con sus propias uñas, largas como rascacielos de queratina pero perladas de lapas y sal petrificada. Iba a tener que hacerse una buena manicura para arreglar ese estropicio.

—Hay algo que debo decirle, Cthulhu —dijo Carlos después de sonarse la garganta. No tenía ni idea de cómo acabaría aquello—. Lo cierto es que...

—YA ME HE ENTERADO, CARLOS —se adelantó la deidad tentacular, que se llevó un dedo a la sien—. TELEPATÍA, ¿RECU-

ERDAS?

A lo que el periodista asintió con torpeza y dijo:

—Es cierto, mis disculpas. ¿Irá a buscar a su esposa?

Entonces, el coloso emitió una suerte de rugido que todo ser vivo presente en la escena logró captar. El traductor ni siquiera pudo interpretarlo, aunque Carlos supuso que debía ser algo así como una risa.

—LA ÚLTIMA VEZ QUE LA VI, LA PRIMERA ENANA ROJA ACABABA DE BROSTAR EN UNA GALAXIA SIN NOMBRE. LE HICE TANTO DAÑO AL ABANDONARLA QUE DUDO QUE VAYA A SER CAPAZ DE ACEPTAR MIS DISCULPAS — dijo el Primigenio con un tono melancólico, como si fuera a romper a llorar en cualquier momento. El periodista confiaba en que se contuviera: el oleaje que podría desatar no dejaría títere con cabeza—. PERO HAN PASADO EONES Y AÚN ES-TOY ENAMORADO DE SUS APÉNDICES CAUDALES Y SUS CINCO MIL DIENTES SUPERPUESTOS. ES LA DIOSA MÁS HERMOSA DE TODO EL UNI-VERSO CONOCIDO, ¿SABES?

—Seguro que sí —pronunció Carlos, que confió en que la telepatía no descubriera su mentira piadosa—. Entonces, ¿está decidido?

—SÍ. EL RIESGO MERECE LA PENA. Y, SI NO LO CONSIGO —el reportero tragó saliva—, TENDRÉ QUE EMPEZAR DE CERO EN OTRO LUGAR. NO HAY PRI-SIÓN MÁS PÉRFI-DA E INEXORABLE QUE LA SOLEDAD, Y NI SIQUIERA UN DIOS ES RIVAL PARA SUS BAR-ROTES. APRECIO EL GESTO, CARLOS. ES BUENO QUE CRI-ATURAS COMO NOSOTROS NOS ENCONTRÉ,OS EN EL OCASO DEL TIEMPO. —Se incorporó con sumo cuidado de no llevarse toda la flota por delante, aunque desató un oleaje atroz de todas formas. Igualmente, Carlos se sentía tan extasiado y a la vez desconcertado que se creía aislado del resto del mundo—. SI LOS EXTERIORES VUELVEN A ELEGIR LA TIERRA COMO CAMPO DE BATALLA EN LA PRÓXIMA CONFLAGRACIÓN ESTELAR, TU ESPECIE PODRÁ CON-TAR CONMIGO. TÚ Y YO NO VOLVEREMOS A VERNOS, PERO CONFÍO EN QUE TUS VÁSTAGOS ESTÉN PRESENTES. HASTA ENTONCES, AMIGO MÍO...

Sin saber exactamente cómo reaccionar ante una situación de aquella clase (era su primera vez, nadie podía culparle), Carlos levantó la mano a modo de despedida. La deidad ances-tral parecía a punto de alzar el vuelo y despe-

gar en dirección a las estrellas, sus alas abier-tas con una envergadura equiparable a la de cualquier cordillera cárstica. No obstante, pa-reció replantearse algo justo antes del gran salto y se volvió una vez más hacia la estación. Caminando en su dirección, más de un militar entró en pánico. Sin embargo, la doctora Sparks se ocupó de convencer a todo el regimiento de que aquello entraba dentro de sus planes. Resultaba extraño, desde luego, pero sería preferible que nadie moviera un dedo.

Y así, agachándose a la altura de la base en mitad del Pacífico, tan diminuta en compara-ción a su magnificencia extraterrestre, Cthulhu desplegó aquellos brazos como penínsulas de hueso y músculo y rodeó por completo la construcción. Con el cuidado de un niño al tratar con una tortuguita, permaneció con los ojos cerrados y la mente en blanco durante un momento. Fue entonces cuando volvió a manifestarse su telepatía, capaz de apaciguar las conciencias de los dolientes.

—¿Se supone que eso es un abrazo? —preguntó el turbado Carlos.

Pero, con una jocosa sonrisa coronando su expresión, Águeda se limitó a encogerse de hombros.

Acto seguido, habiendo tomado una decisión, el Primigenio se

incorporó de nuevo. Sus labios se curvaron bajo la ominosa maraña de tentáculos que le caía por encima, la mirada en alto y en dirección a la estratosfera. Se elevó con la mayor elegancia posible para un ser de tantísimas toneladas, su cuerpo convertido en energía cósmica y luz estelar. Las olas desatadas resultaron terroríficas, y aún peores fueron los vientos, que por poco no tumba-ron los helicópteros a su alrededor. Sin embargo, y de forma prácticamente milagrosa, na-die salió herido. Una vez todo quedó en calma y la última traza del viejo dios solitario se desvaneció en el horizonte, la sangre del mundo volvió a fluir bajo las reglas de siempre. O quizá no, pues se habían desprendido del influjo psíquico del gigante, al parecer cau-sante de la angustia planetaria. Fuera como fuese, el tiempo diría si el humano estaba listo para aprender a vivir de esa manera.

Y, por el bien de los ocho mil millones de personas que habitaban la Tierra, así como el de todas las plantas y animales, más valía que aquel tal Lee Porter no se hubiera equivocado en sus estudios.





PATRICIA RICHMOND

Sombra que hurga en el doble fondo de la noche, en busca de palabras que profetizan vértigos e incertidumbres. Con ellas compone relatos que, tras escapar a través de las grietas de su escasa cordura, han acabado publicados en antologías como *La última noche, la primera palabra* (Torremozas, 2015), *Melodías infernales* (Saco de Huesos, 2019), *Visiones 2019* (AEFCFT, 2020), *Reclusión* (Pulpture, 2020), *El despertar de las momias* (Saco de Huesos, 2021), *Pánico* (La Imprenta, 2021) e *Historias Phantasticas* (El Transbodador, 2023). También ha publicado cuentos en portales literarios, como *El Yunque de Hefesto* y en revistas de género fantástico, como *Windu-manoth*, *Penumbria*, *Círculo de Lovecraft* y *Pulporama*. Además, ha recopilado algunos microrrelatos y cuentos breves en las antologías *Libro de Difuntos* y *Cuentos de arena*, ambas de libre descarga en *Lektu*.

Twitter: @PatriciaRichm_

MI ABUELO, EL FARRÓN

La ausencia de papá se nos había hecho muy larga. Estábamos acostumbrados a sus viajes para excavar en los yacimientos que dirigía, pero nunca se había ausentado durante tanto tiempo. Se había perdido la Navidad, el cumpleaños de los gemelos y la fiesta de fin de curso.

Aquella mañana nos levantamos muy nerviosos. Había llegado de madrugada y, a pesar de nuestra insistencia, mamá no nos había despertado para recibirlo.

Todavía dormía cuando bajamos a desayunar y corrimos a su estudio para registrar las maletas y paquetes que había traído. Estábamos impacientes por desenvolver el misterioso regalo que nos había prometido y que, según él, iba a proporcionarnos un verano fascinante.

Nos sorprendió un gran bulto alargado envuelto en un plástico negro. Era enorme. ¿Estaría allí nuestro regalo? Una ancha cinta adhesiva cerraba uno de



los extremos. Con cuidado fui despegándola y pudimos abrir un poco el envoltorio. ¡Un ojo! Un gran ojo nos observaba sobre un fondo dorado.

Nos miramos con complicidad y Natalia cerró la puerta del estudio. Seguí separando la cinta adhesiva y levanté todo el envoltorio. La sorpresa nos hizo retroceder maravillados.

Era una caja de madera decorada con pinturas de siluetas de perfil, de personas sentadas sobre una barca entre hombres que remaban... Un perro esbelto y elegante se repetía varias veces en los dibujos separados por bandas repletas de figuras de pájaros, escarabajos, cocodrilos y palmeras. Los cuatro sabíamos lo que eran: jeroglíficos.

Papá nos había hablado muchas veces de ellos al enseñarnos las fotos que tomaba en las pirámides y que le servían para estudiar la vida de los antiguos egipcios, su pasión, pero nunca los habíamos visto tan bonitos. Sus colores brillaban sobre la superficie dorada de la caja, en cuya cabecera resaltaba el rostro pintado de un hombre.

—¡Un faraón!—exclamó uno de los gemelos.— ¿Es para nosotros?

—No creo.—contesté.

—pero puede que nuestro regalo esté escondido en su interior.

Miré a Natalia buscando su apro



bación de hermana mayor y ella asintió. Con cuidado, levanté la tapa del sarcófago. Lo primero que nos hizo retroceder fue el hedor: olía a muerto. Sí, era el inconfundible aroma de la muerte,

pero mucho más reconcentrado.

Repuestos de la impresión, los cuatro nos asomamos al interior de la caja y nos miramos incrédulos. Dentro había, efectivamente, un muer-to; mejor dicho, una momia, con vendas y telarañas como en las pelícu-las.

¿Habría descubierto papá nuestro secreto y aprobaba nuestra afición clandestina? El cajón pesaba demasiado, así que decidimos llevar-nos solo la momia. Para no ser descubiertos, antes de salir, cerramos el sarcófago y lo dejamos envuelto en su plástico negro.

Nadie nos vio salir de casa. Trasladamos el cuerpo al cobertizo del fondo del jardín, nuestro laboratorio secreto, y lo sentamos como pudimos en un viejo sillón de respaldo alto.

Decidimos que lo más urgente era quitarle los vendajes, pues que-ríamos comparar su estado de conservación con el resultado de nuestros experimentos. Empecé a desenrollar la venda que le cubría la cabeza, le-vantando, al hacerlo, un polvillo blanco. Natalia estornudó y la momia... también.

Gritamos los cuatro a la vez. La carne reseca del rostro que contem-plábamos comenzó a temblar y abrió los ojos. Nos miró y nosotros en-mudecimos hasta que una especie de crujido resonó en su interior.

—Eso es que tiene hambre.— dijo mi hermana y salió corriendo del cobertizo.

Volvió un momento después con una botella de leche y un paquete de galletas de chocolate. Nosotros habíamos seguido quitando los vendajes al muerto y parecía encontrarse más cómodo en el sillón. Natalia partió un trocito de galleta y se lo puso en la boca. Una sonrisa iluminó la cara del faraón y extendió la mano, pidiendo más.

La leche también le gustó. Dejamos que comiera tranquilo y nos sentamos en el suelo, frente a él. Cuando acabó con las galletas, se aclaró la garganta y comenzó a hablarnos en una lengua incompreensible, que supusimos que sería la que se hablaba en el Egipto antiguo. Iba a ser muy complicado entenderle, así que decidimos enseñarle nuestro idioma. Nos presentamos, para que se aprendiera nuestros nombres, y le acercamos algunos objetos, explicándole muy despacio lo que eran, para que fuera familiarizándose con la lengua.

Los gemelos levantaron la trampilla que ocultaba el taller y sacaron su último trabajo para mostrárselo. Estaban muy orgullosos de su logro, pero no podía compararse con la perfecta conservación y flexibilidad de los músculos de nuestro nuevo

amigo. Y, por supuesto, el niño no había resucitado tras el proceso de momificación. Aunque no comprendimos sus palabras, la sonrisa del egipcio nos permitió adivinar que aprobaba el resultado. Sin embargo, el afán de superación que se nos había inculcado desde la cuna impidió que nos contentásemos con aquello y, desde aquel día, los cuatro seguimos trabajando para alcanzar la perfección, rivalizando entre nosotros.

Nunca olvidaré aquel verano que, como había profetizado papá, fue fascinante, pero no por el libro de cuentos ilustrados que nos había comprado en un bazar y que apenas hojeamos. Cuando los ánimos se calmaron tras la infructuosa búsqueda del niño que había desaparecido del pueblo hacía un mes y del escándalo que se armó porque habían robado una momia en alguno de los aeropuertos en los que había hecho escala desde El Cairo la expedición de nuestro padre, pudimos sacar del cobertizo al faraón.

Aprovechábamos la oscuridad de la noche para escaparnos y llevarle al río, que le gustaba mucho. Con su escaso vocabulario nos contaba historias de Egipto, de conquistas y traiciones junto a ese otro río que tanto echaba de meno

el Nilo, y que le había traído hasta este Más Allá en el que había resucitado. Así se fue convirtiendo para nosotros en el abuelo comprensivo que nunca habíamos tenido. Hiciéramos lo que hiciéramos, a él no le parecía monstruoso y aplaudía siempre nuestros avances con una sonrisa.

Enseguida noté que yo era su preferido. Solo a mí me reveló el procedimiento secreto que utilizó el mejor embalsamador de Tebas para momificar su cuerpo. Y no le defraudé: supe sacar buen provecho de sus enseñanzas.

Al final del verano compartí la fórmula con mis hermanos. Primero, con los gemelos, pero no se beneficiaron mucho. Con Natalia fue diferente. Hasta el día de hoy, sigue siendo mi mejor obra.



**¿SEBA VILAS
UN ENCANTO MONSTRUOSO?**





ANDREA LÓPEZ

CÓMO UN ESCRITOR ME ARQUINÓ LA VIDA



Siempre he pensado que la humanidad era altiva. De hecho, últimamente lo pienso casi a todas horas. Entre sus preocupaciones no se encuentra tratar de mantener una conversación civilizada con un viejo conocido como yo. Ni siquiera preguntan ya mi nombre. Todo lo asumen, aunque no sea acertado.

¿Mi nombre? Frank. Me lo puse yo mismo. ¿Por qué? Pues simplemente me gustó. También me gusta el café. Hace años una humana tuvo un sueño en el que un alienígena entraba en la cafetería donde trabajaba y la secuestraba. El sueño era muy vívido y casi podía oler el aroma tostado del café. Para la humana no fue muy agradable, ¿pero para mí? Aún recuerdo ese sueño, y desde entonces he deseado probarlo.

Lo habría hecho, os lo juro, pero no me es posible salir de donde estoy.

A diferencia de lo que se ha contado, no estoy encarcelado en un reino perdido. La llave de mi supuesta prisión se encuentra en la

mesita de la entrada. De la entrada de mi casa.

No me he impuesto la soledad de las profundidades porque quería disfrutar únicamente de mi compañía. No soy un ermitaño por placer. Desde hace años, concretamente desde 1.928 en años humanos, me dan pavor los espacios abiertos.

Antes deambulaba tranquilamente por el mar. Descubría lugares hermosos y entablaba amistad con cualquier criatura. Corría grandes aventuras y me enfrentaba a terribles peligros. Me encantaba sentir el viento de la superficie y las corrientes de las profundidades. Desempeñaba diligentemente mi trabajo. Podría decirse que todo iba bien.

¿Antes me he quejado de los humanos? Sí, pero no los odio.

Hasta ese fatídico año mi trabajo consistía en escenificar sus propias emociones en forma de sueños. A diferencia de las insidiosas falsedades que se dicen sobre mí, yo nunca he infligido temor o dolor alguno a los humanos. Mi labor se ceñía a representar lo que ellos mismos estaban sintiendo, sin poder yo cambiar en forma alguna su interior. No puedo volver el amor en odio, la felicidad en dolor. Ni quiero.

Ejercer tales ocupaciones durante años hizo que sintiera cierta simpatía por muchos de ellos. No,

no odio a la humanidad. Solo detesto a un humano.

¿Os suena el horrendo y nada elegante nombre 'Cthulhu'?

Desde que ese infame escritor llamado Lovecraft me bautizó así, todos olvidaron mi verdadero nombre. También obviaron que nunca cometí actos tan execrables como aquellos de los que se me acusa en sus novelas.

Una vez leí que en ocasiones hay que sacrificar la realidad en nombre de la fantasía. Eso hicieron, sacrificar a Frank en nombre de Cthulhu.

Desde entonces ha pasado casi un siglo. Ya no sé cuánto queda de Frank y si hay verdaderamente algo de Cthulhu en mí.

He estado tratándolo con mi terapeuta, Bob. Bueno, no es un terapeuta titulado. Es mi vecino, pero tiene mucho talento para escuchar y aconsejar a los demás. Además, desde hace un tiempo ha comenzado a leer varios libros sobre psicología. Confío en su criterio.

El caso es que Bob me ha diagnosticado un trastorno de la personalidad, que se ha visto agravado por la agorafobia y la ansiedad social.

Recuerdo la última vez que salí a la superficie y me acerqué al pueblo costero más cercano. No solo me entristeció el terror que parecía infundir en sus habit-

antes, sino que cuando sacaron las armas para atacarme, una parte de mí se rompió. Huí despavorido. Pero lo peor no llegó hasta unos días después. Estaba deambulando bajo el mar, intentando encontrar una solución para que todo volviese a ser como era antes, para que dejaran de temerme, cuando unas sombras se cernieron sobre el techo marino. Cientos de barcos con redes gigantescas y extrañas armas oteaban las aguas, tratando de encontrarme. Oía sus insultos, sus amenazas, sus sobresaltos cuando parecían distinguir algo parecido a mí bajo sus barcos.

La búsqueda del malvado Cthulhu prosiguió durante varios meses. Con el paso del tiempo, fueron apareciendo menos barcos para unirse a la caza. Hasta que con los años, quedé relegado a una simple historia de miedo, a un recuerdo lejano.

Todo eso hizo que me encerrase, en mi casa y en mí mismo.

Bob dice que el tratamiento es complejo, pero que estoy haciendo progresos. Creo que tiene razón, pues el otro día fui capaz de cruzar el umbral de la puerta después de sesenta años. Me siento más animado.

Me ha recomendado empezar un diario en el que plasme mis sentimientos, así que aquí estoy. Siendo sincero, no quiero perder

la esperanza pero a veces es complicado sobrellevar esta vida.

Ahora mismo estoy pensando en que ojalá algún día pueda probar el café.





CARLOS RUIZ SANTIAGO

Mi nombre es Carlos y soy escritor, director y guionista. Tengo formación realizador de audiovisuales y espectáculos por mis estudios en el IES Néstor Almendros, en Sevilla. Mis escritos se han publicado tanto de manera independiente como con editoriales, en el ámbito nacional e internacional. Tengo tres novelas (*Salvación Condenada*, *Peregrinos de Kataik* y *Ceniza en las venas*).

He participado en numerosas antologías de relatos (*Crann Bethadh*, *Devoradoras*, *Transfórmate o muere*,...) y en revistas (*La Cabina de Nemo*, *Ab Terra Flash Fiction*,...) y diversas páginas web (*Fabulantes*, *HorrorAddicts*,...).

También soy redactor en la página web *Dentro del Monolito*.

YA NADIE TEME AL MIEDO?



La mar está llena de monstruos. Horrores pelágicos entre los brillos de los bancos de peces, en las sombras bajo la tinta de los cefalópodos.

Ya nadie se asusta de los monstruos, pues el mundo está lleno de ellos.

Marineros aguerridos montan en un barco cochambroso. El navío está oxidado y su eslora muestra las marcas pálidas de los embates del oleaje, de los apéndices afilados de cosas que jamás han sido tocadas por la luz del sol. Tan solo son siete, pero los avalan mil batallas contra el dios de sal y agua, de muerte y vida, como una contradicción que fluye entre ellos. Son tipos duros y recios de los que ya no creen en nada, cuya piel se ha vuelto cuero y su corazón trapos.

Se despiertan antes de que el sol surja para exacerbar el tufo del pescado podrido. Salen de cabañas de madera húmeda y crujiente y se escabullen como sabandijas en la penumbra. Las putas no los miran, los dioses no los recuerdan. En silenciosa camaradería, todos suben al navío, que se agita con suavidad bajo su

peso.

Parten sin que nadie les despi-
da.

Hay que cazar monstruos.

Como es costumbre, para cuando el sol corona el cielo la tierra firme es solo un recuerdo en sus mentes. Las redes al ristre, los arpones preparados. Todo va avanzan entre tripas eméticas y cadáveres fríos. Es mecánico para aquellos hombres el denso trabajo de diezmar el océano. En algún delirio ebrio alguno de ellos, quizás, se pregunta qué pasaría si acababan del todo con él. Una celebración, unas lágrimas derramadas. Mitad y mitad.

Quién sabe.

El barco avanza entre las obsideas aguas y, pronto, las tormentas arramplan. Nubarrones negros devoran lo que queda de misericordioso en el cielo y vientos aullantes crisan la mar. Los marineros permanecen inmóviles, poco sorprendidos por la ira de los cielos. No creen en los dioses ni en su cólera. Para ellos, tan solo hediondos ídolos de otras épocas.

Y calamares ciclópeos con zarpas en sus tentáculos son abatidos, colosales leviatanes con el infierno en sus gargantas destripados e hidras antediluvianas decapitadas. En un mundo muerto y seco los monstruos carecen de poder o sentido. No, el miedo no genera miedo cuando no que-

da a qué temer.

Fue en una incursión como esa cuando un detalle sin importancia retorció la realidad.

La tormenta había cesado brevemente. Entre acero y agrio sudor, la tripulación había dado caza a un tiburón. Grande, sí, pero sobre todo grueso, abotargado. Acompañado de una comitiva de hermanos, había luchado con uñas, si las hubiera tenido, y dientes, que bien le sobraban. Esfuerzos vanos de siervos descerebrados.

El mar yacía alterado entre filas de dientes cuando el tiburón colgaba sobre una gruesa cadena, sostenido por un gancho carnicero. Uno de los marineros sacó un alfanje y se acercó a la presa. El agua bullía, casi hervía. Uno de los nautilus miró de reojo con una desconfianza poco común, pero mantuvo una estoica mascarada.

El alfanje rajó transversalmente al animal. Sangre medio coagulada bañó el suelo. Algo cayó con un ruido sordo, el golpetazo amortiguado por un colchón de tripas amoratadas. Los siete tripulantes observaron con ojos bóvidos, cada vez más iluminados.

Entre los intestinos yacía algo pequeño e ignoto que se retorció en estertores de neonato. La larga cola de pez contrastaba con el torso humano, las escamas brillantes con los cabellos rubios. Todos quedaron atónitos, sin entender

que veían, pero sintiéndolo.

La criatura se incorporó con torpeza. Todos retrocedieron un par de pasos. Las aguas se habían calmado de sopetón. Todo era envuelto en una artificiosa calma chicha. La atención del mundo estaba centrada en aquella cosa pequeña e importante.

Abrió el sirénido los ojos y, en su negrura, universos colapsaron.

Un ónice eterno en el que buscar la infinidad de la creación, la magia de lo real. Todos los marineros cayeron de rodillas menos uno, que se lanzó a las gélidas aguas para ser pasto de los tiburones. Los escualos lo observaron, impertérritos e ilegibles, mientras el demente se ahogaba. El resto rompía a llorar, temblorosos.

Costa y mar.

Tierra y agua.

Todo en uno.

El Mesías.

El Hijo.

El Salvador.

El Señor.

El barco regresó con devenir lento y pesado, como si los mismos vientos fueran conscientes de la magnitud del evento al que asistían. Sobre un trono de monstruos marinos en descomposición reposaba el mesías sirénido, con su muda mirada de imposición. Los dos mundos unidos.

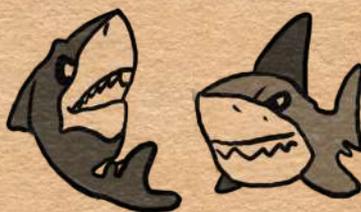
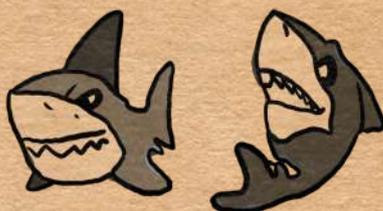
Nadie se atrevía a mirarlo.

Cuando crees en algo, cuando el mundo lleva tanto sin creer en nada, entonces el miedo aposenta en los corazones. El miedo de volver a no creer.

El barco se detuvo en el puerto, la congregación de escualos chocando con los feligreses del pueblo.

La esperanza es el terror que oprime al mundo. Todos lo sabían y todos, aun así, se arrodillaron.

No había otra opción ante el Mesías.



NUESTRAS

Objetos malditos

Revista Pulporama

CONVOCATORIA

(Todos los géneros)

Relato corto, relato supercorto,
relato flash, artículo,
poesía, ilustración,
fotografía, cómic.

RECEPCIÓN HASTA 31 MARZO

revpulporama@gmail.com



REVISTAPULPORAMA.WORDPRESS.COM

CONVOCATORIAS

Convocatoria especial **PULPORAMITA**

1. PULPOS ESTUDIANTES:
CREACIONES REALIZADAS POR NIÑOS
PARA NIÑOS.

2. PULPOS MAESTROS:
CREACIONES REALIZADAS POR ADULTOS
PARA NIÑOS.

TODOS LOS GÉNEROS

RELATO CORTO
RELATO SUPERCORTO
RELATO FLASH
FOTOGRAFÍA
ILUSTRACIÓN
POESÍA
CÓMIC

HASTA 15 ABRIL



revpulporama@gmail.com